

**LA EXCURSIÓN  
A TINDARI  
ANDREA  
CAMILLERI**



**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



Poseedor de las mejores virtudes del hombre mediterráneo, el comisario Montalbano ha sabido ganarse la simpatía de numerosos lectores con su especial sabiduría para disfrutar de los pequeños placeres y sobrellevar con elegancia el paso del tiempo, sin dejar de lado esa aguda percepción de la realidad, aderezada con la dosis exacta de cinismo, que le permite revelar la cara oculta de las cosas. Toda una filosofía de vida que Andrea Camilleri ha llevado a su máxima expresión con esta novela del inefable inspector siciliano. Nos reencontramos así con los entrañables personajes que pueblan la imaginaria localidad de Vigàta, en Sicilia: desde Livia, la novia genovesa de Montalbano, hasta Ingrid, su sensual amiga sueca, pasando por el voluntarioso Catarella y Mimì Augello, el fiel subcomisario. En esta ocasión el inspector tiene que emplearse a fondo para resolver dos casos que parecen no tener nada en común: el asesinato de un joven y la desaparición de un matrimonio de ancianos durante una excursión a Tindari. Tras profundas reflexiones bajo un añoso árbol, descubre la pista que lo conducirá hasta una siniestra organización con la que más le valdría no haberse topado.

Andrea Camilleri

# **La excursión a Tindari**

**Comisario Montalbano - 5**

Título original: *La gita a Tindari*  
Andrea Camilleri, 2000  
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



# Índice

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Nota del autor

Sobre el autor

## Uno

Que estaba despierto lo comprendía porque su cabeza razonaba con lógica y no siguiendo el absurdo laberinto del sueño, porque oía el susurro regular de las olas y sentía la suave brisa del amanecer penetrando a través de la ventana abierta de par en par. Pero él se empeñaba en mantener los ojos cerrados: sabía que todo el mal humor que lo mortificaba por dentro se derramaría por fuera en cuanto abriera los ojos y le induciría a hacer o decir bobadas de las que poco después tendría que arrepentirse.

Oyó el silbido de alguien que caminaba por la playa. A aquella hora, forzosamente tenía que ser alguien que iba a trabajar a Vigàta. Conocía la melodía, pero no recordaba ni el título ni la letra. Por otra parte, ¿qué más le daba? Jamás había conseguido silbar, ni siquiera metiéndose un dedo en el culo. «Se puso un dedo en el culo / y soltó un silbido agudo / la señal convenida / de los guardias de la villa...». Era una idiotez que alguna vez le había canturreado al oído un amigo milanés de la Academia de policía y que se le había quedado grabada en la memoria. Precisamente por esta incapacidad suya, en la escuela primaria siempre había sido la víctima predilecta de sus compañeros de clase, que eran maestros consumados en el arte de silbar al estilo pastor, marinero o montañés, añadiéndoles originales variaciones. ¡Los compañeros! ¡Esta era la causa de su mala noche! El recuerdo de sus compañeros y la noticia que había leído en el periódico poco antes de irse a dormir, según la cual el señor Carlo Militello, que aún no había cumplido los cincuenta, había sido nombrado presidente del segundo banco más importante de la isla. El periódico felicitaba efusivamente al nuevo presidente, cuya fotografía publicaba: gafas de montura indudablemente de oro, traje de firma, camisa impecable, corbata superelegante. Un triunfador, un hombre de orden, defensor de los grandes



Valores con mayúscula (tanto los de la Bolsa como los de la Familia, la Patria y la Libertad). ¡Montalbano recordaba muy bien a aquel compañerito suyo, no de la escuela primaria sino del 68!

«¡Ahorcaremos a los enemigos del pueblo con sus corbatas!».

«¡Los bancos sólo sirven para ser atracados!».

Carlo Militello, apodado «Carlos Martel», tanto por sus aires de jefe supremo como porque utilizaba contra sus adversarios unas palabras que parecían martillazos y unas hostias mucho peores que los martillazos. El más intransigente, el más inflexible, aquel en comparación con el cual Ho Chi Min, al que tanto se invocaba en las manifestaciones, hubiera parecido un reformista socialdemócrata. Había obligado a todos a dejar de fumar para no enriquecer al Monopolio del Estado; porros y canutos sí, a voluntad. Afirmaba que sólo en un momento de su vida el camarada Stalin había actuado debidamente: cuando había empezado a robar a los bancos para financiar el partido. «Estado» era una palabra que causaba malestar a todos, que los enfurecía como a toros delante de la muleta. De aquellos días, Montalbano recordaba sobre todo una poesía de Pasolini que defendía la acción de la policía contra los estudiantes en Valle Giulia, en Roma. Todos sus compañeros habían escupido sobre aquellos versos; sin embargo, él había intentado defenderlos: «Pero la poesía es bonita». Poco habría faltado para que Carlos Martel le partiera la cara con una de sus mortales hostias si otros no lo hubieran sujetado. ¿Por qué motivo aquella poesía no le había desagradado? ¿Acaso había visto marcado en ella su destino de policía? Sea como fuere, a lo largo de los años, había visto cómo sus compañeros, los míticos del 68 empezaban a «razonar». Y, razona que te razonarás, los furores abstractos se habían ido ablandando y posteriormente transformando en aquiescencias concretas. Y ahora, exceptuando a uno que soportaba con extraordinaria dignidad desde hacía más de diez años juicios y cárcel por un delito claramente no cometido ni ordenado, y a otro misteriosamente asesinado, todos los demás se habían colocado estupendamente bien, saltando de la izquierda a la derecha, de nuevo a la izquierda y otra vez a la derecha, y los había que dirigían periódicos y cadenas de televisión, o se habían convertido en peces gordos del Estado ya que eran diputados o senadores. Puesto que no habían conseguido cambiar la sociedad, habían cambiado

ellos. O ni siquiera habían tenido necesidad de cambiar porque en el 68 se habían limitado a hacer teatro, poniéndose disfraces y máscaras de revolucionarios. El nombramiento de Carlos ex Martel no le había caído nada bien. Sobre todo porque le había inducido otra idea, sin duda la más molesta de todas ellas.

«¿No serás tú de la misma calaña que esos a los que tanto criticas? ¿No sirves acaso a aquel Estado contra el que con tanto ardor combatías a los dieciocho años? ¿No será que te reconcomes de envidia porque a ti te pagan cuatro cuartos y, en cambio, los demás ganan cientos de millones?».

La persiana dio un golpe a causa de una ráfaga de viento. No, no la cerraría aunque se lo ordenara el mismísimo Dios. Recordaba el tostón de Fazio:

—¡*Dottore*, perdone, pero usted se lo ha buscado! ¡No sólo vive en un chalecito aislado de planta baja sino que, encima, deja la ventana abierta por la noche! ¡De esta manera, si hay alguien que le quiere mal, y lo hay, puede entrar tranquilamente en su casa cuando le dé la gana!

Había otro tostón que se llamaba Livia:

—¡No, Salvo, la ventana abierta por la noche no!

—Pero tú, en Boccadasse, ¿no duermes con la ventana abierta?

—¿Y eso qué tiene que ver? Para empezar, vivo en un tercer piso y, además, en Boccadasse no hay los ladrones que hay aquí.

Así que, cuando una noche Livia lo llamó trastornada para decirle que, en su ausencia, los ladrones le habían desvalijado su casa de Boccadasse, él, tras dar silenciosamente las gracias a los ladrones genoveses, consiguió mostrarse disgustado, aunque no todo lo que hubiera debido.

Sonó el teléfono.

Su primera reacción fue cerrar todavía más fuerte los ojos, pero no dio resultado, pues es bien sabido que la vista no es el oído. Hubiera tenido que taparse las orejas, pero prefirió colocar la cabeza bajo la almohada. Nada: débil y lejano, el timbre insistía. Se levantó soltando palabrotas, entró en la otra habitación y cogió el teléfono.

—Aquí Montalbano. Debería decir diga, pero no lo digo. La verdad es que no me apetece oír nada.

Hubo un prolongado silencio en el otro extremo de la línea. Después se oyó el sonido del teléfono al ser colgado. Y ahora que había tenido aquella ocurrencia, ¿qué hacer? ¿Volver a acostarse y seguir pensando en el presidente del Interbanco que, cuando todavía era el camarada Martel, se había cagado públicamente sobre una cartera llena de billetes de diez mil liras? ¿O ponerse el traje de baño y darse un buen chapuzón en el agua helada? Optó por la segunda solución, por si el baño lo ayudaba a calmarse. Se adentró en el mar y se quedó medio paralizado. ¿Quería o no quería entender que quizá, a sus casi cincuenta años, ya no era lo más apropiado? Ya no estaba para esos troles. Regresó tristemente a la casa y desde unos diez metros de distancia oyó el timbre del teléfono. Lo único que se podía hacer era aceptar las cosas tal como estaban. Y, para empezar, contestar aquella llamada.

Era Fazio.

—Tengo una curiosidad. ¿Eres tú el que me ha llamado hace un cuarto de hora?

—No, *dottore*. Ha sido Catarella. Me ha dicho que usted le ha contestado que no le apetecía oír nada. Entonces he esperado un poco y he vuelto a llamar yo. ¿Ahora ya le apetece, señor comisario?

—Fazio, ¿cómo te las arreglas para ser tan gracioso por la mañana temprano? ¿Estás en la comisaría?

—No, *dottore*. Han matado a uno. ¡Zas!

—¿Y qué quieres decir con eso de «zas»?

—Que le han pegado un tiro.

—No. Un pistoletazo hace «bang», un disparo de *lupara* hace «wang», una ráfaga de ametralladora hace «ratatatatá», un navajazo hace «swiss».

—Fue un «bang», *dottore*. Un solo disparo. En la cara.

—¿Dónde estás?

—En el escenario del crimen. ¿Se dice así? Via Cavour cuarenta y cuatro. ¿Sabe dónde está?

—Sí, lo sé. ¿Le han disparado en su casa?

—Estaba entrando en su casa. Acababa de introducir la llave en la cerradura del portal. Ha quedado tendido en la acera.

¿Se puede decir que el asesinato de una persona ocurre en el momento oportuno? No, jamás: una muerte es siempre una muerte. Pero el caso concreto e innegable era que Montalbano, mientras se dirigía en su automóvil a Via Cavour 44, notó que se le estaba pasando el mal humor. Lanzarse de lleno a una investigación le serviría para quitarse de la cabeza los negros pensamientos que se le habían ocurrido al despertar.

\* \* \*

Cuando llegó al lugar, tuvo que abrirse camino entre la gente. Como moscas sobre la mierda y a pesar de lo temprano de la hora, hombres y mujeres taponaban la calle, presas de una gran agitación. Había incluso una chica con un niño en brazos, el cual contemplaba la escena con los ojos abiertos como platos. El método pedagógico de la joven madre hizo que al comisario se le revolvieran los cojones.

—¡Fuera todos de aquí! —gritó.

Algunos se alejaron inmediatamente, otros fueron empujados por Galluzzo. Se seguía oyendo un gemido, una especie de gañido. Lo emitía una cincuentona vestida enteramente de luto a quien dos hombres sujetaban para que no se arrojara sobre el cadáver, que yacía boca arriba sobre la acera con los rasgos desfigurados por el disparo, que lo había alcanzado de lleno entre los ojos.

—Sacad de aquí a esta mujer.

—Pero es que es la madre, *dottori*.

—Que se vaya a llorar a su casa. Aquí sólo sirve para estorbar. ¿Quién la ha avisado? ¿Ha oído el disparo y ha bajado a la calle?

—No, *dottore*. La señora no ha podido oír el disparo, pues vive en Via Autonomia Siciliana doce. Se ve que alguien la ha avisado.

—¿Y ella ya estaba allí preparada con el vestido negro y todo?

—Es viuda, *dottore*.

—Está bien, con buenos modales, pero sacadla de aquí.

Cuando Montalbano hablaba de aquella manera quería decir que no se le podía llevar la contraria. Fazio se acercó a los dos hombres, habló con ellos en voz baja y ambos se llevaron a rastras a la mujer.

El comisario se acercó al doctor Pasquano, que estaba agachado junto a la cabeza del muerto.

—¿Bien?

—Es evidente que bien no está —contestó el forense en tono más desabrido que el de Montalbano—. ¿Necesita que le explique yo la faena? Han efectuado un solo disparo. Justo en medio de la frente. En la parte posterior, el orificio de salida se ha llevado por delante medio cráneo. ¿Ve aquellos pequeños grumos? Son una parte del cerebro. ¿Le parece suficiente?

—¿Cuándo ha ocurrido, a su juicio?

—Hace unas cuantas horas. Sobre las cuatro, quizá a las cinco.

Muy cerca de allí, Vanni Arquà examinaba con mirada de arqueólogo que acabara de tropezarse con un hallazgo del paleolítico, una piedra de aspecto absolutamente normal. A Montalbano no le caía nada bien el nuevo jefe de la Policía Científica, y la antipatía era claramente compartida.

—¿Lo han matado con eso? —preguntó el comisario, señalando la piedra con aire inocente.

Vanni Arquà lo miró con visible desprecio.

—¡No diga bobadas! Fue un disparo de arma de fuego.

—¿Han encontrado la bala?

—Sí. Alojada en la madera del portal, que todavía estaba cerrado.

—¿Y el casquillo?

—Mire, comisario, yo no tengo por qué contestar a sus preguntas. La investigación, por orden del jefe superior, será dirigida por el jefe de la Móvil. Usted deberá limitarse a prestar apoyo.

—¿Y qué estoy haciendo? ¿Acaso no presto apoyo, aguantándolo a usted con más paciencia que un santo?

Al juez suplente Tommaseo todavía no se le había visto el pelo en el escenario del crimen y, por consiguiente, aún no se podía llevar a cabo el levantamiento del cadáver.

—Fazio, ¿cómo es posible que el subcomisario Augello no esté aquí?

—Está en camino. Ha dormido en Fela en casa de unos amigos. Lo hemos localizado a través del móvil.

¿En Fela? Aún tardaría media hora en llegar a Vigàta. ¡Y cualquiera sabía en qué estado se presentaría! ¡Muerto de sueño y de cansancio! Unos amigos,

¡una mierda! Seguramente había pasado la noche con una mujer cuyo marido habría ido a rascarse los cuernos a otro sitio.

Se acercó Galluzzo.

—Acaba de telefonar el juez suplente Tommaseo. Dice que si lo vamos a recoger con un coche. Se la ha pegado contra un poste a tres kilómetros de Montelusa. ¿Qué hacemos?

—Ve a recogerlo.

Nicolò Tommaseo raras veces conseguía llegar a un sitio con su automóvil. Conducía como un perro drogado. Al comisario no le apetecía esperarlo. Antes de irse, echó un vistazo al muerto, un chaval de poco más de veinte años, vaqueros, cazadora, coleta y pendiente. Los zapatos le debían de haber costado un dineral.

—Fazio, yo me voy a la comisaría. Espera tú al suplente y al jefe de la Móvil. Nos vemos luego.

Sin embargo, decidió irse al puerto. Dejó el coche en el muelle, y echó a andar pasito a pasito por el ramal de levante hacia el faro. El sol ya había salido, pletórico de fuerza, aparentemente satisfecho de haber conseguido una vez más su propósito. En la línea del horizonte se distinguían tres puntitos negros: unos pesqueros que regresaban a puerto con retraso. Abrió la boca y aspiró una gran bocanada de aire. Le gustaba el *sciàuro*, el olor del puerto de Vigàta. «Pero ¿qué dices? Todos los puertos huelen igual de mal», había replicado un día Livia. No era verdad, cada puerto de mar olía de una manera distinta. El olor del de Vigàta era una proporción perfecta de jarcias mojadas, redes puestas a secar al sol, yodo, pescado podrido, algas vivas y muertas y alquitrán. Y muy de fondo, un olor residual de gasóleo. Incomparable. Antes de llegar a la roca plana que había al pie del faro, se agachó y cogió un puñado de grava.

Llegó a la roca y se sentó. Contempló el agua y le pareció ver borrosamente en ella el rostro de Carlos Martel. Le arrojó con rabia el puñado de grava. La imagen se fragmentó, se estremeció y desapareció. Montalbano encendió un cigarrillo.

—¡*Dottori, dottori, ah, dottori!* —lo asaltó Catarella en cuanto lo vio aparecer en la entrada de la comisaría—. ¡Ha llamado tres veces el *dottori Latte*, ese al que lo llaman como una palabrota que termina con ese! ¡Quiere hablar personalmente en persona con usted! ¡Dice que es un asunto de urgencia urgentísima!

Ya se imaginaba lo que diría Lattes, el responsable del gabinete del jefe superior, apodado el «leches y mieles» por sus empalagosos y clericales modales.

El jefe superior, Luca Bonetti-Alderighi, del marquesado de Villabella, se había mostrado muy duro y explícito. Montalbano jamás lo miraba a los ojos sino ligeramente por encima de ellos, pues siempre lo hechizaba la cabellera de su jefe, muy espesa y con un grueso mechón retorcido en la parte superior, semejante a ciertas cagarrutas de persona que a veces se encuentran abandonadas por el campo. Aquella vez, al ver que no lo miraba, el jefe superior se había llamado a engaño, pensando que finalmente había conseguido atemorizar al comisario.

—Montalbano, se lo digo de una vez por todas con ocasión de la llegada del nuevo jefe de la Brigada Móvil, el señor Ernesto Gribaudo. Usted deberá ejercer funciones de apoyo. Su comisaría sólo se encargará de los asuntos sin importancia, y dejará que de los importantes se encargue la Móvil en la persona del señor Gribaudo o del subjefe de la brigada.

Ernesto Gribaudo. Legendario. Una vez, tras haber examinado el tórax de un hombre asesinado con una ráfaga de kalashnikov, había sentenciado que el tipo había muerto a causa de doce puñaladas asestadas en rápida sucesión.

—Perdone, señor jefe superior, ¿me podría dar algún ejemplo concreto?

Luca Bonetti-Alderighi se había llenado de orgullo y satisfacción. Montalbano permanecía de pie delante de él al otro lado del escritorio, ligeramente inclinado hacia delante y con una humilde sonrisa en los labios. Por si fuera poco, el tono de su voz había sido casi implorante. ¡Lo tenía en un puño!

—Explíquese mejor, Montalbano. No he entendido qué ejemplos quiere usted.

—Quisiera saber qué asuntos tengo que considerar sin importancia y qué otros importantes.

Montalbano también se había felicitado por su actuación: la imitación del inmortal personaje de Fantozzi del actor cómico Paolo Villaggio le estaba saliendo de maravilla.

—¡Qué pregunta, Montalbano! Pequeños hurtos, peleas, trapicheo de poca monta, reyertas, control de extracomunitarios, esos son los asuntos sin importancia. El homicidio no, eso es un asunto importante.

—¿Me permite tomar apuntes? —preguntó Montalbano, sacándose del bolsillo un trozo de papel y un bolígrafo.

El jefe superior lo miró, perplejo. Y, por un instante, el comisario se asustó: a lo mejor se le había ido la mano en la tomadura de pelo y el otro se había dado cuenta. Pero no. El jefe superior hizo una mueca de desprecio.

—Faltaría más.

Y ahora Lattes remacharía las órdenes tajantes del jefe superior. Un homicidio no entraba en sus atribuciones, era asunto de la Brigada Móvil. Marcó el número del jefe del gabinete.

—¡Montalbano queridísimo! ¿Cómo está? ¿Cómo está? ¿Qué tal la familia?

¿Qué familia? Era huérfano, y ni siquiera estaba casado.

—Todos muy bien, gracias, señor Lattes. ¿Y la suya?

—Todos bien, gracias a la Virgen. Oiga, Montalbano, en cuanto al homicidio que ha habido esta noche en Vigàta, el señor jefe superior...

—Ya lo sé, señor Lattes. No tengo que ocuparme del asunto.

—¡No, por Dios! ¿Qué dice? Yo lo he llamado precisamente porque el señor jefe superior desea, por el contrario, que se encargue usted de él.

Montalbano estuvo a punto de desmayarse. ¿Qué significaba todo aquello?

Ni siquiera conocía la identidad del muerto. ¿A que ahora resultaría que el chaval asesinado era hijo de algún personaje importante? ¿Acaso le estaban endilgando un engorro monumental? ¿No una patata caliente sino un tizón ardiendo?

—Disculpe, *dottore* Lattes. Yo me he personado en el lugar de los hechos, pero no he iniciado la investigación. Como usted comprenderá, no quería inmiscuirme en algo que no me compete.



—¡Lo comprendo muy bien, Montalbano! ¡Gracias a la Virgen, en nuestra Jefatura nos tratamos con personas de exquisita sensibilidad!

—¿Por qué no se encarga del asunto el señor Gribaudo?

—¿No lo sabe?

—No sé absolutamente nada.

—Verá, el señor Gribaudo tuvo que irse la semana pasada a Beirut para asistir a una importante reunión sobre...

—Lo sé. ¿Se ha tenido que quedar en Beirut?

—No, no, ya ha regresado, pero, nada más llegar, sufrió una grave disentería. Temíamos que se tratara de una variedad de cólera, ya sabe, por aquella zona no es insólito, pero después, gracias a la Virgen, resultó que no.

Montalbano también dio las gracias a la Virgen por permitir que Gribaudo no pudiera alejarse más de medio metro del retrete.

—¿Y el subjefe Foti?

—Fue a Nueva York para asistir a la reunión convocada por Rudolph Giuliani, ya sabe, el alcalde de la «tolerancia cero». La reunión trataba de la mejor manera de mantener el orden en una metrópoli...

—Pero ¿eso no terminó hace un par de días?

—Sí, claro, claro. Pero, verá usted, antes de regresar a Italia, el señor Foti quiso darse un garbeo por Nueva York. Le pegaron un tiro en la pierna para robarle la cartera. Está ingresado en el hospital. Gracias a la Virgen, nada grave.

Fazio apareció pasadas las diez.

—¿Cómo venís tan tarde?

—¡Por el amor de Dios, *dottore*, no me diga nada! ¡Primero hemos tenido que esperar al suplente del juez suplente! Después...

—Espera. Explícate mejor.

Fazio elevó los ojos al cielo, pues tener que hablar del asunto le volvía a poner los nervios de punta.

—De acuerdo. Cuando Galluzzo fue a recoger al juez suplente Tommaseo, que había chocado contra un árbol...

—Pero ¿no era un poste?

—No, *dottore*, a él le pareció un poste, pero era un árbol. Resumiendo, Tommaseo se había hecho una herida en la frente y le salía sangre. Entonces Galluzzo lo acompañó al servicio de urgencias de Montelusa. Desde allí, Tommaseo telefoneó para que lo relevaran, pues le dolía la cabeza, pero era muy pronto y en el Palacio de Justicia no había nadie. Tommaseo llamó al teléfono particular de un compañero suyo, el juez Nicotra. Y por eso hemos tenido que esperar a que el juez Nicotra se despertara, se vistiera, se tomara el café, se pusiera al volante del coche y llegara. Pero, entre tanto, el señor Gribaudo no aparecía. Y el subjefe, tampoco. Cuando por fin ha llegado la ambulancia y han retirado el cadáver, me he quedado diez minutos esperando a los de la Móvil. Y después, al ver que no venía nadie, me he largado. Si el señor Gribaudo quiere algo de mí, que venga a buscarme aquí.

—¿Qué has averiguado acerca del asesinato?

—¿Y a usted qué coño le importa, *dottore*, con el debido respeto? De eso se tienen que encargar los de la Móvil.

—Gribaudo no vendrá, Fazio. Está encerrado en un retrete cagando a lo bestia. A Foti le han pegado un tiro en Nueva York. Me ha llamado Lattes: de este asunto nos tenemos que encargar nosotros.

Fazio se sentó con un brillo de alegría en los ojos. Inmediatamente se sacó del bolsillo una hoja de papel cubierta por una apretada escritura. Y empezó a leer.

—Emanuele Sanfilippo, llamado también Nenè, hijo del difunto Gerlando y de Natalina Patò...

—Ya basta —dijo Montalbano.

Le molestaba lo que él llamaba «el complejo de registro civil» que padecía Fazio. Pero le molestaba todavía más el tono de voz con que este enumeraba fechas de nacimiento, parentescos y matrimonios. Fazio lo comprendió de inmediato.

—Perdone, señor comisario.

Pero no volvió a guardarse la hoja en el bolsillo.

—La conservo como recuerdo —explicó para justificarse.

—¿Cuántos años tenía ese Sanfilippo?

—Veintiuno y tres meses.

—¿Era drogadicto? ¿Se dedicaba al trapicheo?

—No consta.

—Trabajaba.

—No.

—¿Vivía en Via Cavour?

—Sí, señor. En un apartamento del tercer piso: sala de estar, dos habitaciones, cuarto de baño y cocina. Vivía solo.

—¿De compra o de alquiler?

—De alquiler. Ochocientas mil liras al mes.

—¿El dinero se lo daba su madre?

—¿Esa? Es una pobre desgraciada, *dottore*. Vive con una pensión de quinientas mil liras mensuales. En mi opinión, ha ocurrido lo siguiente: hacia las cuatro de la madrugada, Nenè Sanfilippo aparca el coche justo delante del portal, cruza la calle y...

—¿Qué coche es?

—Un Punto. Tenía otro en el garaje. Un Duetto. ¿Me explico?

—¿Era un ocioso?

—Sí, señor. ¡Y hay que ver lo que tenía en casa! Todo de último modelo: televisor con antena parabólica en la azotea, ordenador, vídeo, cámara de vídeo, fax, frigorífico... Y tenga en cuenta que no he mirado con detenimiento. Hay videocasetes, y discos compactos y disquetes para el ordenador... Habrá que examinarlo.

—¿Hay noticias de Mimì?

Fazio, que se había embalado, se desorientó.

—¿Quién? Ah, sí, el subcomisario Augello; apareció poco antes de la llegada del suplente del juez suplente. Echó un vistazo y se fue.

—¿Sabes adónde?

—Cualquiera sabe. Volviendo a lo de antes, Nenè Sanfilippo introduce la llave en la cerradura y, en aquel momento, alguien lo llama.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le han disparado a la cara, *dottore*. Al oír que lo llaman, Sanfilippo se vuelve y se acerca a la persona que lo ha llamado. Cree que será cuestión de pocos minutos porque deja la llave en la cerradura, no se la vuelve a guardar en el bolsillo.

—¿No ha habido pelea?

—Parece ser que no.

—¿Has examinado las llaves?

—Había cinco, señor comisario. Dos de Via Cavour: portal y puerta del apartamento. Dos de la casa de la madre: portal y puerta del apartamento. La quinta es una de esas llaves ultramodernas que los que las venden aseguran que no se pueden duplicar. No sabemos de qué puerta era.

—Un chaval interesante ese Sanfilippo. ¿Hay testigos?

Fazio soltó una carcajada.

—¿Está usted de guasa, *dottore*?

## Dos

Los interrumpieron unas voces airadas procedentes de la antesala. Estaba claro que era una trifulca.

—Ve a ver.

Fazio salió, las voces se calmaron y, al poco rato, el sargento regresó.

—Es un señor que la ha tomado con Catarella porque no lo deja pasar. Se empeña en hablar con usted.

—Que espere.

—Me parece muy alterado, señor comisario.

—Oigámoslo.

Entró un cuarentón con gafas, correctamente vestido, con la raya al lado y pinta de respetable empleado.

—Gracias por recibirme. Usted es el comisario Montalbano, ¿verdad? Me llamo Davide Griffó y siento haber levantado la voz, pero no entendía lo que su agente me estaba diciendo. ¿Es extranjero?

Montalbano prefirió dejarlo correr.

—Soy todo oídos.

—Verá, yo vivo en Messina, trabajo en el Ayuntamiento. Estoy casado. Aquí viven mis padres, soy hijo único. Estoy preocupado por ellos.

—¿Por qué?

—Llamo desde Messina dos veces por semana, el jueves y el domingo. Hace dos noches, el domingo, no me contestaron. Y desde entonces, no he vuelto a saber nada de ellos. He vivido unas horas infernales hasta que mi mujer me dijo que cogiera el coche y viniera a Vigàta. Anoche llamé por teléfono a la portera para saber si tenía la llave del apartamento de mis padres. Me contestó que no. Mi mujer me ha aconsejado que recurra a usted. Lo ha visto un par de veces en la televisión.

—¿Quiere presentar una denuncia?

—Primero quisiera que se me concediera autorización para derribar la puerta. —Se le quebró la voz—. Puede haber ocurrido algo grave, comisario.

—De acuerdo. Fazio, llama a Gallo.

Fazio se retiró y regresó con su compañero.

—Gallo, acompaña a este señor. Tiene que mandar derribar la puerta del apartamento de sus padres. No tiene noticias tuyas desde el domingo pasado. ¿Dónde ha dicho usted que vivían?

—Aún no lo he dicho. En Via Cavour, cuarenta y cuatro.

Montalbano se quedó de una pieza.

—¡Virgen santísima! —exclamó Fazio.

A Gallo le dio un fuerte ataque de tos y abandonó el despacho en busca de un vaso de agua. Davide Griffó palideció y, asustado por el efecto de sus palabras, miró a su alrededor.

—¿Qué he dicho? —preguntó con un hilillo de voz.

En cuanto Fazio se detuvo delante del número 44 de Via Cavour, Davide Griffó abrió la portezuela y cruzó precipitadamente el portal.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Fazio mientras cerraba el coche.

—Por los viejecitos desaparecidos. El muerto ya está muerto y puede esperar.

En el portal se tropezaron con Griffó que estaba volviendo a salir a la velocidad de un pedrusco lanzado con tirachinas.

—¡La portera me ha dicho que esta noche ha habido un homicidio! ¡Uno que vivía en esta casa!

Sólo entonces se percató de la silueta del cuerpo de Nenè Sanfilippo dibujada en blanco sobre la acera. Empezó a experimentar fuertes temblores.

—Tranquilícese —le dijo el comisario, apoyando una mano en su hombro.

—No... es que temo...

—Señor Griffó, ¿piensa que sus padres podrían estar implicados en un caso de homicidio?

—¿Bromea usted? Mis padres son...

—Pues entonces. No se preocupe porque esta mañana hayan matado a una persona aquí delante. Mejor vamos a ver.

La señora Ciccina Recupero, portera, daba vueltas en los dos metros por dos de su garita como uno de esos osos que enloquecen en la jaula y empiezan a balancearse sobre las patas. Se lo podía permitir porque estaba en los puros huesos, y el poco espacio de que disponía le bastaba y sobraba para moverse.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡Virgen santísima! ¿Qué ha pasado en esta casa? ¿Qué ha pasado? ¿Qué mal de ojo le han echado? ¡Aquí hay que mandar llamar enseguida al cura para que venga con el agua bendita!

Montalbano la sujetó por el brazo, o más bien por el hueso del brazo, y la obligó a sentarse.

—No haga teatro. Deje de santiguarse y conteste a mis preguntas. ¿Desde cuándo no ve a los señores Griffò?

—Desde la mañana del sábado pasado, cuando la señora regresó de la compra.

—¿Estamos a martes y usted no se preocupó?

La portera se ofendió.

—¿Y por qué habría tenido que hacerlo? ¡Esos no le daban confianzas a nadie! ¡Eran unos orgullosos! ¡Y me importa un carajo que el hijo me oiga! ¡Salían, regresaban con la compra, se encerraban en casa y en tres días no los veía nadie! Tenían mi número de teléfono: ¡si necesitaban algo, llamaban!

—¿Y había ocurrido?

—¿Qué?

—Que la llamaran.

—Sí, había ocurrido algunas veces. Cuando el señor Fofò, el marido, estuvo enfermo, la mujer me llamó para que le hiciera compañía mientras ella iba a la farmacia. Otra vez, cuando se les rompió el tubo de la lavadora y el agua los inundó. La tercera vez, cuando...

—Ya basta, gracias. ¿Ha dicho usted que no tiene la llave?

—¡No es que lo haya dicho, es que no la tengo! La llave la señora Griffò me la dejó el año pasado en verano, cuando fueron a ver a su hijo a Messina. Le tenía que regar las plantitas del balcón. Después quisieron que se la devolviera sin darme ni siquiera las gracias, nada, sin decir ni oxe ni moxte,

¡como si yo fuera su criada, su esclava! ¿Y ahora me viene usted a decir que tenía que preocuparme? Si hubiera subido al cuarto piso y les hubiera preguntado si necesitaban algo, ¡igual me mandaban al carajo!

—¿Subimos? —le preguntó el comisario a Davide Griffó, que permanecía apoyado en la pared como si las piernas no le sostuvieran el cuerpo.

Tomaron el ascensor y subieron a la cuarta planta. Davide salió rápidamente. Fazio acercó los labios al oído del comisario.

—Hay cuatro apartamentos por planta. Nenè Sanfilippo vivía justo debajo del de los Griffó —dijo, señalando con la barbilla a Davide, que, con todo el cuerpo arrimado a la puerta del 17, estaba llamando absurdamente al timbre.

—Apártese, por favor.

Pareció que Davide no lo había oído, pues siguió apretando el timbre. Sonaba como de lejos. Fazio se adelantó, sujetó a Davide por los hombros y lo apartó. El comisario se sacó del bolsillo un gran llavero, del cual colgaban unas diez piezas de hierro de distintas formas. Ganzúas, regalo de un ladrón amigo suyo. Se pasó cinco minutos manipulando la cerradura: además del muelle, había cuatro vueltas de llave.

La puerta se abrió. Montalbano y Fazio ensancharon al máximo las ventanas de la nariz para percibir el olor que procedía del interior. Fazio sujetaba por un brazo a Davide, que quería entrar de inmediato. La muerte al cabo de dos días empieza a apestar. Nada, el apartamento olía sólo a cerrado. Fazio soltó la presa, y Davide pegó un brinco, entró y enseguida empezó a llamar.

—¡Papá! ¡Mamá!

Reinaba un orden perfecto. Las ventanas estaban cerradas; la cama, hecha; la cocina, arreglada; el fregadero, sin platos sucios. En el interior del frigorífico, queso, un paquete de jamón, aceitunas, una botella de vino blanco medio vacía. En el congelador, cuatro tajadas de carne, dos salmonetes. Si se habían ido, estaba claro que tenían intención de regresar muy pronto.

—¿Sus padres tenían familiares?

Davide se había sentado en una silla de la cocina con la cabeza entre las manos.



—Papá no. Mamá sí. Un hermano en Comiso y una hermana en Trapani, ya difunta.

—¿Y no sería posible que hubieran ido a...?

—No, señor comisario, lo descarto. No tienen noticias de mis padres desde hace un mes. No se relacionaban mucho.

—¿O sea que usted no tiene ni la más remota idea de adónde pueden haber ido?

—No. Si la hubiera tenido, habría intentado buscarlos.

—La última vez que habló con ellos fue la noche del jueves de la semana pasada, ¿verdad?

—Sí.

—¿No le dijeron nada que pudiera...?

—Nada de nada.

—¿De qué hablaron?

—De lo mismo de siempre, la salud, los nietos... Tengo dos hijos varones: Alfonso, como papá, y Giovanni; uno tiene seis años, y el otro, cuatro. Los quieren mucho. Cada vez que veníamos a verlos a Vigàta, los cargaban de regalos.

No hacía el menor esfuerzo por reprimir las lágrimas.

Fazio, que se había ido a dar una vuelta por el apartamento, regresó con los brazos extendidos.

—Señor Griffó, de nada sirve que nos quedemos aquí. Espero poder facilitarle alguna información cuanto antes.

—Señor comisario, me he tomado unos días de permiso en el Ayuntamiento. Puedo quedarme en Vigàta por lo menos hasta mañana por la noche.

—Por mí, puede quedarse todo el tiempo que quiera.

—No, me refería a otra cosa: ¿puedo dormir aquí esta noche?

Montalbano lo pensó un poco. En el comedor, que era también la sala de estar, había un pequeño escritorio con unos papeles encima. Quería examinarlos con detenimiento.

—No, no puede dormir en este apartamento. Lo siento.

—Pero ¿y si por casualidad llamara alguien...?

—¿Quién? ¿Sus padres? ¿Qué motivo podrían tener sus padres para llamar a su casa, sabiendo que no hay nadie?

—No, quería decir, si llama alguien que tiene alguna noticia...

—Tiene razón. Mandaré intervenir inmediatamente el teléfono. Fazio, encárgate tú de eso. Señor Griffó, quisiera una fotografía de sus padres.

—La guardo en el bolsillo, señor comisario. Se la hice yo mismo cuando fueron a vernos a Messina. Se llaman Alfonso y Margherita.

Rompió en sollozos mientras le alargaba la fotografía a Montalbano.

\* \* \*

—Cinco por cuatro, veinte; veinte menos dos, dieciocho —dijo Montalbano en el rellano en cuanto Griffó se fue, más perplejo que convencido.

—¿Está usted desvariando? —preguntó Fazio.

—Si las matemáticas no son una opinión, si este edificio tiene cinco plantas, quiere decir que hay veinte apartamentos. Pero, en realidad, son dieciocho, descontando los de los Griffó y Nenè Sanfilippo. En pocas palabras, tenemos que interrogar nada menos que a dieciocho familias. Y hacer a cada una un par de preguntas. ¿Qué saben ustedes de los Griffó? ¿Qué saben de Nenè Sanfilippo? Si el muy cabrón de Mimì estuviera aquí y nos echara una mano...

Hablando del rey de Roma... Justo en aquel momento sonó el móvil de Fazio.

—Es el subcomisario Augello. Pregunta si lo necesita.

Montalbano enrojeció de rabia.

—Que venga inmediatamente. Dentro de cinco minutos tiene que estar aquí aun a riesgo de romperse las piernas.

Fazio repitió la orden.

—Y, mientras llega, vamos a tomarnos un café —propuso el comisario.

Cuando regresaron a Via Cavour, Mimì ya los estaba esperando. Fazio se apartó discretamente.

—Mimì —dijo Montalbano—, a mí contigo se me cae el alma a los pies. Y me faltan las palabras. ¿Se puede saber qué se te ha pasado por la cabeza?

¿Sabes o no sabes que...?

—Lo sé —lo interrumpió Augello.

—¿Qué coño sabes?

—Lo que tengo que saber. Que he cometido un error. El caso es que me noto raro y confuso.

El comisario se ablandó. Mimì lo estaba mirando con una cara que él jamás le había visto. No con la acostumbrada desvergüenza. Muy al contrario. Más bien con una cierta resignación y humildad.

—Mimì, ¿puedo saber qué te ha ocurrido?

—Después te lo digo, Salvo.

Montalbano estaba a punto de apoyarle una consoladora mano en el hombro cuando una repentina sospecha se lo impidió. ¿Y si aquel hijo de puta de Mimì se estaba comportando como él con Bonetti-Alderighi, fingiendo una actitud servil cuando, en realidad, se trataba de una solemne tomadura de pelo? Augello era un comediante y un caradura, capaz de eso y de mucho más. En la duda, reprimió el gesto de afecto, y lo puso al corriente de la desaparición de los Griffo.

—Tú te encargas de los inquilinos de la primera planta y de la segunda; Fazio, de los de la quinta y la planta baja, y yo me ocupo de los de la tercera y la cuarta.

Tercera planta, puerta 12. La cincuentona señora Concetta Burgio, viuda de Lo Mascolo, se lanzó a un monólogo de mucho efecto.

—¡No me hable de ese Nenè Sanfilippo, señor comisario! ¡No me hable! ¡Lo han matado, pobrecillo, y en paz descanse! ¡Pero es que hacía que me condenara, vaya si lo hacía! De día no paraba nunca en casa. Pero de noche... sí. ¡Y entonces, se lo juro por mis muertos, empezaba el infierno! ¡Una noche sí y otra no! ¡El infierno! Mire, señor comisario, mi dormitorio está pared con pared con el de Sanfilippo. ¡Las paredes de esta casa son de papel de seda! ¡Se oye todo, pero lo que se dice todo! ¡Y entonces, después de haber puesto una música que me perforaba los oídos, la apagaba y empezaba otra música! ¡Una sinfonía, oiga! ¡Tacatá, tacatá, tacatá! ¡La cama que golpeaba la pared y era como una batería! ¡Y la puta de turno venga a gritar, ah, ah, ah! ¡Y otra

vez tacatá, tacatá, tacatá! Y entonces a mí se me ocurrían malos pensamientos. Rezaba un misterio del rosario. Dos misterios. Tres misterios. ¡Nada! Los pensamientos no se iban. ¡Yo soy muy joven todavía, señor comisario! ¡Hacía que me condenara! No, señor, de los señores Griffó no sé nada. No daban confianzas. Y, si tú no me la das, ¿por qué te la tengo que dar yo a ti? ¿Está claro?

Tercera planta, puerta 14. Familia Crucillà. Marido: Stefano Crucillà, jubilado, excontable de una pescadería. Esposa: Antonietta De Carlo. Hijo mayor: Calogero, ingeniero de minas, trabaja en Bolivia. Hija menor: Samanta sin hache entre la te y la a, profesora de Matemáticas, soltera, vive con sus padres. Habló Samanta en nombre de todos.

—Mire, señor comisario, sobre los señores Griffó sólo puedo decirle que eran muy antipáticos. Una vez me crucé con la señora, que estaba entrando con el carrito de la compra lleno hasta el tope y dos bolsas de plástico en cada mano. Puesto que, para llegar al ascensor, hay que subir tres peldaños, le pregunté si podía ayudarla. Me contestó de muy malos modos que no. Y el marido no era mejor. ¿Nenè Sanfilippo? Un chico muy guapo, rebosante de vida, simpático. ¿Qué hacía? Lo que hacen todos los jóvenes de su edad cuando gozan de libertad.

Mientras lo decía miró de soslayo a sus padres, lanzando un suspiro. No, ella no gozaba de libertad, por desgracia. De lo contrario, hubiera sido capaz de dar ciento y raya al difunto Nenè Sanfilippo.

Tercera planta, puerta 15. Doctor Assunto Ernesto, médico odontólogo.

—Comisario, esto es sólo mi consulta. Yo vivo en Montelusa y aquí sólo vengo de día. Lo único que puedo decirle es que una vez me tropecé con el señor Griffó con la cara deformada a causa de un flemón. Le pregunté si tenía dentista y me dijo que no. Entonces le aconsejé que se pasara un momento por aquí, por mi consulta. A cambio, recibí una tajante respuesta negativa. En cuanto a ese Sanfilippo, ¿quiere que le diga una cosa? Jamás lo vi, ni siquiera sé qué pinta tenía.

Empezó a subir el tramo de escalera que conducía al piso de arriba, y le dio por mirar el reloj. Ya era la una y media, y, dada la hora, por un reflejo condicionado, le entró un voraz apetito. Oyó el ruido del ascensor, que subía. Decidió resistir heroicamente el apetito y seguir con las preguntas, pues a aquella hora era más fácil encontrar a los inquilinos en casa. Delante de la puerta 16 vio a un hombre grueso y calvo que sostenía una deformada bolsa negra en una mano mientras con la otra trataba de introducir la llave en la cerradura. El hombre vio al comisario detenerse a su espalda.

—¿Me busca a mí?

—Sí, señor...

—Mistretta. Y usted, ¿quién es?

—Soy el comisario Montalbano.

—¿Y qué quiere?

—Hacerle unas cuantas preguntas acerca del joven asesinado esta noche.

—Sí, lo sé, la portera me lo ha contado todo cuando he salido para ir al despacho. Trabajo en la cementera.

—... y acerca de los señores Griffó.

—¿Por qué, qué han hecho los Griffó?

—Han desaparecido.

El señor Mistretta abrió la puerta y se apartó a un lado.

—Pase.

Montalbano se adelantó un paso y se encontró en un apartamento en el que reinaba un desorden absoluto. Dos calcetines sucios y desaparejados sobre la mesita del recibidor. El hombre lo hizo pasar a un saloncito que debía de haber sido una sala de estar. Periódicos, platos sucios, vasos empañados, ropa lavada y sin lavar, ceniceros llenos de ceniza y colillas.

—Está todo un poco desordenado —reconoció el señor Mistretta—, pero es que mi mujer está en Caltanissetta desde hace dos meses, atendiendo a su madre, que está enferma.

Sacó de la bolsa negra una lata de atún, un limón y una barra de pan. Abrió la lata y echó su contenido en el primer plato que le vino a mano. Apartando a un lado unos calzoncillos, cogió un tenedor y un cuchillo. Cortó el limón y lo exprimió sobre el atún.

—¿Usted gusta? Mire, comisario, no le quiero hacer perder el tiempo. Tenía intención de entretenerlo aquí un ratito sólo para que me hiciera un poco de compañía. Pero después he pensado que sería injusto. A los Griffo los veía alguna que otra vez. Pero ni siquiera nos saludábamos. Al joven asesinado jamás lo vi.

—Gracias. Buenos días —dijo el comisario, levantándose.

A pesar de toda aquella suciedad, el hecho de ver comer a alguien le había redoblado el apetito.

Cuarta planta. Junto a la puerta del apartamento 18 vio una placa bajo el timbre: «Guido y Gina de Dominicis». Llamó al timbre.

—¿Quién es? —preguntó una voz infantil.

¿Qué responder a un niño?

—Soy un amigo de tu papá.

Se abrió la puerta y apareció ante los ojos del comisario un chiquillo de unos ocho años y con pinta de espabilado.

—¿Está papá? ¿O mamá?

—No, pero vuelven enseguida.

—¿Cómo te llamas?

—Pasqualino. ¿Y tú?

—Salvo.

En aquel momento Montalbano tuvo la certeza de que el olor que salía del apartamento era de quemado.

—¿Qué es este olor?

—Nada. Le he pegado fuego a la casa.

El comisario se disparó de golpe, asustando a Pasqualino. A través de una puerta salía un humo muy negro. Era el dormitorio, en el que una cuarta parte de la cama de matrimonio estaba ardiendo. Se quitó la chaqueta, vio una manta de lana doblada sobre una silla, la desdobló y la arrojó sobre las llamas, dando fuertes manotazos. Una perversa y pequeña lengua de fuego se le comió medio puño de la camisa.

—Si tú me apagas el fuego, yo lo enciendo en otro sitio —dijo Pasqualino, blandiendo con gesto amenazador una caja de cerillas de cocina.

¡Qué listo era aquel diablillo! ¿Qué tenía que hacer? ¿Desarmarlo o seguir apagando el incendio? Optó por hacer de bombero, y siguió quemándose. Sin embargo, un estridente grito femenino lo dejó paralizado.

—¡Guidooooooooooooo!

Una joven rubia con los ojos enormemente abiertos estaba a punto de desmayarse. Montalbano no había tenido tiempo ni de abrir la boca cuando al lado de la mujer apareció un joven con gafas, de anchas espaldas, una especie de Clark Kent, el que después se transforma en Superman. Sin decir ni una sola palabra, Superman, con un gesto de suprema elegancia, se abrió la chaqueta. Y el comisario se vio apuntado por una pistola que le pareció un cañón.

—Manos arriba.

Montalbano obedeció.

—¡Es un pirómano! ¡Es un pirómano! —balbucía entre lágrimas la joven, abrazando con fuerza a su hijito, a su angelito.

—¿Sabes, mami? ¡Me ha dicho que quería pegar fuego a toda la casa!

Tardaron algo así como media hora en aclarar el asunto. Montalbano se enteró de que el hombre era cajero de un banco y que por eso iba por ahí armado. Y que la señora Gina se había retrasado porque había ido al médico.

—Pasqualino tendrá un hermano —confesó la señora, bajando púdicamente los ojos.

Con el ruido de fondo de los gritos y el llanto del chiquillo, que había recibido una buena zurra en el trasero y había sido encerrado en una habitación a oscuras, Montalbano averiguó que los señores Griffó, incluso cuando estaban en casa, era como si no estuvieran.

—Ni siquiera un ataque de tos, qué sé yo, algo que cayera al suelo, una palabra pronunciada un poquito más alto. ¡Nada!

En cuanto a Nenè Sanfilippo, el matrimonio De Dominicis ignoraba incluso que el asesinado viviera en su mismo edificio.

## Tres

La última estación del vía crucis era el apartamento 19 del cuarto piso. Abogado Leone Guarnotta.

Por debajo de la puerta se filtraba un aroma de ragú que a Montalbano le quitó el sentido.

—Usted es el comisario Montaperto —dijo la enorme cincuentona que le abrió la puerta.

—Montalbano.

—¡Yo me confundo con los nombres, pero si veo una cara en la televisión, aunque sólo sea una vez, ya nunca la olvido!

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina desde dentro.

—Es el comisario, Leò. Pase, pase.

Mientras Montalbano entraba, apareció un enjuto sexagenario con una servilleta remetida en el cuello de la camisa.

—Guarnotta, encantado. Pase. Estábamos a punto de sentarnos a comer. Acompañeme al salón.

—¡Déjate de salones! —terció la mujerona—. Si pierdes el tiempo con chácharas, la pasta se pega. ¿Usted ha comido, señor comisario?

—La verdad es que todavía no —contestó Montalbano, sintiendo que su corazón se abría a la esperanza.

—Pues entonces, todo arreglado, se sienta con nosotros y se come un plato de pasta. Así hablaremos todos mejor —concluyó la señora Guarnotta.

La pasta se había escurrido en el momento adecuado («saber cuándo llega el momento de escurrir la pasta es un arte», le había dicho un día su asistenta, Adelina), y la carne en salsa era tierna y sabrosa.

Pero, aparte de llenarse la barriga, el comisario no consiguió llegar a ninguna parte en su investigación. Había dado otro palo de ciego.



Cuando a las cuatro de la tarde se encontró en su despacho con Mimì Augello y Fazio, Montalbano no pudo por menos de constatar que los palos de ciego eran definitivamente tres.

—Aparte de que sus matemáticas son realmente una opinión, porque los apartamentos de aquella casa son veintitrés... —dijo Fazio.

—¿Cómo veintitrés? —preguntó, sorprendido, Montalbano, a quien los números no se le daban muy bien.

—*Dottore*, hay tres en la planta baja, todos despachos. No conocen ni a los Griffio ni a Sanfilippo.

En resumen, los Griffio llevaban años viviendo en aquel edificio, pero era como si hubieran sido invisibles. Y en cuanto a Sanfilippo, como si no hubiera existido, había inquilinos que jamás lo habían oído nombrar.

—Vosotros dos, antes de que la noticia de la desaparición sea oficial, procurad averiguar algo más en el pueblo: rumores, habladurías, chismes, conjeturas, cosas de este tipo —dijo el comisario.

—¿Porque, en cuanto se conozca la noticia de la desaparición, las respuestas de las personas podrían cambiar? —preguntó Augello.

—Sí, cambian. Una cosa que te parecía normal adquiere un cariz distinto después de un acontecimiento anormal. Y, ya que estáis en ello, preguntad también sobre Sanfilippo.

Fazio y Augello abandonaron el despacho sin estar muy convencidos.

Montalbano cogió las llaves de Sanfilippo que Fazio le había dejado en el escritorio, se las guardó en el bolsillo y fue a llamar a Catarella, que llevaba una semana empeñado en resolver un crucigrama para principiantes.

—Catarè, ven aquí conmigo. Te encomiendo una misión importante.

Abrumado por la emoción, Catarella no consiguió abrir la boca ni siquiera cuando se encontró en el interior del apartamento del muchacho asesinado.

—¿Ves aquel ordenador, Catarè?

—Sí, señor. Muy bonito.

—Pues bien, trabaja en él. Quiero saber todo lo que contiene. Y después le pones todos los disquetes y los... ¿cómo se llaman?

—Gederromes, *dottori*.

—Examínalos todos. Y después me redactas un informe.

—Puede que también haya videocasetes.

—Los videocasetes los dejas estar.

Subió al coche y se dirigió a Montelusa. Su amigo el periodista Nicolò Zito, de Retelibera, estaba a punto de salir en antena. Montalbano le alargó la fotografía.

—Se apellidan Griffò, Alfonso y Margherita. Sólo tienes que decir que su hijo Davide está preocupado porque no tiene noticias tuyas. Habla de ello en el telediario de esta noche.

Zito, que era una persona inteligente y un hábil periodista, examinó la fotografía y le dirigió la pregunta que él ya se esperaba.

—¿Por qué te preocupas por la desaparición de esos dos?

—Me dan pena.

—Que te den pena, lo creo. Pero que sólo te den pena, no lo creo. ¿Hay por casualidad alguna relación?

—¿Con qué?

—Con el chico que han matado en Vigàta, Sanfilippo.

—Vivían en el mismo edificio.

Nicolò pegó literalmente un brinco en la silla.

—Pero esta es una noticia que...

—... que tú no darás a conocer. Puede que haya una relación y puede que no. Tú haz lo que te digo y las primeras novedades sustanciosas serán para ti.

Sentado en la galería, había disfrutado de la *pappanozza* que desde hacía tiempo le apetecía saborear. Un plato pobre: patatas y cebollas hervidas un buen rato, reducidas a puré con el tenedor y aliñadas con mucho aceite, vinagre fuerte, pimienta negra recién molida y sal. Se come utilizando un tenedor preferentemente de hojalata (tenía dos que guardaba celosamente), quemándose uno la lengua y el paladar y, por consiguiente, soltando tacos a cada bocado.

En el telediario de las nueve de la noche, Nicolò Zito cumplió con su deber: mostró la fotografía de los Griffo y dijo que el hijo estaba preocupado.

Apagó el televisor y decidió empezar a leer el último libro de Vázquez Montalbán, cuya acción transcurría en Buenos Aires y que estaba protagonizado por Pepe Carvalho. Leyó las tres primeras líneas y sonó el teléfono. Era Mimì.

—¿Te molesto, Salvo?

—En absoluto.

—¿Estás ocupado?

—No. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Quisiera hablar contigo. Voy para allá.

O sea, que la actitud de Mimì cuando él lo había regañado por la mañana había sido sincera, no se trataba de una tomadura de pelo. ¿Qué podía haberle ocurrido al pobre muchacho? En cuestión de mujeres, Mimì era de fácil paladar y pertenecía a aquella corriente de pensamiento masculino, según la cual la que se deja se pierde. A lo mejor se había peleado con algún marido celoso. Como aquella vez que había sido sorprendido por el contable Pérez besando las tetas desnudas de su santa esposa. La cosa había acabado de mala manera, con presentación de denuncia en toda regla ante el jefe superior de policía. Había salido bien librado porque el jefe superior, el antiguo, había conseguido arreglarlo. Si en lugar del antiguo hubiera sido el nuevo, Bonetti-Alderighi, adiós carrera del subcomisario Augello.

Llamaron al timbre de la puerta. Mimì no podía ser, pues acababa de telefonar. Pero era él.

—¿Has venido volando desde Vigàta a Marinella?

—No estaba en Vigàta.

—¿Dónde estabas, entonces?

—Aquí cerca. Te he llamado desde el móvil. Llevaba una hora dando vueltas.

¡Ay! Mimì había estado paseando por los alrededores antes de tomar la decisión de llamarlo. Señal de que el asunto era mucho más grave de lo que él imaginaba.

De repente, se le ocurrió un pensamiento terrible: ¿y si Mimì se hubiera puesto enfermo de tanto ir de putas?

—¿Estás bien de salud?

Mimì lo miró, perplejo.

—¿De salud? Sí.

Dios mío. Si lo que llevaba encima no guardaba relación con el cuerpo quería decir que la guardaba con lo contrario. ¿El alma? ¿El espíritu? ¿Estamos de guasa? ¿Qué tenía él que ver con aquellos asuntos?

Mientras se dirigían a la galería, Mimì dijo:

—¿Me quieres hacer un favor? ¿Me traes dos dedos de whisky sin hielo?

¡Quería darse ánimos, eso es lo que quería! Montalbano empezó a ponerse extremadamente nervioso. Le colocó la botella y el vaso delante, esperó a que se echara una generosa cantidad y entonces habló.

—Mimì, me estoy devanando los sesos por tu culpa. Dime enseguida qué coño te pasa.

Augello apuró el contenido del vaso de un solo trago y, mirando hacia el mar, contestó en un levísimo susurro:

—He decidido desposarme.

Montalbano reaccionó instintivamente, presa de una furia incontenible. Con la mano izquierda barrió de la mesita el vaso y la botella mientras con la derecha descargaba un fuerte tortazo en la mejilla de Mimì, que entre tanto se había vuelto hacia él.

—¡Cabrón! ¿Qué gilipolleces me estás diciendo? ¡Una cosa así, mientras yo viva, no permitiré que la hagas! ¡No te lo permitiré! ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea? ¿Qué motivo tienes?

Entre tanto, Augello se había levantado, y ahora permanecía apoyado contra la pared, acariciándose con una mano la enrojecida mejilla mientras sus ojos enormemente abiertos miraban aterrorizados a Montalbano.

El comisario logró dominarse y comprendió que se había pasado. Se acercó a Augello con los brazos extendidos. Mimì consiguió pegarse un poco más a la pared.

—Por tu bien, Salvo, no me toques.

O sea, que la enfermedad de Mimì era verdaderamente contagiosa.

—Cualquier cosa que tengas, Mimì, siempre es mejor que la muerte.

A Mimì se le cayó literalmente la boca hacia abajo.

—¿La muerte? Pero ¿quién ha hablado aquí de muerte?

—Tú. Ahora mismo me acabas de decir: «He decidido dispararme». ¿O acaso lo niegas?

Sin contestar, Mimì empezó a resbalar hacia el suelo con la espalda pegada a la pared. Ahora se estaba sujetando el vientre con ambas manos como si experimentara un dolor insoportable. Las lágrimas le brotaron de los ojos y empezaron a deslizarse a ambos lados de la nariz. El comisario se aterrorizó. ¿Qué hacer? ¿Llamar a un médico? ¿A quién podía despertar a aquella hora? Entre tanto, Mimì se había levantado de golpe, había saltado al otro lado de la barandilla, había recogido de la arena la botella todavía intacta y estaba bebiendo a morro. Montalbano se quedó de piedra. Después experimentó un sobresalto al oír que Augello se había puesto a ladrar. No, no ladraba. Se reía. Pero ¿por qué coño se reía? Al final, Mimì consiguió hablar.

—¡He dicho desposar, Salvo, no disparar!

De repente, el comisario se sintió a la vez aliviado y enfurecido. Entró en la casa, fue al cuarto de baño, puso la cabeza bajo el agua fría y se quedó un buen rato allí. Cuando regresó a la galería, Augello se había vuelto a sentar. Montalbano le quitó la botella de la mano, se la acercó a la boca y apuró su contenido.

—Voy por otra.

Regresó con una botella entera sin abrir.

—¿Sabes, Salvo?, cuando has reaccionado de aquella manera, me has dado un susto del carajo. ¡He pensado que eras marica y estabas enamorado de mí!

—Háblame de la chica —dijo Montalbano.

Se llamaba Rachele Zummo. La había conocido en Fela, en casa de unos amigos. Estaba allí para ver a sus padres, pero trabajaba en Pavía.

—¿Y qué hace en Pavía?

—Te vas a partir de risa, Salvo. ¡Es inspectora de policía!

Se rieron de buena gana. Y se pasaron otras dos horas riéndose hasta que se terminaron la botella.

—¿Livia? Soy Salvo, ¿estabas durmiendo?

—Claro que estaba durmiendo. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Quería...

—¿Cómo que nada? Pero ¿sabes qué hora es? ¡Las dos!

—Ah, ¿sí? Perdona. No creía que fuera tan tarde... tan pronto. Bueno, no, nada, era una tontería, te lo aseguro.

—Pues me lo vas a decir, aunque sea una tontería.

—Mimì Augello me ha dicho que se quiere casar.

—¡Vaya una novedad! A mí me lo dijo hace tres meses, y me pidió que no te contara nada.

Pausa muy larga.

—Salvo, ¿estás ahí?

—Sí, estoy. ¿O sea que tú y el señor Augello os hacéis pequeñas confidencias y a mí me mantenéis al margen de todo?

—¡Vamos, Salvo!

—¡Pues no, Livia, permíteme que me cabree!

—¡Y tú permítemelo también a mí!

—¿Por qué?

—Porque llamas tontería a una boda. ¡Cabrón! Más bien deberías imitar el ejemplo de Mimì. ¡Buenas noches!

Se despertó sobre las seis de la mañana con la boca pastosa y la cabeza ligeramente dolorida. Intentó volver a dormirse tras haberse bebido media botella de agua helada. Nada.

¿Qué hacer? El problema se lo resolvió el timbre del teléfono.

¿A aquella hora? Igual era el imbécil de Mimì para decirle que se le habían pasado las ganas de casarse. Se dio un manotazo en la frente. ¡Así había surgido el equívoco de la víspera! Augello le había dicho «he decidido desposarme» y él había entendido «he decidido dispararme». ¡Claro! ¿Desde cuándo se desposa la gente en Sicilia? Menuda palabreja. En Sicilia la gente se marida. Las mujeres, cuando dicen «me quiero maridar», pretenden decir «quiero tener un marido»; y los hombres, cuando dicen lo mismo, pretenden decir «quiero convertirme en marido». Cogió el teléfono.

—¿Has cambiado de idea?

—No, *dottore*, no he cambiado de idea, sería difícil que cambiara. ¿A qué idea se refiere?

—Perdona, Fazio, creía que era otra persona. ¿Qué hay?

—Disculpe que lo despierte a esta hora, pero...

—¿Pero?

—No conseguimos encontrar a Catarella. No ha aparecido desde ayer por la tarde; se fue de la comisaría sin decir adónde iba y ya no lo hemos vuelto a ver. Hasta hemos preguntado en los hospitales de Montelusa...

Fazio seguía hablando, pero el comisario ya no lo escuchaba. ¡Catarella! ¡Se había olvidado totalmente de él!

—Perdóname, Fazio, perdonadme todos. Se fue a hacer una cosa que yo le encargué, y no os avisé. No os preocupéis.

Oyó con toda claridad el suspiro de alivio de Fazio.

Tardó unos veinte minutos en ducharse, afeitarse y vestirse. Se sentía hecho polvo. Cuando llegó a Via Cavour 44, la portera estaba barriendo la acera delante del portal. Estaba tan reseca que prácticamente no había ninguna diferencia entre ella y el palo de la escoba. ¿A quién se parecía? Ah, sí, a Olivia, la novia de Popeye. Cogió el ascensor, subió al tercer piso y abrió con la ganzúa la puerta del apartamento de Nenè Sanfilippo. Dentro, la luz estaba encendida. Catarella permanecía sentado al ordenador, en mangas de camisa. En cuanto vio entrar a su jefe, se levantó de golpe, se puso la chaqueta y se arregló el nudo de la corbata. No se había afeitado y tenía los ojos enrojecidos.

—¡A sus órdenes, señor comisario!

—¿Aún estás aquí?

—Ya estoy terminando, *dottori*. Me quedan un par de horas.

—¿Encontraste algo?

—Disculpe, *dottori*, ¿usted quiere que le hable con palabras técnicas o con palabras sencillas?

—Sencillísimas, Catarè.

—Pues entonces le diré que en este ordenador no hay una mierda.

—¿En qué sentido?

—En el sentido que ahora mismo acabo de decirle, señor comisario. No está conectado a Internet. Aquí dentro él tiene una cosa que estaba escribiendo...

—¿Qué cosa?

—A mí me parece un libro novela, *dottori*.

—¿Y qué más?

—Además, copias de todas las cartas que ha escrito y que ha recibido. Que son muchas.

—¿De negocios?

—Qué negocios ni qué niño muerto, *dottori*. Son cartas de polvos.

—No entiendo.

Catarella se ruborizó.

—Son cartas, ¿cómo diría?, de amor, pero...

—Ah, ya sé. ¿Y en aquellos disquetes?

—Guarrerías, señor comisario. Hombres con mujeres, hombres con hombres, mujeres con mujeres, mujeres con animales...

La cara de Catarella parecía estar a punto de arder.

—Bueno, Catarè. Imprímelo.

—¿Todo? Mujeres con hombres, hombres con hombres...

Montalbano interrumpió la letanía.

—Quería decir el libro novela y las cartas. Pero ahora vamos a hacer una cosa. Baja conmigo al bar, te tomas un café con leche y unos cruasanes, y después yo te acompaño otra vez aquí.

En cuanto entró en el despacho, se presentó Imbrò, el encargado de la centralita en ausencia de Catarella.

—Comisario, me han llamado desde Retelibera con una lista de nombres y de números de teléfono de personas que se han puesto en contacto tras haber visto la fotografía de los Griffò. Los tengo todos escritos aquí.

Unos quince nombres. A primera vista, los teléfonos eran de Vigàta. Lo cual significaba que los Griffò no eran tan evanescentes como había parecido al principio. Entró Fazio.



—¡Virgen santa, el susto que nos hemos pegado cuando no encontrábamos a Catarella! No sabíamos que se le había encomendado una misión secreta. ¿Sabe qué apodo le ha puesto Galluzzo? El agente 000.

—Dejaos de guasas. ¿Tienes noticias?

—He ido a ver a la madre de Sanfilippo. La pobre señora no sabe absolutamente nada de lo que hacía el hijo. Me ha dicho que, a los dieciocho años, gracias a su afición a los ordenadores, había conseguido un trabajo en Montelusa. Ganaba un buen dinerillo y, con la pensión de la señora, vivían sin estrecheces. Pero, de repente, Nenè dejó el trabajo, cambió de carácter y se fue a vivir solo. Tenía mucho dinero, pero a su madre la dejaba ir por ahí con los zapatos rotos.

—Tengo una curiosidad, Fazio. ¿Le han encontrado dinero encima?

—¡Por supuesto! Tres millones de liras contantes y sonantes y un cheque por valor de dos millones.

—Muy bien, así la señora Sanfilippo no tendrá que endeudarse para pagar el entierro. ¿De quién era el cheque?

—De la empresa Manzo de Montelusa.

—Intenta averiguar por qué se lo dieron.

—De acuerdo. En cuanto a los señores Griffó...

—Fíjate en esto —lo interrumpió el comisario—. Esta es una lista de personas que saben algo acerca de los Griffó.

El primer nombre de la lista era Saverio Cusumano.

—Buenos días, señor Cusumano. Soy el comisario Montalbano.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—¿No fue usted quien llamó a la televisión cuando vio la fotografía de los señores Griffó?

—Sí, señor. Fui yo. Pero ¿a usted qué le importa?

—Nosotros nos estamos encargando de este asunto.

—¿Y eso quién lo ha dicho? Yo sólo hablo con el hijo, Davide. Buenos días.

Tan jubiloso principio a buen fin conduce, tal como decía Matteo Maria Boiardo. El segundo nombre era Gaspare Belluzzo.

—¿El señor Belluzzo? Soy el comisario Montalbano. Usted llamó a Retelibera a propósito de los señores Griffo.

—Es cierto. El domingo pasado mi señora y yo los vimos, estaban con nosotros en el autocar.

—¿Adónde iban?

—Al santuario de la Virgen de Tindari.

«Tindari, conozco tu mansedumbre...», los versos de Quasimodo le sonaron en la cabeza.

—¿Y qué iban a hacer allí?

—Una excursión. Organizada por la empresa Malaspina, de aquí. Mi señora y yo hicimos otra el año pasado a San Calogero de Fiacca.

—Dígame una cosa, ¿recuerda los nombres de otros participantes?

—Por supuesto: los señores Bufalotta, los Contino, los Dominedò, los Raccuglia... Éramos unos cuarenta.

El señor Bufalotta y el señor Contino figuraban en la lista de los que habían telefoneado.

—Una última pregunta, señor Belluzzo. Usted, cuando regresaron a Vigàta, ¿vio a los Griffo?

—Honradamente, no se lo puedo decir. Verá, comisario, ya era tarde, eran las once de la noche, estaba oscuro, todos estábamos cansados...

\* \* \*

Era inútil perder el tiempo con otras llamadas. Le dijo a Fazio que acudiera a su despacho.

—Mira, todas estas personas participaron el domingo pasado en una excursión a Tindari. Estaban los Griffo. La excursión la organizó la empresa Malaspina.

—La conozco.

—Muy bien. Pues vas allí y les pides la lista completa. Después llama a todos los que fueron a la excursión. Los quiero en la comisaría mañana por la mañana a las nueve.

—¿Y dónde los metemos?

—Me importa un carajo. Tened preparado un hospital de campaña. Porque el más jovencito de ellos tendrá como mínimo sesenta y cinco años.

Otra cosa: que el señor Malaspina te diga quién fue el conductor del autocar aquel domingo. Si está en Vigàta y no se encuentra de servicio, lo quiero aquí dentro de una hora.

Catarella, con los ojos todavía más enrojecidos y los cabellos tan de punta que parecía un loco de manual de psiquiatría, se presentó con un grueso fajo de papeles bajo el brazo.

—¡Lo he impreso todo pero lo que se dice todo, *dottori*!

—Muy bien, déjalo aquí y vete a dormir. Nos veremos a última hora de la tarde.

—Como usted mande, *dottori*.

¡Virgen santa! ¡Ahora tenía en la mesa un mamotreto de seiscientas páginas como mínimo!

Entró Mimì con una pinta tan radiante que Montalbano experimentó un acceso de celos, y recordó inmediatamente su pequeña trifulca telefónica con Livia. Su rostro se ensombreció.

—Oye, Mimì, a propósito de aquella Rebeca...

—¿Qué Rebeca?

—Tu novia, ¿no? Esa con quien te quieres maridar, no desposar como has dicho tú...

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, créeme. Bien, pues a propósito de Rebeca...

—Se llama Rachele.

—Bueno, como se llame. Me parece recordar que me dijiste que era inspectora de policía y que trabajaba en Pavía. ¿Es así?

—Es así.

—¿Ha pedido el traslado?

—¿Y por qué habría tenido que hacerlo?

—Mimì, trata de razonar. ¿Qué vais a hacer cuando os caséis? ¿Seguir tú en Vigàta y Rebeca en Pavía?

—¡Y dale, qué pesadez! Se llama Rachele. No, no ha presentado la solicitud de traslado. Sería prematuro.

—Pero antes o después lo tendrá que hacer.

—No creo que lo haga.

—¿Por qué?

—Porque hemos decidido que la solicitud de traslado la presentaré yo.

Los ojos de Montalbano se transformaron en los de una serpiente: inmóviles y más fríos que el hielo.

«Ahora le saldrá de la boca una lengua bífida», pensó Augello, empapado de sudor.

—Mimì, eres un mariconazo. Anoche, cuando fuiste a verme, era sólo para contarme de la misa la media. Me hablaste de la boda, pero no del traslado, que para mí es lo más importante. Y tú lo sabes muy bien.

—¡Te juro que te lo habría dicho, Salvo! De no haber sido por tu reacción, que me trastornó...

—Mimì, mírame a los ojos y dime toda la verdad: ¿ya has presentado la solicitud de traslado?

—Sí, la presenté, pero...

—¿Y qué dijo Bonetti-Alderighi?

—Que eso exigiría un poco de tiempo. Y dijo también que... Nada.

—Habla.

—Dijo que se alegraba. Que ya había llegado la hora de que aquella camarilla de mafiosos que era la comisaría de Vigàta, fueron sus palabras textuales, empezara a disgregarse.

—¿Y tú...?

—Bueno...

—Vamos, no te hagas de rogar.

—Retiré la solicitud que había dejado en su escritorio. Le dije que quería pensarlo.

Montalbano permaneció un buen rato en silencio. Mimì parecía recién salidito de la ducha. Después el comisario le señaló el mamotreto que le había entregado Catarella.

—Esto es todo lo que había en el ordenador de Nenè Sanfilippo. Una novela y muchas cartas, digamos de amor. ¿Quién más indicado que tú para leer todo eso?

## Cuatro

Fazio lo llamó para comunicarle el nombre del chófer que había conducido el autocar de Vigàta a Tindari, tanto a la ida como a la vuelta: se llamaba Filippo Tortorici, hijo del difunto Gioacchino y de... Se detuvo a tiempo, pues incluso a través del teléfono había percibido el creciente nerviosismo del comisario. Añadió que el conductor se encontraba de servicio, pero que el señor Malaspina, con quien estaba elaborando la lista de los participantes en la excursión, le había asegurado que lo enviaría a la comisaría en cuanto regresara, sobre las tres de la tarde. Montalbano consultó el reloj: tenía dos horas libres.

Se dirigió automáticamente a la *trattoria* San Calogero. El propietario le colocó delante unos entremeses de marisco y, de repente, el comisario sintió una especie de tenazas que le cerraban la boca del estómago. Comer le resultaba imposible; es más, la contemplación de los chipirones, los pulpitos y las almejas le daba náuseas. Se levantó de golpe.

Calogero, el camarero y propietario, se le acercó, alarmado.

—*Dottore*, ¿qué ocurre?

—Nada, Calò, se me han pasado las ganas de comer.

—No les haga un desprecio a estos entremeses, ¡todo es fresquísimo!

—Lo sé. Y les pido perdón.

—¿No se encuentra bien?

Se le ocurrió una excusa.

—Pues no sé qué decirte; siento escalofríos, a lo mejor estoy a punto de pillar la gripe.

Salió, esta vez sabiendo muy bien adónde tenía que ir: al pie del faro, a sentarse en aquella roca plana que se había convertido en algo así como la roca del llanto. Se había sentado en ella también la víspera, cuando se le

había metido en la cabeza aquel compañero suyo del 68, ¿cómo se llamaba?, ya ni se acordaba. La roca del llanto. Y allí había llorado en serio, un llanto liberador, cuando se enteró de que su padre se estaba muriendo. Ahora regresaba a aquel lugar por culpa del anuncio de un final, por el que no derramaría lágrimas, pero que le dolía profundamente. Un final, sí, no exageraba. No importaba que Mimì hubiera retirado la solicitud de traslado, el caso era que la había presentado.

Bonetti-Alderighi era un imbécil notorio, y lo había confirmado con toda brillantez definiendo su comisaría como «una camarilla de mafiosos», cuando, en realidad, era un equipo unido y compacto, un mecanismo bien engrasado, en el que cada ruedecita tenía su función y su, ¿por qué no?, personalidad. Y la correa de transmisión que hacía funcionar el engranaje era precisamente Mimì Augello. La cuestión se tenía que ver como lo que era: una resquebrajadura, el principio de una ruptura. De un final, justamente. ¿Cuánto podría resistir Mimì? ¿Otros dos meses? ¿Tres? Después cedería a la insistencia, a las lágrimas de Rebeca, no, de Rachele, y si te he visto, no me acuerdo.

—¿Y yo? ¿Yo qué hago? —se preguntó.

Una de las razones por las que temía el ascenso y el inevitable traslado era la certeza de que, en otro lugar, jamás podría volver a formar un equipo como el que había conseguido milagrosamente reunir en Vigàta. Pero, mientras lo pensaba, comprendió que esta tampoco era la verdad acerca de lo que estaba ocurriendo, acerca del sufrimiento («qué caray, al final has conseguido decir la palabra apropiada, ¿qué pasa, te daba vergüenza?, repite la palabra, hombre»), del sufrimiento que estaba experimentando. Quería a Mimì, lo consideraba, más que un amigo, un hermano pequeño, de ahí que su abandono anunciado lo hubiera golpeado en medio del pecho con toda la fuerza de un disparo de revólver. Le había pasado un instante por la cabeza la palabra «traición». Y Mimì había tenido el valor de sincerarse con Livia, ¡en la absoluta seguridad de que esta, a él, nada menos que su hombre, por Dios bendito, no le diría nada! Y también le había hablado de la posible solicitud de traslado, y ella ni siquiera eso le había comentado, ¡cómplice en todo de su amigo Mimì! ¡Menuda pareja!

Comprendió que el sufrimiento se estaba transformando en una furia insensata y estúpida. Se avergonzó: lo que en aquellos momentos estaba pensando no era propio de él.

Filippo Tortorici se presentó a las tres y cuarto, con la respiración ligeramente entrecortada. Era un escuchimizado hombrecillo de cincuenta y tantos años, con un mechoncito de cabello justo en el centro de la cabeza totalmente pelada. Igual que la de un pájaro que Montalbano había visto en un documental sobre la Amazonia.

—¿De qué me quiere hablar usía? Mi jefe, el señor Malaspina, me ha ordenado venir a verlo enseguida, pero no me ha dado ninguna explicación.

—¿Fue usted quien hizo el viaje Vigàta-Tindari el domingo pasado?

—Sí, señor, yo fui. Cuando la empresa organiza estas excursiones, siempre me llama a mí. Los clientes me aprecian, y le piden al jefe que conduzca yo. Se fían de mí porque soy tranquilo y paciente por naturaleza. Hay que comprenderlos, son todos viejecitos con muchas necesidades.

—¿Hace usted a menudo estos viajes?

—Cuando hace buen tiempo, por lo menos una vez cada quince días. A veces a Tindari, a veces a Erice, a veces a Siracusa, a veces...

—¿Los pasajeros son siempre los mismos?

—Aproximadamente unos diez, sí. Los demás cambian.

—Que usted sepa, ¿los señores Alfonso y Margherita Griffó estaban en la excursión del domingo?

—¡Desde luego que estaban! ¡Yo tengo muy buena memoria! Pero ¿por qué me hace esta pregunta?

—¿No lo sabe? Han desaparecido.

—¡Virgen santísima! ¿Qué quiere decir «desaparecido»?

—Pues que, después del viaje, ya no los han vuelto a ver. Hasta la televisión dijo que el hijo estaba desesperado.

—No lo sabía, se lo aseguro.

—Oiga, ¿usted conocía a los Griffó antes de la excursión?

—No, señor, jamás los había visto.

—Entonces ¿cómo puede decir que los Griffó estaban en el autocar?

—Porque el jefe, antes de salir, me entrega la lista, y yo, antes de salir, paso lista.

—¿Y lo hace también a la vuelta?

—¡Pues claro! Y los Griffio estaban.

—Cuénteme cómo se desarrollan estos viajes.

—En general, salimos a las siete de la mañana, pero depende de las horas que se tarde en llegar a destino. Los viajeros son todas personas de edad, jubilados, gente de este tipo. Hacen el viaje no para ir a ver, qué sé yo, la Virgen negra de Tindari, sino para pasar un día en compañía. ¿Me explico? Son ancianos, viejos que no tienen amigos, con hijos ya mayores que viven lejos... Durante el viaje siempre hay alguien que los entretiene vendiendo cosas, qué sé yo, artículos para el hogar, colchas... Siempre se llega a tiempo para la misa del mediodía. Van a comer a un restaurante con el que el jefe ha concertado un acuerdo. El almuerzo está incluido en el billete. ¿Y sabe qué ocurre al terminar de comer?

—No lo sé, dígamelo usted.

—Vuelven al autocar para echar una siesta. Cuando se despiertan, se van a pasear por el pueblo, compran regalitos, recuerdos. A las seis, es decir, a las dieciocho, paso lista y nos vamos. A las ocho está prevista una parada en un bar situado a medio camino para tomar un café con leche con galletas, todo eso también incluido en el precio. Tendríamos que llegar a Vigàta a las diez de la noche.

—¿Por qué ha dicho que tendrían?

—Siempre acabamos llegando más tarde.

—¿Y eso?

—Señor comisario, ya se lo he dicho: los pasajeros son todos viejecitos.

—¿Y qué?

—Si un pasajero o una pasajera me pide que pare en el primer bar o la primera gasolinera porque se le está escapando una necesidad, ¿qué quiere que haga, que no me pare? Me paro.

—Comprendo. ¿Y usted recuerda si, durante el viaje de vuelta del domingo pasado, alguien le pidió que parara?

—¡Comisario, me hicieron llegar casi a las once! ¡Tres veces! ¡Y la última vez, cuando faltaba menos de media hora para llegar a Vigàta! Tanto



es así que les pregunté si se podían aguantar, pues ya estábamos a punto de llegar. Nada, no hubo manera. ¿Y sabe lo que ocurre? Que, si baja uno, bajan todos, a todos les entran ganas, y de esta manera se pierde un montón de tiempo.

—¿Usted recuerda quién le pidió que hiciera la última parada?

—No, señor, sinceramente no lo recuerdo.

—¿Ocurrió algo especial, algo curioso o insólito?

—¿Qué quiere usted que ocurriera? Si ocurrió, no me di cuenta.

—¿Usted está seguro de que los Griffò regresaron a Vigàta?

—Comisario, yo a la vuelta no estoy obligado a pasar lista. Si esos señores no hubieran subido después de alguna parada, los compañeros de viaje se habrían dado cuenta. Por otra parte, yo antes de reanudar la marcha toco tres veces el claxon y espero como mínimo tres minutos.

—¿Recuerda dónde hizo las paradas extra durante el viaje de regreso?

—Sí, señor. La primera, en la autovía de Enna, en la estación de servicio Cascino; la segunda, en la Palermo-Montelusa, en la *trattoria* San Gerlando, y la última, en el bar *trattoria* Paradiso, a media hora de camino de aquí.

Fazio regresó cuando estaban a punto de dar las siete.

—Te lo has tomado con calma, ¿eh?

Fazio no contestó; cuando el comisario hacía reproches injustificados significaba que sólo quería desahogarse. Contestar hubiera sido peor.

—Voy al grano, *dottore*. Las personas que participaron en aquella excursión fueron cuarenta y dos. Diecinueve maridos y otras tantas esposas, que suman treinta y ocho; más dos amigas que suelen hacer estos viajes, cuarenta, y los gemelos Lagagnà, que no se pierden ninguna excursión, no están casados y viven juntos en la misma casa. Entre los participantes en la excursión estaban también los señores Griffò, Alfonso y Margherita.

—¿Les has dicho a todos que vengan aquí mañana a las nueve?

—Sí. Y no por teléfono sino yendo casa por casa. Le advierto que a dos de ellos no les será posible venir; habrá que ir a verlos si queremos interrogarlos. Se llaman Scimè: la señora tiene la gripe y el marido no puede

moverse porque tiene que estar con ella. Comisario, me he tomado una libertad.

—¿Cuál?

—Los he dividido en grupos. Vendrán de diez en diez a intervalos de una hora. De esta manera habrá menos jaleo.

—Has hecho bien, Fazio. Gracias, ya te puedes ir.

Fazio se quedó donde estaba; había llegado el momento de vengarse del reproche injustificado de antes.

—En cuanto a eso de que me lo he tomado con calma, le quería decir que fui también a Montelusa.

—¿Qué has ido a hacer allí?

¿Qué le ocurría al comisario que no recordaba las cosas?

—¿No se acuerda? Fui a hacer lo que usted me dijo: a ver a los de la empresa Manzo, los que habían extendido el cheque de dos millones de liras que encontramos en el bolsillo de Nenè Sanfilippo. Todo normal. El señor Manzo le entregaba un millón de liras neto al mes porque el chaval se encargaba del mantenimiento de los ordenadores, si había que arreglar o ajustar algo... Puesto que el mes pasado, por un descuido, no le pagaron, le habían entregado un cheque por el doble de la cantidad.

—O sea, que Nenè trabajaba.

—¿Que trabajaba? ¡Con lo que le daban en la empresa Manzo apenas tenía para el alquiler! ¿Lo demás de dónde lo sacaba?

Mimì Augello asomó la cabeza por la puerta cuando ya había anochecido. Tenía los ojos enrojecidos. A Montalbano se le ocurrió pensar que, presa de una crisis de arrepentimiento, Mimì había llorado. Estaba de moda: todo el mundo, desde el Papa hasta el último mafioso, se arrepentía de algo. ¡Pero de eso nada!, lo primero que dijo Augello fue:

—¡Me estoy quemando las pestañas con las cartas de Nenè Sanfilippo! He llegado a la mitad.

—¿Son sólo cartas tuyas?

—¡Qué va! Es un auténtico epistolario. Cartas tuyas y cartas de una mujer que no firma.

—Pero ¿cuántas son?

—Unas cincuenta por barba. Hubo un período en que se escribían un día sí y otro no... Lo hacían y lo comentaban.

—No he entendido nada.

—Ahora te lo explico. Supongamos que el lunes se iban a la cama juntos. El martes se escribían el uno al otro una carta, comentando con todo lujo de detalles lo que habían hecho la víspera. Desde el punto de vista de la mujer y desde el suyo. El miércoles se volvían a ver y al día siguiente se escribían. Son unas cartas absolutamente guarras e indecentes, a veces hasta me sonrojaba.

—¿Las cartas están fechadas?

—Todas.

—Eso no me convence. Con el servicio de correos que tenemos, ¿cómo es posible que las cartas llegaran puntualmente al día siguiente?

Mimì negó con la cabeza.

—No creo que se las enviaran por correo.

—Pues ¿cómo se las enviaban?

—No se las enviaban. Se las entregaban el uno al otro directamente en mano cuando se reunían. Y seguramente las leían en la cama. Y después empezaban a follar. Es un estimulante estupendo.

—Mimì, se ve que eres un maestro en estas cosas. Aparte de la fecha, ¿en las cartas figura la procedencia?

—Las de Nenè siempre son de Vigàta. Las de la mujer, de Montelusa o, más raramente, de Vigàta. Ella está casada. A menudo, él o ella se refieren al marido, pero nunca ponen el nombre. El período de mayor frecuencia de las relaciones coincide con un viaje al extranjero del marido, cuyo nombre, repito, jamás se menciona.

—Se me está ocurriendo una idea, Mimì. ¿No es posible que todo sea una bobada, una ficción del chaval? ¿Y si la mujer no existiera y todo fuera producto de sus fantasías eróticas?

—Creo que las cartas son auténticas. Él las introdujo en el ordenador y destruyó los originales.

—¿Qué te induce a estar tan seguro de que las cartas son auténticas?

—Lo que ella escribe. Describe minuciosamente y con detalles que a nosotros los hombres ni siquiera se nos pasan por la antesala del cerebro lo que experimenta una mujer mientras hace el amor. Verás, lo hacen de mil maneras, normal, oral, anal, en todas las posiciones, en distintas ocasiones, y cada vez ella dice algo nuevo, íntimamente nuevo. Si fuera un invento del chaval, no cabe duda de que se hubiera convertido en un gran escritor.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Me faltan unas veinte. Después empezaré con la novela. ¿Sabes, Salvo?, creo que podré llegar a descubrir quién es la mujer.

—Dime.

—Es demasiado pronto. Lo tengo que pensar.

—Yo también me estoy haciendo una cierta idea.

—¿Cuál?

—Se trata de una mujer no muy joven que se había hecho amante de un veinteañero. Y le pagaba generosamente.

—Estoy de acuerdo. Sólo que, si la mujer es la que yo creo, no es de una cierta edad. Es más bien joven. Y no había dinero de por medio.

—¿O sea que tú crees que es una cuestión de cuernos?

—¿Por qué no?

—Puede que tengas razón.

No, Mimì no tenía razón. Lo adivinaba por el olfato, intuía que detrás del asesinato de Nenè Sanfilippo tenía que haber algo gordo. Entonces ¿por qué aceptaba la hipótesis de Mimì? ¿Para congraciarse con él? ¿Cuál era el verbo que mejor lo expresaba? Ah, sí: halagar. Se lo estaba camelando indignamente en su provecho. A lo mejor, se estaba comportando como aquel director de periódico que, en una película titulada *Primera plana*, recurría a todo lo divino y lo humano para impedir que su periodista número uno se trasladara a otra ciudad por amor. Era una película cómica protagonizada por Walter Matthau y Jack Lemmon, y él recordaba que se había partido de risa. ¿Cómo era posible que ahora, al recordarla, ni siquiera sintiera el impulso de esbozar una leve sonrisa?

—¿Livia? Hola, ¿cómo estás? Quería hacerte un par de preguntas y después decirte una cosa.

—¿Qué número tienen las preguntas?

—¿Qué?

—Las preguntas. ¿Qué número de registro tienen?

—Vamos...

—Pero ¿es que no te das cuenta de que te estás dirigiendo a mí como si yo estuviera en un despacho?

—Perdona, no tenía la menor intención...

—Adelante, hazme la primera.

—Livia, supón que hemos hecho el amor...

—No puedo. Es una hipótesis demasiado remota.

—Te lo ruego, es una pregunta seria.

—Muy bien, espera que reúna los recuerdos. Ya los tengo. Adelante.

—Tú, al día siguiente, ¿me enviarías una carta para describirme todo lo que has sentido?

Hubo una pausa tan larga que Montalbano pensó que Livia se había largado y lo había plantado en seco.

—¿Livia? ¿Estás ahí?

—Estaba pensando. No, yo personalmente no lo haría. Pero puede que otra mujer, dominada por una intensa pasión, lo hiciera.

—La segunda pregunta es la siguiente: cuando Mimì Augello te confesó que tenía intención de casarse...

—¡Por Dios, Salvo, pero qué pesado te pones cuando te empeñas!

—Déjame terminar. ¿Te dijo que pensaba presentar una solicitud de traslado? ¿Te lo dijo?

Esta vez la pausa fue más larga que la primera. Pero Montalbano sabía que ella estaba todavía en el otro extremo de la línea, pues su respiración se había vuelto entrecortada. Después, Livia preguntó con un hilillo de voz:

—¿Lo hizo?

—Sí, Livia, lo hizo. Pero después, debido a un comentario imbécil del jefe superior, la retiró. Pero sólo momentáneamente, supongo.

—Salvo, puedes creerme, no me hizo ningún comentario sobre la posibilidad de dejar Vigàta. Y no creo que lo tuviera previsto cuando me

habló de su intención de casarse. Lo lamento. Mucho. Y comprendo cuánto te habrás disgustado. ¿Qué querías decirme?

—Que te echo de menos.

—¿De veras?

—Sí, mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Mucho pero mucho.

Eso era: entregarse a la obvedad más absoluta, y, sin duda, la más auténtica.

Se acababa de acostar con el libro de Vázquez Montalbán. Volvió a leerlo desde el principio. Cuando iba por la tercera página, sonó el teléfono. Lo pensó un momento, el deseo de no contestar era muy fuerte, pero igual insistían hasta atacarle los nervios.

—¿Oiga? ¿Hablo con el comisario Montalbano?

No reconoció la voz.

—Sí.

—Comisario, le pido perdón por molestarlo a esta hora, cuando estará disfrutando del ansiado descanso con la familia...

Pero ¿qué familia? ¿Se habían emperrado todos, desde Lattes al desconocido, en atribuirle una familia que no tenía?

—Pero ¿con quién hablo?

—... tenía que estar seguro de localizarlo. Soy el abogado Guttadauro. No sé si me recuerda...

¿Cómo hubiera podido no acordarse de Guttadauro, el abogado predilecto de los mafiosos que, con ocasión del asesinato de la bellísima Michela Licalzi, había tratado de implicar al entonces jefe de la Brigada Móvil de Montelusa? Un gusano hubiera tenido sin duda más sentido del honor que Orazio Guttadauro.

—¿Me disculpa un momento, señor abogado?

—¡Por el amor de Dios! Soy yo quien debería...

Lo dejó hablar y se fue al cuarto de baño. Vació la vejiga y se lavó bien la cara. Cuando uno hablaba con Guttadauro tenía que estar muy despierto y

despabilado para poder captar hasta el más evanescente matiz de las palabras que utilizaba.

—Aquí me tiene, señor abogado.

—Esta mañana, querido comisario, he ido a ver a mi viejo amigo y cliente don Balduccio Sinagra, a quien usted debe conocer sin duda, si no personalmente, por lo menos de nombre.

No sólo de nombre sino también de fama. Era el capo de una de las dos familias de la mafia (la otra era la de los Cuffaro) que se disputaban el territorio de la provincia de Montelusa. Como mínimo, un muerto al mes, uno por cada bando.

—Sí, lo he oído nombrar.

—Bien. Don Balduccio es muy mayor, anteayer cumplió los noventa. Padece algunos achaques, cosa muy natural dada su edad, pero tiene la cabeza muy clara, lo recuerda todo y a todos, lee los periódicos y ve la televisión. Yo lo voy a ver muy a menudo porque me fascinan sus recuerdos y, lo confieso humildemente, su preclara sabiduría. Piense que...

¿Estaba de guasa el abogado Orazio Guttadauro? ¿Lo llamaba a su casa a la una de la madrugada para soltarle un rollo acerca de la salud física y mental de un sinvergüenza como Balduccio Sinagra que, cuanto antes la palmara, mejor para todos?

—Señor abogado, ¿no le parece que...?

—Discúlpeme esta larga digresión, señor comisario, pero es que, cuando empiezo a hablar de don Balduccio, por el cual siento la más profunda veneración...

—Señor abogado, mire que...

—Disculpe, disculpe, disculpe. ¿Perdonado? Perdonado. Voy al grano. Esta mañana, don Balduccio, hablando de esto y de lo otro, se refirió a usted.

—¿Cuando hablaba de esto o cuando hablaba de lo otro?

La cuchufleta se le había escapado a Montalbano sin poder evitarlo.

—No entiendo —dijo el abogado.

—No se preocupe.

Y no añadió nada más. Quería que fuera Guttadauro quien hablara. Pero levantó un poco más las orejas.

—Ha preguntado por usted. Si estaba bien de salud.

Un leve estremecimiento recorrió la columna vertebral del comisario. Cuando don Balduccio preguntaba por el estado de salud de una persona, en el noventa por ciento de los casos aquella persona acababa en el cementerio de la colina de Vigàta en cuestión de pocos días. Pero esta vez tampoco abrió la boca para animar a Guttadauro al diálogo. «Cuécete en tu propio caldo, cabrón».

—El caso es que está deseando verlo —disparó el abogado, yendo finalmente al grano.

—No hay problema —dijo Montalbano con toda la flema de un inglés.

—¡Gracias, señor comisario, gracias! ¡Usted no se imagina cuánto me alegra su respuesta! Estaba seguro de que accedería al deseo de un anciano que, a pesar de todo lo que se cuenta de él...

—¿Vendrá a la comisaría?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? El señor Sinagra. ¿No acaba de decirme que quería verme?

Guttadauro carraspeó un par de veces para disimular su turbación.

—Señor comisario, el caso es que don Balduccio camina con gran dificultad, las piernas no lo sostienen. Resultaría extremadamente penoso para él ir a la comisaría, compréndalo...

—Comprendo muy bien que le resulte penoso ir a la comisaría.

El abogado prefirió no darse por enterado de la ironía y guardó silencio.

—Entonces ¿dónde podemos reunirnos? —preguntó el comisario.

—Mire, don Balduccio ha sugerido que... en resumen, que si usted fuera tan amable de ir a su casa...

—No tengo inconveniente. Pero, como es natural, primero tendré que informar a mis superiores.

Como es natural, no tenía la menor intención de hablar de ello con el muy imbécil de Bonetti-Alderighi. Simplemente quería divertirse un poco con Guttadauro.

—¿Es de todo punto necesario? —preguntó en tono lastimero Guttadauro.

—Pues más bien sí.

—Es que, verá usted, señor comisario, don Balduccio deseaba mantener un coloquio reservado, muy reservado, precursor tal vez del desarrollo de



importantes y futuros...

—¿«Precursor», dice usted?

—Pues sí.

Montalbano lanzó un sonoro suspiro de resignación, propio de un comerciante obligado a liquidar sus existencias.

—En ese caso...

—¿Le parece bien mañana sobre las dieciocho treinta? —se apresuró a preguntar el abogado, casi temiendo que el comisario se arrepintiera.

—Muy bien.

—¡Gracias, gracias una vez más! Ni don Balduccio ni yo dudábamos de su caballerosa delicadeza, de su...

## Cinco

En cuanto bajó del coche a las ocho y media de la mañana, oyó desde la calle un griterío descomunal procedente del interior de la comisaría. Entró. Los primeros diez convocados, cinco maridos con sus respectivas mujeres, se habían presentado con mucho adelanto y se comportaban exactamente igual que los chiquillos de un parvulario. Reían, bromeaban, se propinaban empujones, se abrazaban. A Montalbano se le ocurrió pensar enseguida que alguien debería tomar en consideración la posibilidad de crear parvularios seniles municipales.

Catarella, a quien Fazio había encomendado el mantenimiento del orden público, tuvo la desdichada idea de gritar:

—¡Ha llegado personalmente el señor comisario en persona!

En un abrir y cerrar de ojos, el jardín de infancia se transformó inexplicablemente en un campo de batalla. Entre empujones y zancadillas, agarrándose los unos a los otros por el brazo o la chaqueta, todos asaltaron al comisario en su afán de llegar los primeros. Y, en el transcurso de la refriega, hablaban y vociferaban, ensordeciendo a Montalbano con una algarabía totalmente incomprensible.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó en tono marcial.

Se produjo una relativa calma.

—¡Por favor, nada de favoritismos! —dijo uno de los presentes, un medio enano, situándose bajo su nariz—. ¡Que las llamadas se hagan por orden estrictamente alfabético!

—¡De eso nada! ¡Las llamadas tienen que hacerse por orden de ancianidad! —proclamó, enojado, un segundo.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el comisario al medio enano que había conseguido hablar en primer lugar.

—Me llamo Luigi Abate —contestó, mirando a su alrededor, como desafiando a que alguien lo negara.

Montalbano se felicitó a sí mismo por haber ganado la apuesta. Había pensado que el medio enano, defensor de la llamada por orden alfabético, debía de apellidarse Abate o Abete, dado que en Sicilia no abundaban los apellidos como el de Alvar Aalto.

—¿Y usted?

—Arturo Zotta. ¡Y soy el más viejo de todos los presentes!

Tampoco se había equivocado acerca del segundo.

Tras haber superado venturosamente la marea de aquellas diez personas que parecían cien, el comisario se encerró en su despacho con Fazio y Galluzzo, y dejó a Catarella de guardia para reprimir ulteriores tumultos seniles.

—Pero ¿cómo es posible que estén ya todos aquí?

—Señor comisario, si de veras lo quiere saber, a las ocho de la mañana ya se habían presentado cuatro de los convocados, dos maridos con sus mujeres. ¿Qué quiere usted?, son viejos, padecen insomnio y la curiosidad los está devorando vivos. Piense que allí hay un matrimonio que hubiera tenido que venir a las diez —explicó Fazio.

—Bueno, vamos a ponernos de acuerdo. Sois libres de hacer las preguntas que consideréis más oportunas. Pero hay algunas que son indispensables. Tomad nota. Primera pregunta: ¿conocía a los señores Griffio antes de aquella excursión? Si contestan que sí, dónde, cómo y cuándo. Si alguien dice que conocía a los Griffio de antes, no dejéis que se vaya porque quiero hablar con él. Segunda pregunta: ¿dónde estaban sentados los Griffio en el interior del autocar, tanto en el viaje de ida como en el de vuelta? Tercera pregunta: durante la excursión, ¿los Griffio hablaron con alguien? En caso afirmativo, ¿de qué? Cuarta pregunta: ¿puede decirme qué hicieron los Griffio en el transcurso del día que pasaron en Tindari? ¿Se reunieron con alguna persona? ¿Fueron a alguna casa particular? Cualquier noticia a este respecto es fundamental. Quinta pregunta: ¿sabe si los Griffio bajaron del autocar en una de las tres paradas extra que se efectuaron durante el viaje de vuelta a petición de los pasajeros? En caso afirmativo, ¿en cuál de las tres?

¿Los vio volver a subir? Sexta y última pregunta: ¿los vio cuando el autocar llegó a Vigàta?

Fazio y Galluzzo se miraron.

—Creo comprender que usted piensa que a los Griffio les ocurrió algo durante el viaje de vuelta —dijo Fazio.

—Es sólo una hipótesis sobre la cual tenemos que trabajar. Si alguien nos dice que los vio bajar tranquilamente en Vigàta y regresar a su casa, tendremos que irnos con la hipótesis al carajo y empezar otra vez por el principio. Os pido encarecidamente otra cosa: procurad no cometer ningún error; si les damos cancha a estos viejecitos, estamos jodidos, son capaces de contarnos toda la historia de su vida. Otra recomendación: interrogad a los matrimonios por separado, el uno al marido y el otro a la mujer.

—¿Por qué? —preguntó Galluzzo.

—Porque se condicionarían el uno al otro, incluso de buena fe. Cada uno de vosotros se encargará de tres; y yo, de los demás. Si lo hacéis como os he dicho y la Virgen nos acompaña, conseguiremos quitarnos rápidamente el problema de encima.

Ya desde el primer interrogatorio el comisario comprendió que casi con toda certeza se había equivocado en sus previsiones y cada diálogo podía deslizarse muy fácilmente hacia el absurdo.

—Nos hemos conocido hace poco. Usted me parece que se llama Arturo Zotta, ¿verdad?

—Por supuesto que es verdad. Arturo Zotta, hijo del difunto Giovanni. Mi padre tenía un primo que era estañador. Y a menudo lo confundían con él. En cambio, mi padre...

—Señor Zotta, yo...

—Le quería decir también que estoy muy satisfecho.

—¿Por qué?

—Porque ha hecho usted lo que yo le he dicho que hiciera.

—¿Qué quiere decir?

—Que empezara por orden de ancianidad. El más viejo de todos soy yo. Cumplo setenta y siete años dentro de dos meses y cinco días. Hay que

respetar a los mayores. Eso se lo digo y repito a mis nietos, que son unos descastados. La falta de respeto está jodiendo todo el universo creado. Usted ni siquiera había nacido en tiempos de Mussolini. ¡En tiempos de Mussolini sí que había respeto! Y si tú faltabas al respeto, zas, te cortaban la cabeza. Recuerdo que...

—Señor Zotta, la verdad es que hemos decidido no seguir ningún orden ni alfabético ni...

El viejo soltó una risita toda en íes.

—¿Cómo podías dudarle? ¡Hubieras podido poner la mano en el fuego! Aquí dentro, en lo que debería ser la casa madre del orden, ¡les importa una mierda! ¡Todo se hace a la buena de Dios! ¡A lo que salga! ¡Van a su aire! Pero digo yo: ¿es que no hay manera? Y después nos quejamos de que los chavales se drogan, roban, matan...

Montalbano se maldijo en su fuero interno. ¿Cómo era posible que hubiera caído en la trampa de aquel viejo verborreico? Tenía que detener el alud inmediatamente. De lo contrario, sería inevitablemente arrollado.

—Señor Zotta, por favor, no nos desviemos de la cuestión.

—¿Cómo?

—¡No divaguemos!

—¿Quién está divagando? ¿Usted cree que yo me levanto a las seis de la mañana para venir aquí a divagar? ¿Usted cree que no tengo otra cosa mejor que hacer? Es cierto que estoy jubilado, pero...

—¿Usted conocía a los Griffó?

—¿A los Griffó? Antes de la excursión, no los había visto en mi vida. Y después de la excursión, tampoco puedo decir que los conocí. El nombre, eso sí. Lo oí cuando el conductor pasó lista antes de salir y ellos contestaron «presente». No nos saludamos ni nos hablamos. Ni pío. Se mantenían distantes y apartados. Y mire, señor comisario, estos viajes son bonitos cuando reina el compañerismo. Bromeamos, nos reímos, cantamos canciones. En cambio, cuando...

—¿Está seguro de que no conocía a los Griffó?

—¿De dónde?

—Qué sé yo, del mercado, del estanco.

—La compra la hace mi mujer y yo no fumo. Pero...

—Pero ¿qué?

—Conocía a uno que se llamaba Pietro Giffo. Igual era un pariente suyo, le faltaba sólo la erre. Este Giffo era viajante de comercio, era un tipo muy divertido. Una vez...

—¿Tuvo, por casualidad, ocasión de conocer a los Griffio durante el día que pasaron en Tindari?

—Mi mujer y yo jamás nos quedamos con el grupo cuando llegamos al sitio adonde vamos. ¿Que llegamos a Palermo? Pues allí tengo un cuñado. ¿Que bajamos en Erice? Allí tengo un primo. Me reciben con cariño, me invitan a comer. ¡Y en Tindari ya no digamos! Tengo un sobrino, Filippo, que fue a recibirnos al autocar y nos llevó a su casa; su mujer nos había preparado una torta de primero y de segundo una...

—Cuando el chófer pasó lista antes de emprender el viaje de vuelta, ¿los Griffio contestaron?

—Sí, señor, los oí contestar.

—¿Observó si bajaron en alguna de las tres paradas extra que hizo el autocar durante el viaje de vuelta?

—Comisario, le estaba contando lo que mi sobrino Filippo nos dio para comer. ¡Ni siquiera nos podíamos levantar de la silla de lo mucho que nos pesaba la tripa! Durante el viaje de vuelta, en la parada prevista para el café con leche y las galletas, yo ni siquiera quería bajar. Pero mi mujer me recordó que estaba incluido en el precio y que, de todas maneras, ya no nos podíamos ahorrar ese dinero. Y entonces bajé y me tomé sólo un poquito de leche con dos galletas. Y enseguida me entró sueño. Me ocurre siempre después de comer. En resumen, que me amodorré. ¡Y menos mal que no había querido tomar café! Porque tiene usted que saber, señor mío, que el café...

—... no le deja pegar ojo. Cuando llegaron a Vigàta, ¿vio bajar a los Griffio?

—¡Mi estimado señor, con la hora que era y lo oscuro que estaba, ni siquiera sabía si mi mujer había bajado!

—¿Recuerda dónde estaban sentados?

—Recuerdo muy bien dónde estábamos sentados mi señora y yo: justo en el centro del autocar. Delante iban los Bufalotta; detrás, los Raccuglia, y al otro lado, los Persico. Todos, gente que conocíamos; era el quinto viaje que

hacíamos juntos. Los Bufalotta, pobrecillos, necesitan distraerse. Su hijo mayor, Pippino, se les murió mientras...

—¿Recuerda dónde estaban sentados los Griffó?

—Me parece que en la última fila.

—¿La que tiene cinco asientos el uno al lado del otro y sin brazos?

—Me parece que sí.

—Muy bien, eso es todo, señor Zotta; ya puede irse.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que ya hemos terminado y puede volver a su casa.

—Pero ¿cómo? ¿Qué maneras son esas? ¿Por una bobada así molestan a un viejo de setenta y siete años y a su señora de setenta y cinco? ¡A las seis de la mañana nos hemos levantado! ¿Le parece que es manera?

Cuando se fue el último viejecito, casi a la una, la comisaría parecía el escenario de una multitudinaria merienda campestre. Cierto que en la comisaría no había hierba, pero hoy por hoy, ¿dónde se puede encontrar hierba? Y la que consigue resistir en los alrededores del pueblo, ¿qué clase de hierba es? Cuatro débiles briznas amarillentas donde, si uno mete la mano, tiene un noventa por ciento de posibilidades de pincharse con una jeringuilla escondida.

En medio de todas estas agradables reflexiones y del mal humor que se estaba apoderando de nuevo de él, el comisario se dio cuenta de que Catarella, encargado de la limpieza, se había quedado súbitamente petrificado con la escoba en una mano y algo que no se veía muy bien lo que era en la otra.

—¡Mire! ¡Mire! ¡Mire! —murmuraba Catarella estupefacto, contemplando lo que había recogido del suelo.

—¿Qué es?

De repente, el rostro de Catarella se convirtió en una llamarada.

—¡Un preservativo, *dottori!*

—¿Usado? —preguntó el comisario con asombro.

—No, señor, aún está envuelto en su papel.

En efecto, esa era la única diferencia con los restos de una auténtica merienda campestre. Por lo demás, la misma desoladora suciedad: pañuelitos de papel, colillas, latas de Coca-Cola, de cerveza, de naranjada, botellas de agua mineral, trozos de pan y de galletas, y hasta un cucurucho de helado que se estaba derritiendo lentamente en un rincón.

\* \* \*

Tal como Montalbano suponía, y sin duda esta era una de las causas, si no la principal, de su mal humor, después de una primera comparación entre las respuestas obtenidas por él, Fazio y Galluzzo, resultó que sabían exactamente lo mismo que antes acerca de los Griffo.

El autocar tenía, sin contar el del conductor, cincuenta y tres asientos. Cuarenta participantes en la excursión se habían agrupado en la parte delantera, veinte a un lado y veinte al otro, con el pasillo de por medio. En cambio, los Griffo se habían sentado, tanto a la ida como a la vuelta, en dos de los asientos de la fila del fondo, y a su espalda quedaba sólo la gran luneta trasera del vehículo. No le habían dirigido la palabra a nadie y nadie les había dirigido la palabra. Fazio comentó al comisario que uno de los pasajeros le había dicho: «¿Sabe una cosa? Al poco rato, nos olvidamos de ellos. Era como si no viajaran con nosotros en el mismo autocar».

—En fin —dijo de repente el comisario—, falta todavía la declaración de aquel matrimonio cuya esposa está enferma. Scimè, creo que se llama.

Fazio esbozó una sonrisita.

—¿Y usted cree que la señora Scimè hubiera permitido que el destino la excluyera? ¿Sus amigas sí y ella no? Se ha presentado en compañía del marido a pesar de que apenas se sostenía en pie. Tenía treinta y nueve de fiebre. Yo he hablado con ella y Galluzzo con el marido. Nada, la señora se hubiera podido ahorrar la paliza.

Se miraron desconsolados.

—«La noche perdida y una hembra» —comentó Galluzzo, citando la frase proverbial de un marido que, tras haberse pasado toda la noche atendiendo a su esposa parturienta, había visto nacer una niña en lugar del ansiado varón.

—¿Vamos a comer? —preguntó Fazio, levantándose.



—Id vosotros. Yo me quedo un poco todavía. ¿Quién está de guardia?  
—Gallo.

\* \* \*

Una vez solo, empezó a examinar el dibujo que había hecho Fazio de la planta del autocar. Un pequeño rectángulo aislado en la parte superior enmarcaba la palabra «conductor». Seguían doce hileras de cuatro pequeños rectángulos con los nombres de los ocupantes escritos en el interior de los que habían sido usados.

Mientras estudiaba la planta, el comisario se dio cuenta de la tentación en la que Fazio se había negado a caer: la de dibujar grandes rectángulos con todos los detalles de los ocupantes: nombre, apellido, padre, madre... En los cinco asientos de la última fila, Fazio había escrito Griffio de tal manera que las letras del apellido ocuparan los cinco rectángulos: estaba claro que no había conseguido averiguar cuáles de los cinco asientos habían ocupado los desaparecidos.

Montalbano empezó a imaginarse el viaje. Después de los primeros saludos, unos cuantos minutos de inevitable silencio para acomodarse mejor, quitarse las bufandas, los gorros, los sombreros, cerciorarse de que en el bolso o el bolsillo estaban las gafas, las llaves de casa... Después, las primeras señales de alegría, las primeras conversaciones en voz alta, frases que se entremezclaban... Y el conductor que pregunta: «¿Quieren que encienda la radio?». Un coro de noes... Y quizá, de vez en cuando, un pasajero o una pasajera que miraba hacia el fondo, hacia la última fila, donde estaban los Griffio, el uno al lado del otro, inmóviles y aparentemente sordos, pues los ocho asientos vacíos que se interponían entre ellos y los demás pasajeros formaban una especie de barrera contra los sonidos, las palabras, los ruidos y las carcajadas.

Fue justo en aquel momento cuando Montalbano se dio un manotazo en la frente. ¡Se había olvidado! El conductor le había revelado un detalle muy concreto y a él se le había borrado totalmente de la memoria.

—¡Gallo!

Más que un nombre le brotó de la garganta un grito ahogado. Se abrió la puerta de par en par y apareció Gallo, asustado.

—¿Qué ocurre, señor comisario?

—Llama urgentemente a la empresa del autocar, que no recuerdo cómo se llama. Si hay alguien, pásamelo enseguida.

Tuvo suerte. Contestó el contable.

—Necesito una información. En el viaje a Tindari del domingo pasado, aparte el conductor y los pasajeros, ¿había alguien más a bordo del vehículo?

—Desde luego. Verá, señor comisario, nuestra empresa concede a los representantes de fábricas de artículos para el hogar, detergentes, objetos de decoración...

Lo había dicho con el tono de un rey que otorga una gracia...

—¿Cuánto les pagan a ustedes por eso? —preguntó Montalbano, comportándose como un súbdito irreverente.

El regio tono de su interlocutor se transformó en una especie de penoso tartamudeo.

—Tie... tie... ne que c... comprender que el por... porcentaje...

—No me interesa. Quiero el nombre del representante que había en aquel viaje y su número de teléfono.

—¿Oiga? ¿Casa Dileo? Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con la señora o señorita Beatrice.

—Soy yo, señor comisario. Señorita. Y ya me estaba preguntando cuándo se decidiría a interrogarme. Si no lo hubiera hecho hoy mismo, habría ido yo a la comisaría.

—¿Ha terminado de comer?

—Aún no he empezado. Acabo de regresar de Palermo; he hecho un examen en la universidad y, puesto que vivo sola, ahora me tendría que poner a guisar. Pero la verdad es que no me apetece demasiado.

—¿Quiere almorzar conmigo?

—¿Por qué no?

—Nos vemos dentro de media hora en la *trattoria* San Calogero.

Los ocho hombres y las cuatro mujeres que en aquel momento estaban comiendo en la *trattoria* se quedaron en suspenso, algunos antes y otros después, con el tenedor en la mano mientras contemplaban a la muchacha que acababa de entrar. Una auténtica belleza, alta, rubia, esbelta, de larga melena suelta y ojos azules. Una de esas que se ven en las portadas de las revistas, sólo que esta tenía pinta de buena chica de su casa. ¿Qué estaba haciendo en la *trattoria* San Calogero? El comisario apenas tuvo tiempo de preguntárselo, pues la criatura se encaminó directamente hacia su mesa.

—Usted es el comisario Montalbano, ¿verdad? Soy Beatrice Dileo.

Se sentó, pero Montalbano, perplejo, aún permaneció un instante de pie. Beatrice Dileo no llevaba la menor sombra de maquillaje, era así por naturaleza. Tal vez esa fuera la razón de que las mujeres presentes la siguieran mirando sin envidia. ¿Cómo puede alguien sentir celos de un jazmín de Arabia?

—¿Qué van a tomar? —preguntó Calogero, acercándose—. Hoy tengo un *risotto* a la tinta de jibia verdaderamente especial.

—Para mí, muy bien. ¿Y usted, Beatrice?

—También.

Montalbano observó con satisfacción que no había añadido una frase típicamente femenina: «No me traiga mucho, por favor. Un par de cucharadas. Una cucharada. Trece granos de arroz contados». ¡Señor, qué aburrimiento!

—De segundo, les podría servir unas lubinas pescadas esta noche o, de lo contrario...

—Para mí, va bien. ¿Y usted, Beatrice?

—Las lubinas.

—Para usted, señor comisario, el agua mineral y el Corvo de siempre. ¿Y para usted, señorita?

—Lo mismo.

Pero bueno, ¿es que estaban casados?

—Mire, señor comisario —dijo Beatrice con una sonrisa en los labios—, le tengo que confesar una cosa. Yo, cuando como, no consigo hablar, por eso le pido que me interrogue antes de que sirvan el *risotto* o entre plato y plato.

¡Jesús! ¿O sea que era cierto que, en la vida, a veces ocurre el milagro de encontrar el alma gemela? Lástima que, así, a primera vista, la chica tuviera unos veinticinco años menos que él.

—¡Nada de interrogar! Mejor hábleme de usted.

Y, de esta manera, antes de que Calogero llegara con el *risotto* especial, que era algo más que simplemente especial, Montalbano averiguó que Beatrice tenía en efecto veinticinco años, que estudiaba Letras como oyente en Palermo y que trabajaba de representante de la empresa Sirio Casalinghi para ganarse la vida y pagarse los estudios. Siciliana a pesar de las apariencias, ciertamente de ascendencia normanda y nacida en Aidone, donde todavía vivían sus padres. Y ella, ¿por qué vivía y trabajaba en Vigàta? Muy fácil: dos años atrás, en Aidone, había conocido a un muchacho de Vigàta que también estudiaba en Palermo, pero Derecho. Se habían enamorado, ella había tenido una pelotera con sus padres, que se oponían a la relación, y había seguido al chico a Vigàta. Habían alquilado un pequeño apartamento en el sexto piso de una colmena en Piano Lanterna. Pero desde el balcón del dormitorio se veía el mar. Al cabo de cuatro meses escasos de felicidad, Roberto, que así se llamaba su chico, le había dejado una amable notita, en la cual le comunicaba que se iba a Roma, donde lo esperaba su novia, una prima lejana suya. Y ella no había tenido valor para regresar a Aidone. Eso era todo.

Después, con la nariz, el paladar y la garganta invadidos por el maravilloso aroma del *risotto*, ambos enmudecieron según lo acordado.

Reanudaron la conversación mientras esperaban las lubinas. La que empezó a hablar de los Griffò fue precisamente Beatrice.

—Estos dos señores que han desaparecido...

—Perdone, si usted estaba en Palermo, ¿cómo ha podido enterarse de que...?

—Anoche me llamó el director de la Sirio. Me dijo que usted había convocado a todos los participantes en la excursión.

—Muy bien, siga.

—Yo tengo que llevar obligatoriamente un muestrario. Si el autocar está al completo, el muestrario, que es muy voluminoso, dos cajas muy grandes, lo guardo en el maletero. Si, por el contrario, el autocar no va lleno, lo dejo en la última fila, la de los cinco asientos. Coloco las cajas en los dos asientos

más alejados de la portezuela, para no obstaculizar la subida o bajada de los pasajeros. Pues bien, los señores Griffó fueron a sentarse precisamente en la última fila.

—¿Qué asientos, de los tres restantes, ocupaban?

—Él se sentó en el del centro, que está delante del pasillo. Su mujer se sentó a su lado. El asiento libre era el que estaba más cerca de la portezuela. Cuando yo llegué sobre las siete y media...

—¿Con el muestrario?

—No, el muestrario ya lo había colocado la víspera en el autocar un empleado de la Sirio. El mismo empleado acude a recogerlo cuando regresamos a Vigàta.

—Siga.

—Cuando los vi sentados justo donde estaban las cajas, les señalé que podían elegir otros asientos mejores, puesto que el autocar aún estaba casi vacío y no se hacían reservas. Les expliqué que, para mostrar los artículos, tendría que ir arriba y abajo y los molestaría. Ella ni siquiera me miró, mantenía la mirada fija hacia delante, y pensé que estaba sorda. Él, en cambio, daba la impresión de estar preocupado, mejor dicho, no preocupado sino en tensión. Me contestó que yo podía hacer lo que quisiera, pero que ellos preferían quedarse allí. Hacia la mitad del viaje, tuve que empezar mi trabajo y lo obligué a levantarse. ¿Y sabe usted lo que hizo? Empujó con el trasero el de su mujer y esta se pasó al asiento que quedaba libre junto a la portezuela. Y él se desplazó hacia ella. De esta manera, pude sacar mi sartén. Pero, en cuanto me situé de espaldas al conductor, con el micrófono en una mano y la sartén en la otra, los Griffó regresaron a sus asientos de antes.

Sonrió.

—Cuando adopto esa posición, me siento muy ridícula... Y, sin embargo, hay un pasajero habitual, el *cavaliere* Mistretta, que ha obligado a su mujer a comprar tres baterías de cocina completas. ¿Se da usted cuenta? ¡Está enamorado de mí, y no le digo qué miradas le lanza su mujer! A cada comprador le regalamos un reloj parlante, de esos que los inmigrantes ilegales que venden baratijas por las calles ofrecen por diez mil liras. Y a todos los viajeros les regalamos un bolígrafo con el nombre de la empresa grabado. Pues los Griffó no lo quisieron.

Llegaron las lubinas y se hizo nuevamente el silencio.

—¿Quiere fruta? ¿Un café? —preguntó Montalbano cuando, por desgracia, de las lubinas ya no quedaban más que las raspas y las cabezas.

—No, me gusta conservar el sabor del mar —contestó Beatrice.

No sólo gemela sino también hermana siamesa.

—En resumen, señor comisario, en el transcurso de toda la venta, estuve mirando de vez en cuando a los Griffò. Permanecían inmóviles como estatuas, sólo que él se volvía algunas veces a mirar hacia atrás a través de la luneta. Como si temiera que algún automóvil estuviera siguiendo el autocar.

—O lo contrario. Para cerciorarse de que un automóvil determinado aún estaba siguiéndolo —dijo el comisario.

—Puede ser. No comieron con nosotros en Tindari. Cuando bajamos, los dejamos todavía sentados. Cuando volvimos a subir, los encontramos allí. Durante el viaje de vuelta, no bajaron ni siquiera en la parada del café con leche. Pero de una cosa estoy segura: fue él, el señor Griffò, el que quiso que paráramos en el bar *trattoria* Paradiso. Faltaba muy poco para llegar y el conductor quería seguir adelante. Él protestó. Y entonces bajaron casi todos. Yo me quedé en el autocar. Después, el conductor hizo sonar el claxon, los pasajeros subieron y el autocar se puso nuevamente en marcha.

—¿Está segura de que los Griffò también subieron?

—Eso no se lo puedo asegurar. Durante la parada, yo me puse a escuchar música con el *walkman*, llevaba los auriculares puestos. Mantenía los ojos cerrados. En resumen, me entró sueño. Y, cuando abrí los ojos en Vigàta, casi todos los pasajeros ya habían bajado.

—Por consiguiente, es posible que los Griffò ya estuvieran caminando hacia su casa.

Beatrice abrió la boca como para decir algo, pero la volvió a cerrar.

—Adelante, lo que sea; a veces, lo que a usted le puede parecer una tontería, a mí me puede ser útil —dijo el comisario.

—De acuerdo. Cuando subió el empleado de la empresa para recoger el muestrario, yo lo ayudé. Cuando tiraba de la primera caja hacia mí, apoyé la mano en el asiento en el que hasta hacía muy poco rato hubiera tenido que estar sentado el señor Griffò. Estaba frío. A mi juicio, aquellos dos no volvieron a subir al autocar después de la parada en el bar Paradiso.

## Seis

Calogero les llevó la cuenta, Montalbano pagó, Beatrice se levantó y el comisario hizo lo propio con una pizca de tristeza: la chica era una auténtica maravilla de Dios, pero no había nada que hacer, todo tendría que terminar allí.

—La acompaño —dijo Montalbano.

—Tengo coche —contestó Beatrice.

Y, en aquel instante, hizo su aparición Mimì Augello. Vio a Montalbano, se encaminó hacia él y, de repente, se detuvo en seco con los ojos muy abiertos, como si hubiera pasado aquel ángel que, según la creencia popular, dice «amén» y todos se quedan paralizados tal como están. Evidentemente, había visto a Beatrice. Después dio súbitamente media vuelta para irse.

—¿Me buscabas? —le preguntó el comisario, obligándolo a detenerse.

—Sí.

—Entonces ¿por qué te ibas?

—No quería molestar.

—Pero ¿qué molestia, Mimì? Ven. Señorita, le presento a mi subcomisario, el señor Augello. La señorita Beatrice Dileo, que el domingo pasado tuvo ocasión de viajar con los Griffò y me ha contado unas cosas muy interesantes.

Mimì sólo sabía que los Griffò habían desaparecido, no sabía nada de las investigaciones, pero mantenía los ojos clavados en la chica y no conseguía abrir la boca.

Fue entonces cuando el Demonio, el de la D mayúscula, se materializó al lado de Montalbano. Invisible para todos menos para el comisario, mostraba su aspecto tradicional: piel peluda, pezuñas de macho cabrío, rabo y cuernos

cortos. El comisario notó que su ardiente y sulfuroso aliento le quemaba la oreja izquierda.

—Haz que se conozcan mejor —le ordenó el Demonio.

Y Montalbano se inclinó ante su voluntad.

—¿Tiene cinco minutos? —le preguntó con una sonrisa a Beatrice.

—Sí. Tengo toda la tarde libre.

—Y tú, Mimì, ¿ya has comido?

—To... to... todavía no.

—Pues entonces siéntate en mi silla y pide algo mientras la señorita te cuenta lo de los Griffò. Por desgracia, yo tengo que atender un asunto urgente. Nos vemos más tarde en la comisaría, Mimì. Gracias una vez más, señorita Dileo.

Beatrice volvió a sentarse y Mimì se dejó caer rígidamente en la silla como si llevara puesta una armadura medieval. Todavía no lograba comprender cómo era posible que hubiera recibido aquella gracia divina, pero la guinda había sido la insólita amabilidad de Montalbano, que abandonó la *trattoria* canturreando. Había arrojado una semilla. Si el terreno era fértil (y él no dudaba de la fertilidad del terreno de Mimì), la semilla germinaría. Y entonces, adiós a Rebeca o como se llamara, adiós a la petición de traslado.

—Disculpe, comisario, pero ¿no le parece que ha sido usted un pelín canalla? —preguntó indignada la voz de la conciencia de Montalbano a su propietario.

—¡Uf, menuda lata! —fue la respuesta.

Delante del café Caviglione, su propietario, Arturo, estaba tomando el sol, apoyado en la jamba de la puerta. Vestía como un pordiosero, chaqueta y pantalones raídos y llenos de manchas, a pesar de los cuatro o cinco mil millones de liras que había ganado prestando dinero a usura. Era un tacaño miembro de una familia de tacaños legendarios. Una vez le había mostrado al comisario un cartel amarillento y cubierto de cagadas de mosca que su abuelo, a principios de siglo, tenía puesto en el local: «Quien se sienta a una mesita tiene que consumir forzosamente por lo menos un vaso de agua. Un vaso de agua cuesta dos céntimos».



—Comisario, ¿se toma un café?

Entraron.

—¡Un café para el comisario! —ordenó Arturo al camarero mientras introducía en la caja el dinero que Montalbano se había sacado del bolsillo. El día en que Arturo decidiera regalar una miga de pan, se produciría sin duda un cataclismo que habría hecho las delicias de Nostradamus.

—¿Qué hay, Artù?

—Quería hablarle del asunto de los Griffò. Yo los conozco porque en verano cada domingo por la noche se sientan a una mesa, siempre solos, y piden dos buenas consumiciones: un helado de *cassata* para él y uno de avellana con nata para ella. Yo aquella mañana los vi.

—¿Qué mañana?

—La mañana que se fueron a Tindari. Los autocares tienen la terminal un poco más adelante, en la plaza. Yo abro a las seis, minuto más, minuto menos. Pues bien, los Griffò ya estaban aquí afuera, delante de la persiana metálica. Y el autocar tenía que salir a las siete, ¡imagínese!

—¿Bebieron o comieron algo?

—Un bollo caliente por barba, que me trajeron de la panadería diez minutos después. El autocar llegó a las seis y media. El conductor, que se llama Filippu, entró y pidió un café. Entonces, el señor Griffò se le acercó y le preguntó si podían sentarse en el autocar. Filippu les contestó que sí, y entonces ellos salieron sin darme siquiera los buenos días. A lo mejor tenían miedo de perder el autocar.

—¿Eso es todo?

—Pues sí.

—Oye, Artù, ¿tú conocías al chico al que pegaron un tiro?

—¿A Nenè Sanfilippo? Hasta hace dos años venía habitualmente a jugar al billar. Después lo hacía muy raras veces. Y sólo de noche.

—¿Cómo que de noche?

—Comisario, yo cierro a la una. Él venía de vez en cuando y compraba algunas botellas de whisky, ginebra o cosas así. Venía en coche y casi siempre llevaba dentro a una chica.

—¿Tuviste ocasión de conocer a alguna de ellas?

—No, señor. A lo mejor las traía desde Palermo o desde Montelusa, sabría él de dónde coño las traía.

Al llegar a la puerta de la comisaría, no se sintió con ánimos para entrar. En el escritorio lo esperaba un montón de papeles para firmar y, sólo de pensarlo, le empezó a doler el brazo derecho. Comprobó que tenía en el bolsillo suficientes cigarrillos, subió de nuevo al coche y se dirigió hacia Montelusa. A medio camino entre los dos pueblos, había un sendero campestre escondido detrás de un cartel publicitario que conducía a una ruinosa casita rústica, junto a la cual crecía un enorme acebuche, un olivo silvestre que debía de tener doscientos años. Parecía un árbol falso, de teatro, nacido de la fantasía de un Gustavo Doré, una posible ilustración del Infierno dantesco. Las ramas más bajas estaban retorcidas y se arrastraban por el suelo; por mucho que lo intentaban, no conseguían elevarse hacia el cielo y, en determinado momento de su avance, lo pensaban mejor y decidían volver atrás, hacia el tronco, describiendo una especie de codo o, en algunos casos, un auténtico nudo. Pero, poco después, cambiaban de idea y regresaban atrás, como asustadas ante la contemplación del poderoso tronco, agujereado, quemado y arrugado por los años. Y, al volver atrás, las ramas seguían una dirección distinta de la anterior. Eran en todo y por todo semejantes a serpientes venenosas, pitones, boas, anacondas, repentinamente metamorfoseadas en ramas de olivo. Parecían desesperarse y angustiarse por aquel hechizo que las había congelado, «confitado» hubiera dicho el poeta Eugenio Montale, en una eternidad de trágica fuga imposible. A las ramas de en medio, tras haber recorrido un metro escaso de distancia, enseguida les entraba la duda y no sabían si dirigirse hacia arriba o bien inclinarse hacia la tierra para reunirse con las raíces.

Cuando no le apetecía el aire del mar, Montalbano sustituía el paseo por el muelle de levante por una visita al olivo silvestre. Sentado a horcajadas en una de las ramas bajas, encendía un cigarrillo y empezaba a reflexionar acerca de cuestiones sin resolver.

Había descubierto que, de manera misteriosa, el enmarañamiento, el retorcimiento, la contorsión, la superposición, en resumen, el laberinto de las

ramas reflejaba de forma casi mimética lo que ocurría en el interior de su cabeza, el entrelazamiento de las hipótesis, la superposición de los razonamientos. Y cuando alguna suposición le parecía a primera vista excesivamente arriesgada y precipitada, la contemplación de una rama que seguía un trazado todavía más arriesgado que su pensamiento lo tranquilizaba y lo ayudaba a seguir adelante.

Rodeado de hojas verdes y plateadas, era capaz de permanecer varias horas estático, con una inmovilidad sólo interrumpida de vez en cuando por los movimientos indispensables para encender un cigarrillo, que se fumaba sin quitárselo de la boca, o para apagar cuidadosamente la colilla, restregándola contra el tacón del zapato. Permanecía tan inmóvil que las hormigas se le subían encima sin que él las molestara, se le introducían entre el cabello y le recorrían las manos y la frente. En cuanto bajaba de la rama, se tenía que sacudir concienzudamente el traje y, entonces, junto con las hormigas, caía a veces alguna arañita o una mariquita de la buena suerte.

\* \* \*

Sentado en la rama, se planteó una pregunta fundamental para el camino que deberían seguir las investigaciones: ¿existía algún nexo entre la desaparición de los dos viejecitos y el asesinato del muchacho?

Levantando los ojos y la cabeza para que le entrara mejor la primera calada de cigarrillo, el comisario se dio cuenta de que una rama del olivo seguía un camino imposible, con ángulos, curvas cerradas y saltos hacia delante y hacia atrás que, en determinado momento, le conferían el aspecto de un viejo radiador de calefacción de tres elementos.

—No, a mí no me vas a joder —le murmuró Montalbano, rechazando la invitación.

Aún no eran necesarias las acrobacias; de momento, bastaban los hechos, sólo los hechos.

Todos los inquilinos del número 44 de Via Cavour, incluida la portera, habían declarado unánimemente no haber visto jamás juntos al anciano matrimonio y al muchacho. Ni siquiera en un encuentro absolutamente casual, como el que puede producirse esperando el ascensor. Seguían horarios distintos, tenían ritmos de vida completamente diferentes. Por otra

parte, y bien mirado, ¿qué clase de relación podía haber entre dos viejos cascarrabias, muy poco sociables, más aún, de mal carácter, que no daban confianzas a nadie, y un veinteañero con demasiado dinero para gastar en el bolsillo, que se llevaba mujeres a casa una noche sí y otra no?

Lo mejor que se podía hacer, por lo menos de momento, era mantener separadas ambas cosas. Considerar que el hecho de que los dos desaparecidos y el joven asesinado vivieran en el mismo edificio era pura y simple casualidad. De momento. Por otra parte, quizá sin decirlo explícitamente, ¿acaso no lo había decidido ya así? A Mimì Augello le había encomendado la tarea de examinar los papeles de Nenè Sanfilippo y, por consiguiente, le había encargado implícitamente la investigación del asesinato. A él le correspondía ocuparse de los señores Griffo.

Alfonso y Margherita Griffo eran capaces de permanecer encerrados en casa tres o cuatro días seguidos, como asediados por la soledad, sin dar la menor señal de su presencia en el piso, ni siquiera un estornudo o un acceso de tos, nada, como si estuvieran haciendo el ensayo general de su posterior desaparición. Alfonso y Margherita Griffo, que, por lo que recordaba su hijo, sólo una vez se habían movido de Vigàta, para ir a Messina, un buen día deciden repentinamente hacer una excursión a Tindari. ¿Son devotos de la Virgen? ¿Pero si ni siquiera tenían por costumbre ir a la iglesia!

¡Y qué empeño tan grande en hacer aquella excursión!

Según lo que le había dicho Arturo Caviglione, se habían presentado cuando faltaba una hora para la salida y habían sido los primeros en subir al autocar todavía vacío. Y, a pesar de que eran los únicos pasajeros, con unos cincuenta asientos a su disposición, habían escogido precisamente los más incómodos, en los que ya se encontraban las dos cajas de gran tamaño de Beatrice Dileo. ¿Habían hecho aquella elección por falta de experiencia, porque no sabían que en la última fila se notaban más las sacudidas y estas causaban más molestias? En cualquier caso, la hipótesis según la cual lo habían hecho para estar más aislados, para no estar obligados a conversar con sus compañeros de viaje, no se tenía en pie. Si alguien no quiere hablar, lo consigue aunque se encuentre rodeado de cien personas. Entonces ¿por qué precisamente aquella última fila?

Una respuesta podía estar en lo que le había dicho Beatrice. La joven había observado que Alfonso Griffó se volvía de vez en cuando para mirar a través de la gran luneta posterior. En la posición en que se encontraba, podía observar los vehículos que circulaban detrás. Pero también podía ser visto desde fuera, por ejemplo, desde un automóvil que siguiera al autocar. Ver y ser visto: eso no habría sido posible si se hubiera sentado en otro lugar.

Al llegar a Tindari, los Griffó no se movieron. Según Beatrice, no bajaron del autocar, no se reunieron con los demás y nadie los vio pasear por el pueblo. ¿Qué sentido tenía entonces la excursión? ¿Por qué les interesaba tanto?

Beatrice también había señalado un dato fundamental. A saber, que había sido Alfonso Griffó el que había obligado al conductor a efectuar la última parada extra cuando faltaba apenas media hora para llegar a Vigàta. Puede que se le estuviera escapando de verdad, pero podía haber otra explicación completamente distinta y mucho más inquietante.

Puede que hasta la víspera no se les hubiera pasado por la cabeza la idea de participar en aquella excursión. Tenían previsto pasar el domingo como los centenares de domingos que ya habían pasado anteriormente. Pero ocurrió algo que los obligó, en contra de su voluntad, a hacer aquel viaje. No un viaje cualquiera sino aquel en concreto. Habían recibido una especie de orden tajante. ¿Y quién se la había dado, qué poder ejercía sobre los dos viejecitos?

«Sólo para dar consistencia a la hipótesis —pensó Montalbano—, supongamos que se lo ordenó el médico».

Pero no estaba para bromas.

Y es un médico tan escrupuloso que sigue con su automóvil el autocar, tanto a la ida como a la vuelta, para cerciorarse de que sus pacientes no se han movido de su sitio. Cuando ya está oscuro y falta poco para llegar a Vigàta, el médico hace parpadear los faros de su vehículo de una manera especial. Es una señal convenida. Alfonso Griffó pide al conductor que pare. Y en el bar Paradiso se pierde el rastro del matrimonio. A lo mejor, el médico escrupuloso invitó a los viejecitos a subir a su automóvil, a lo mejor necesitaba tomarles urgentemente la tensión.

Al llegar a este punto, Montalbano pensó que ya había llegado el momento de terminar con el juego del «yo, Tarzán; tú, Jane» y regresar, es un decir, a la civilización. Mientras se sacudía las hormigas del traje, se planteó la última pregunta: ¿qué dolencia secreta padecían los Griffó para que hubiera sido necesaria la intervención de un médico tan conciencudo?

Poco antes de la bajada que conducía a Vigàta había una cabina telefónica. Milagrosamente, no estaba estropeada. El señor Malaspina, propietario de la empresa de los autocares, tardó cinco minutos escasos en contestar a las preguntas del comisario.

No, los señores Griffó jamás habían participado en ninguno de aquellos viajes.

Sí, habían hecho la reserva en el último minuto; para ser más exactos, el sábado a la una del mediodía, último plazo para las reservas.

Sí, habían pagado en efectivo.

No, la reserva no la había hecho ni el señor ni la señora. Totò Bellavia, el empleado de la taquilla, podía asegurar que la reserva y el pago de los billetes los había efectuado un cuarentón distinguido que se había identificado como sobrino de los Griffó.

¿Cómo era posible que estuviera tan bien enterado sobre el asunto? Muy fácil, todo el pueblo hablaba de la desaparición de los Griffó, y a él le había entrado la curiosidad y se había informado.

—*Dottori*, en el despacho de Fazio estaría el hijo de los viejecitos.

—¿Está o estaría?

Catarella no se inmutó.

—Las dos cosas, *dottori*.

—Hazlo pasar.

Davide Griffó parecía trastornado, iba sin afeitarse, y tenía los ojos enrojecidos y el traje lleno de arrugas.

—Regreso a Messina, señor comisario. Total, ¿qué hago aquí? No consigo dormir por la noche, siempre pensando lo mismo... El señor Fazio

me ha dicho que aún no han conseguido averiguar nada.

—Por desgracia, así es. Pero no dude de que, en cuanto haya alguna novedad, se lo comunicaré de inmediato. ¿Tenemos su dirección?

—Sí, la he dejado.

—Una pregunta antes de que se vaya. ¿Usted tiene primos?

—Sí, uno.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos cuarenta.

El comisario levantó las orejas.

—¿Dónde vive?

—En Sydney. Trabaja allí. Hace tres años que no viene a visitar a su padre.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Porque cada vez que viene procuramos vernos.

—¿Le puede dejar a Fazio la dirección y el número de teléfono de ese primo suyo?

—Por supuesto que sí. Pero ¿por qué lo quiere? ¿Cree que...?

—No quiero descuidar nada.

—Mire, señor comisario, la sola idea de que mi primo pueda tener algo que ver con la desaparición es una locura... perdone que se lo diga.

Montalbano lo interrumpió con un gesto.

—Otra cosa. Usted sabe que en nuestra tierra llamamos primo, tío, sobrino a personas que no tienen con nosotros ningún vínculo familiar, simplemente por afecto o simpatía... Piénselo bien: ¿hay alguien a quien sus padres tengan por costumbre llamar sobrino?

—¡Señor comisario, se nota que usted no conoce a mi padre y a mi madre! ¡Tienen un carácter que Dios nos libre! No, señor, me parece imposible que pudieran llamar sobrino a alguien que no lo fuera.

—Señor Griffó, tiene usted que perdonarme que le haga repetir cosas que a lo mejor ya me ha dicho, pero, compéndalo, es no sólo en mi propio interés sino también en el suyo. ¿Está absolutamente seguro de que sus padres no le dijeron nada de la excursión que pensaban hacer?

—Nada, comisario, absolutamente nada. No teníamos por costumbre escribirnos, hablábamos por teléfono. Era yo quien los llamaba los jueves y

los domingos entre las nueve y las diez de la noche. El jueves, la última vez que hablé con ellos, no me hicieron ningún comentario sobre la excursión a Tindari. Es más, al despedirse, mi madre me dijo: «Ya hablaremos el domingo, como de costumbre». Si hubieran tenido intención de hacer la excursión, me habrían avisado para que no me preocupara si no los encontraba en casa, me habrían dicho que llamara un poco más tarde, por si el autocar se retrasaba. ¿No le parece lógico?

—Claro.

—En cambio, como no me habían dicho nada, yo los llamé el domingo a las nueve y cuarto y no me contestaron. Y así empezó el calvario.

—El autocar llegó a Vigàta hacia las once de la noche.

—Y yo estuve llamando una y otra vez hasta las seis de la madrugada.

—Señor Griffò, por desgracia tenemos que plantearnos todas las hipótesis. Incluso aquellas que nos repugna formular. ¿Su padre tenía enemigos?

—Señor comisario, el nudo que tengo en la garganta me impide reír. Mi padre es un hombre bueno, a pesar de su mal carácter, como mi madre. Está jubilado desde hace diez años. Jamás me habló de ninguna persona que lo quisiera mal.

—¿Era rico?

—¿Quién? ¿Mi padre? Vivía de la pensión. Con el finiquito, consiguió comprar el piso en el que viven. —Bajó los ojos, desolado—. No consigo encontrar ningún motivo por el cual mis padres hayan querido desaparecer o los hayan obligado a desaparecer. He ido a hablar incluso con su médico. Me ha dicho que estaban bien para su edad. Y no padecían arteriosclerosis.

—A veces, a cierta edad —dijo Montalbano—, es fácil ceder a insinuaciones, convicciones repentinas...

—No lo entiendo.

—Bueno, qué sé yo, algún conocido puede haberles hablado de los milagros de la Virgen negra de Tindari...

—¿Qué necesidad tenían ellos de milagros? Y, además, en las cuestiones de Dios eran más bien tibios.



Se estaba levantando para acudir a su cita con Balduccio Sinagra cuando entró Fazio.

—Disculpe, señor comisario, ¿no tendrá por casualidad noticias sobre el subcomisario Augello?

—Nos vimos a la hora del almuerzo. Dijo que pasaría por aquí. ¿Por qué?

—Porque lo llaman desde la Jefatura Superior de Pavía.

En un primer momento, Montalbano no estableció ningún nexo.

—¿De Pavía? ¿Quién era?

—Una mujer, pero no me dijo su nombre.

¡Rebeca! Preocupada sin duda por su adorado Mimì.

—¿Esa mujer de Pavía no tenía el número de su móvil?

—Sí, señor, lo tiene. Pero dice que está apagado. Dice que hace horas que lo busca, desde después de comer. Si vuelve a llamar, ¿qué le digo?

—¿Y a mí me lo preguntas? —Mentalmente, mientras contestaba a Fazio simulando irritación, experimentó una sensación de alegría. ¿A que la semilla germinaba?—. Mira, Fazio, no te preocupes por el subcomisario Augello. Ya verás como, antes o después, aparece. Iba a decirte que me voy.

—¿A Marinella?

—Fazio, yo no estoy obligado a informarte de adónde voy o dejo de ir.

—Pero bueno, ¿qué le he preguntado? ¿Se ha molestado? Le he hecho una simple pregunta inocente. Perdome que me haya tomado la libertad.

—Mejor perdóname tú a mí, estoy un poco nervioso.

—Ya lo veo.

—No le cuentes a nadie lo que te voy a decir: voy a una cita con Balduccio Sinagra.

Fazio palideció y lo miró con unos ojos como platos.

—¿Es una broma?

—No.

—¡*Dottore*, ese hombre es una bestia feroz!

—Lo sé.

—*Dottore*, por mucho que se enfade, se lo tengo que decir: en mi opinión, no tiene que acudir a esa cita.

—Escúchame bien: el señor Balduccio Sinagra es en estos momentos un ciudadano libre.

—¡Viva la libertad! ¡Ese se ha pasado veinte años en la cárcel y tiene como mínimo unos treinta asesinatos sobre su conciencia!

—Que todavía no hemos conseguido demostrar.

—Con pruebas o sin ellas, es una mierda de hombre.

—Estoy de acuerdo, pero ¿acaso has olvidado que nuestro oficio consiste precisamente en tratar con la mierda?

—Señor comisario, si de veras se empeña en ir, yo voy con usted.

—Tú no te mueves de aquí. Y no me obligues a decir que es una orden porque me cabreo a más no poder cuando me obligáis a decir esas cosas.

## Siete

Don Balduccio Sinagra vivía, junto con toda su numerosa familia, en una casa de campo enorme en lo alto de una colina llamada desde tiempo inmemorial Ciuccàfa, a medio camino entre Vigàta y Montereale. La colina Ciuccàfa se caracterizaba por dos detalles: el primero era su absoluta calvicie, sin la menor brizna de hierba verde. Jamás un árbol había conseguido crecer en ella, y tampoco había logrado echar raíces una ramita de sorgo, un matojo de centinodia, un chaparral de ciruelos silvestres. Había, eso sí, un cerco de árboles que rodeaba la casa, pero los había mandado trasplantar adultos don Balduccio para disfrutar de un poco de frescor. Y, para evitar que se secaran y murieran, había mandado llevar hasta allí camionadas y más camionadas de tierra especial. El segundo detalle era que, exceptuando la casa de los Sinagra, no se veía ningún edificio, casucha o mansión en ninguna de las laderas de la colina. Se distinguía tan sólo la tortuosa subida de la ancha carretera asfaltada de tres kilómetros que don Balduccio había construido de su bolsillo. No había otras casas, no porque los Sinagra hubieran adquirido toda la colina, sino por otro motivo más sutil.

Y, a pesar de que los terrenos habían sido declarados edificables hacía mucho tiempo por el nuevo plan general de ordenación urbana, sus propietarios, el abogado Sidoti y el marqués de Lauricella, que no nadaban precisamente en la abundancia, no se atrevían a parcelarlos y venderlos para no ofender gravemente a don Balduccio, el cual, tras haberlos convocado, les había dado a entender, por medio de metáforas, proverbios y anécdotas, lo insoportable que le resultaría la cercanía de extraños. Para evitar peligrosos malentendidos, el abogado Sidoti, propietario de los terrenos en los que se había construido la carretera, había rechazado categóricamente la indemnización de la no deseada expropiación. Es más, en el pueblo corrían

maliciosos rumores, según los cuales los dos propietarios se habían puesto de acuerdo para repartirse los daños: el abogado había cedido los terrenos y el marqués había ofrecido gratuitamente la carretera a don Balduccio, corriendo con todos los gastos de las obras. Las malas lenguas decían también que, en caso de que las inclemencias meteorológicas provocaran socavones o corrimientos de tierras, don Balduccio se quejaba ante el marqués y este se encargaba, en un abrir y cerrar de ojos y pagando de su bolsillo, de dejarla de nuevo tan lisa como una mesa de billar.

De unos tres años a esta parte, las cosas ya no eran como antes ni para los Sinagra ni para los Cuffaro, las dos familias que se disputaban el control de la provincia. Masino Sinagra, el sexagenario primogénito de don Balduccio, había sido finalmente detenido y enviado a la cárcel con tal cúmulo de acusaciones que, aunque durante la instrucción de los casos en Roma hubieran decidido, pongamos por caso, la abolición de la condena a cadena perpetua, el legislador hubiera tenido que hacer una excepción para él y restablecerla sólo para su caso. Japichinu, hijo de Masino y nietecito adorado del abuelo don Balduccio, un treintañero dotado por la naturaleza de un rostro tan simpático y honrado que los jubilados le hubieran confiado sus ahorros, había tenido que pasar a la clandestinidad, perseguido por una impresionante serie de órdenes de captura. Trastornado e inquieto por esta ofensiva absolutamente insólita de la justicia, después de varios decenios de lánguido sueño, don Balduccio, que se había sentido rejuvenecer treinta años al enterarse de la noticia del asesinato de dos de los más valerosos magistrados de la isla, había vuelto a caer de golpe en los achaques de la edad ante la noticia de que al frente de la Fiscalía se encontraba alguien que era lo peor de lo peor: un piamontés de tendencias comunistas. Un día había visto en un telediario a ese magistrado arrodillado en la iglesia.

—Pero ¿qué hace ese, va a misa? —preguntó, asombrado.

—Sí, señor, es muy religioso —le explicó alguien.

—Pero ¿cómo? ¿Y los curas no le han enseñado nada?

Ngilino, el hijo menor de don Balduccio, se había vuelto completamente loco, y un buen día empezó a hablar una lengua incomprensible que él

sostenía que era el árabe. Y, a partir de aquel momento, le había dado por vestirse como tal, hasta el punto de que en el pueblo lo llamaban «el Jeque». Los dos hijos varones del Jeque vivían más en el extranjero que en Vigàta: Pino, llamado «el Conciliador» por la habilidad diplomática de que hacía gala en los momentos difíciles, viajaba constantemente entre Canadá y Estados Unidos; en cambio, Caluzzo se pasaba ocho meses al año en Bogotá. El peso de los negocios de la familia había vuelto a caer, por tanto, sobre los hombros del patriarca, el cual se hacía echar una mano por su primo Saro Magistro. De este se comentaba en susurros que, tras haber liquidado a uno de los Cuffaro, se le había comido el hígado asado en un espetón. Por otra parte, no se podía decir que a los Cuffaro les fueran mejor las cosas. Un domingo por la mañana de dos años atrás, el más que octogenario jefe de la familia de los Cuffaro, don Sisìno, había subido a su coche para asistir a la santa misa, tal como indefectible y devotamente tenía por costumbre hacer. El automóvil lo conducía su hijo menor, Birtino. Nada más ponerlo en marcha, se produjo una terrible explosión que había roto los cristales a quinientos metros a la redonda. El contable Arturo Spampinato, que no tenía absolutamente nada que ver con el asunto, en la creencia de que se estaba produciendo un espantoso terremoto, se arrojó desde un sexto piso y la palmó. De don Sisìno encontraron el brazo derecho y el pie izquierdo, y de Birtino, sólo cuatro huesos requemados.

Los Cuffaro no la tomaron con los Sinagra tal como todo el pueblo esperaba. Tanto una familia como la otra sabían que aquella bomba asesina la habían colocado en el coche otras personas, los miembros de una mafia emergente, unos jovenzuelos arribistas, sin el menor respeto y dispuestos a todo, que se habían metido en la cabeza la idea de joder a las dos familias históricas y ocupar su lugar. Y todo tenía una explicación. Si antaño el camino de la droga era bastante ancho, en la actualidad se había convertido en una autopista de seis carriles. Por consiguiente, se necesitaban fuerzas jóvenes, decididas y con las manos adecuadas para utilizar tanto el kalashnikov como el ordenador.

En todo eso pensaba el comisario mientras se dirigía a Ciuccàfa. Y recordaba también una escena tragicómica que había visto en la televisión: un miembro de la comisión antimafia que, al llegar a Fela tras el décimo

homicidio en una sola semana, se rasgaba dramáticamente las vestiduras y preguntaba con voz entrecortada: «¿Dónde está el Estado?». Y, entre tanto, los pocos carabineros, los cuatro agentes de la policía, los dos guardias de la policía judicial, los tres cuerpos representantes del Estado en Fela que cada día se jugaban el pellejo, lo miraban estupefactos. El honorable antimafia estaba teniendo evidentemente un fallo de memoria: había olvidado que, por lo menos en parte, el Estado era él. Y, si las cosas iban como iban, era él, junto con otros, el responsable de que fueran como iban.

\* \* \*

Justo en la base de la colina, donde empezaba la solitaria carretera asfaltada que conducía a la casa de don Balduccio, se levantaba una casa de planta baja. Mientras Montalbano se acercaba, apareció un hombre en una de las dos ventanas. Contempló el vehículo y después se acercó el móvil a la oreja. Había avisado a quien correspondía.

A ambos lados de la carretera se erguían los postes de la electricidad y del teléfono y, cada quinientos metros, había como una especie de plazoleta o zona de descanso. E, indefectiblemente, en cada plazoleta había alguien hurgándose la nariz con el dedo en el interior de un coche, de pie contando las urracas que volaban por el aire o fingiendo arreglar un ciclomotor. Centinelas. Armas no se veían por ninguna parte, pero el comisario sabía muy bien que, en caso de necesidad, habrían aparecido en un santiamén de debajo de un montón de piedras o de detrás de un poste.

La gran verja de hierro, la única abertura en el alto muro que rodeaba la casa, estaba abierta de par en par. Y delante de ella se encontraba el abogado Guttadauro, sonriendo de oreja a oreja y todo reverencias.

—Siga adelante y después gire a la derecha, allí hay un aparcamiento.

En el aparcamiento había unos diez automóviles de todas clases, tanto de lujo como utilitarios. Montalbano se detuvo, bajó y vio llegar casi sin resuello a Guttadauro.

—¡Ya sabía yo que podía confiar en su sensibilidad, su comprensión, su inteligencia! ¡Don Balduccio se alegrará enormemente! Venga, señor comisario, yo le indico el camino.

El principio del sendero de la entrada de la casa estaba señalado por dos gigantescas araucarias. Bajo los árboles, una a cada lado, había dos garitas muy curiosas que parecían casitas infantiles. Y, en efecto, ostentaban pegatinas de Superman, Batman y Hércules. Pero las garitas tenían también una pequeña puerta y una ventana también pequeña. El abogado, que había seguido la mirada del comisario, dijo:

—Son unas casitas que don Balduccio mandó construir para sus nietos. O, mejor dicho, sus bisnietos. Uno se llama Balduccio, como él, y el otro, Tanino. Tienen diez y ocho años. Don Balduccio está loco por esos chiquillos.

—Disculpe, señor abogado. Aquel señor con barba que por un instante se ha asomado a la ventana de la casita de la izquierda, ¿es Balduccio o Tanino? —preguntó Montalbano con cara de ángel.

Guttadauro pasó elegantemente por alto la pregunta.

Ya habían llegado a la monumental puerta de nogal oscuro con tachones de cobre, que recordaba vagamente un ataúd de estilo americano.

En un rincón del jardín, lleno de encantadores parterres de rosas, pérgolas y flores, y alegrado por un estanque con peces rojos (pero ¿de dónde sacaba el agua aquel grandísimo cabrón?), había una resistente y amplia jaula de hierro, en cuyo interior cuatro silenciosos dóbermans evaluaban el peso y la consistencia del invitado, con visibles ganas de comérselo con la ropa puesta. Estaba claro que por la noche debían de abrir la jaula.

—No, señor comisario —dijo Guttadauro al ver que Montalbano se encaminaba hacia el ataúd que hacía las veces de portalón—. Don Balduccio lo espera en el porche.

Se dirigieron hacia el lado izquierdo de la casa. El porche era un amplio espacio abierto por tres lados, cuyo techo era la terraza del primer piso. A través de los seis esbeltos arcos que lo delimitaban, se disfrutaba a mano derecha de un espléndido paisaje: kilómetros de playa y de mar interrumpidos en el horizonte por la accidentada silueta del cabo Rossello. A mano izquierda, en cambio, el panorama dejaba mucho que desear: una extensión de cemento sin el menor atisbo de verde, en la cual se ahogaba, en la lejanía, el pueblo de Vigàta.

En el porche había un sofá, cuatro cómodas butacas y una mesita auxiliar baja y ancha. También había unas diez sillas adosadas a la única pared, sin duda destinadas a las reuniones plenarias.

Don Balduccio, prácticamente un esqueleto vestido, estaba sentado en el sofá de dos plazas, con una manta escocesa sobre las rodillas a pesar de que no hacía frío ni soplaba viento. A su lado, pero sentado en una butaca, había un cura pelirrojo de cincuenta y tantos años vestido con sotana, que se levantó al ver al comisario.

—¡Aquí está nuestro querido comisario Montalbano! —dijo Guttadauro con voz estridente y cantarina.

—Me tendrá que disculpar que no me levante, pero es que las piernas ya no me sostienen —dijo don Balduccio con un hilillo de voz. No hizo el menor ademán de tender la mano al comisario—. Este es don Sciaverio, Sciaverio Crucillà, que ha sido y sigue siendo el director espiritual de Japichinu, mi nietecito del alma, calumniado y perseguido por los infames. Menos mal que es un muchacho de mucha fe que sufre la persecución de que es objeto ofreciéndosela al Señor.

—¡La fe es una gran cosa! —exclamó el padre Crucillà.

—Si no te adormece, te reposa —dijo Montalbano, completando la frase.

Don Balduccio, Guttadauro y el cura lo miraron perplejos.

—Disculpe —dijo don Crucillà—, pero me parece que se equivoca. El refrán se refiere a la cama y dice así: «La cama es una gran cosa / si uno no duerme, reposa». ¿O no?

—Tiene razón, me he equivocado —reconoció el comisario.

Se había equivocado, efectivamente. ¿Cómo demonios se le había ocurrido la idea de hacerse el gracioso alterando un refrán y parafraseando una manida frase acerca de la religión, opio del pueblo? ¡Ojalá la religión hubiera sido el opio de un delincuente asesino como el nietecito de Balduccio Sinagra!

—Yo me retiro —dijo el cura.

Se inclinó ante don Balduccio, el cual contestó con un gesto de ambas manos; después, se inclinó ante el comisario, que contestó con una ligera inclinación de la cabeza, y cogiendo del brazo a Guttadauro añadió:

—Usted me acompaña, ¿no es cierto, señor abogado?



Estaba claro que, antes de que él llegara, ambos habían acordado dejarlo solo, cara a cara con Balduccio. El abogado regresaría más tarde, dejando el tiempo suficiente para que su cliente, tal como él gustaba de llamar al que en realidad era su amo, le dijera a Montalbano lo que tenía que decirle sin ningún testigo.

—Siéntese —dijo el viejo, señalando el sillón previamente ocupado por el padre Crucillà.

Montalbano se sentó.

—¿Desea tomar algo? —preguntó don Balduccio, alargando la mano hacia un pulsador de tres botones acoplado al brazo del sofá.

—No, gracias.

Montalbano no pudo por menos que preguntarse para qué debían de servir los dos botones restantes. Si uno era para llamar a la criada, el segundo debía de ser para el *killer* de guardia. ¿Y el tercero? A lo mejor, activaba una alarma general capaz de desencadenar algo así como una tercera guerra mundial.

—Tengo una curiosidad —dijo el anciano, arreglándose la manta escocesa sobre las rodillas—. Si hace un momento, cuando ha entrado aquí, yo le hubiera tendido la mano, ¿usted me la habría estrechado?

«¡Menuda pregunta, grandísimo hijo de puta!», pensó Montalbano.

E inmediatamente decidió darle la respuesta que sinceramente correspondía a sus sentimientos:

—No.

—¿Me quiere explicar por qué?

—Porque nosotros dos nos encontramos en lados diferentes de la barricada, señor Sinagra. Y todavía, pero puede que falte muy poco, aún no se ha proclamado el armisticio.

El viejo carraspeó. Y volvió a carraspear. Sólo entonces el comisario comprendió que aquello era una carcajada.

—¿Falta poco?

—Ya hay señales.

—Esperemos que sí. Pasemos a las cosas serias. Usted, señor comisario, tendrá sin duda curiosidad por saber por qué lo he querido ver.

—No.

—¿Es que usted sólo sabe decir «no»?

—Con toda sinceridad, señor Sinagra, lo que a mí, como policía, me puede interesar de usted, ya lo sé. He leído todos los documentos que se refieren a su persona, incluso aquellos que se referían a usted antes de que yo naciera. Como hombre, en cambio, no me interesa.

—¿Me quiere explicar entonces por qué ha venido?

—Porque no me siento tan arriba como para contestar que no a quien desea hablar conmigo.

—Justas palabras —dijo el viejo.

—Señor Sinagra, si usted me quiere decir algo, muy bien. De lo contrario...

Don Balduccio pareció dudar. Dobló todavía más el cuello de tortuga hacia Montalbano y lo miró muy fijamente, forzando los ojos humedecidos por el glaucoma.

—Cuando era muchacho, tenía una vista que daba miedo. Ahora veo niebla, comisario. Una niebla cada vez más espesa. Y no me refiero tan sólo a mis ojos enfermos.

Lanzó un suspiro y se apoyó en el respaldo del sofá como si quisiera hundirse en él.

—Un hombre tendría que vivir sólo lo justo. Noventa años son muchos, demasiados. Y son todavía más cuando uno se ve obligado a coger de nuevo las riendas de las cosas de las que creía haberse librado. El asunto de Japichinu me ha consumido, señor comisario. La preocupación no me deja dormir. Además, está enfermo del pecho. Yo le dije: entrégate a los carabineros, por lo menos te cuidarán. Pero Japichinu es joven y testarudo como todos los jóvenes. En cualquier caso, he tenido que pensar en la necesidad de volver a coger las riendas de la familia. Y es difícil, muy difícil. Porque, entre tanto, el tiempo ha seguido adelante y los hombres han cambiado. No entiendes lo que piensan, no entiendes lo que les pasa por la cabeza. Antiguamente, sólo para ponerle un ejemplo, cuando se planteaba una cuestión complicada, la gente reflexionaba. Mucho tiempo, incluso días y días, incluso hasta llegar a las palabrotas, a las peleas, pero reflexionaba. Ahora la gente ya no quiere reflexionar, no quiere perder el tiempo.

—Entonces ¿qué hace?

—Dispara, señor mío, dispara. Y disparar lo hacemos todos muy bien, incluso el más tonto del grupo. Si usted, pongamos por caso, dispara ahora el revólver que guarda en el bolsillo...

—No lo llevo, no voy armado.

—¿De veras?

El asombro de don Balduccio era sincero.

—¡Por Dios, señor comisario, qué imprudencia! Con la cantidad de delincuentes que andan sueltos por ahí...

—Lo sé. Pero no me gustan las armas.

—A mí tampoco me gustaban. Volvamos a lo nuestro. Si usted me apunta con un revólver y me dice: «Balduccio, arrodíllate», no hay nada que hacer. Estando yo desarmado, me tengo que arrodillar. ¿Lo entiende? Pero eso no quiere decir que sea usted un hombre de honor, significa tan sólo que usted, le ruego que me perdone, es un cabrón con un revólver en la mano.

—¿Y cómo actúa un hombre de honor?

—No cómo actúa, señor comisario, sino cómo actuaba. Usted acude a mi casa desarmado, y me habla, me plantea la cuestión, me explica las cosas a favor y las cosas en contra y, si yo al principio no estoy de acuerdo, al día siguiente usted regresa y nos ponemos a reflexionar, hasta que yo comprendo que lo único que puedo hacer es arrodillarme como usted quiere, tanto en mi propio interés como en el de todos.

En la memoria del comisario se iluminó como un relámpago un pasaje de la manzoniana *Columna infame*, en el que un pobre desgraciado se ve obligado a tener que pronunciar la frase: «Decidme qué queréis que diga», o algo por el estilo. Pero no le apetecía ponerse a discutir sobre Manzoni con don Balduccio.

—Pero a mí me consta que en aquellos venturosos tiempos de que usted me habla, se tenía por costumbre matar a la gente que no quería ponerse de rodillas.

—¡Por supuesto! —replicó enérgicamente el viejo—. ¡Claro! Pero matar a un hombre porque se había negado a obedecer, ¿sabe usted lo que significaba?

—No.

—Significaba una batalla perdida, significaba que la valentía de aquel hombre no nos había dejado otro camino. ¿Me explico?

—Se ha explicado usted perfectamente. Pero verá, señor Sinagra, yo no he venido aquí para que me cuente la historia de la mafia desde su punto de vista.

—¡Pero esa historia la conoce usted muy bien desde el punto de vista de la ley!

—Por supuesto. Pero usted es un perdedor, o casi, señor Sinagra. Y la historia la escriben los que jamás han perdido. En la actualidad, quizá la podrían escribir mejor los que no reflexionan y disparan. Los vencedores del momento. Y ahora, si me permite...

Hizo ademán de levantarse, pero el viejo lo detuvo con un gesto.

—Perdone. Los de mi edad, entre tantas enfermedades, a veces también padecemos la de la locuacidad. En dos palabras, comisario: puede que nosotros hayamos cometido grandes errores. Grandísimos errores. Y digo nosotros porque hablo también en nombre del difunto Sisino Cuffaro y de los suyos. Sisino, que fue mi enemigo mientras vivió.

—¿Qué hace, empieza a arrepentirse?

—No, señor, no me arrepiento delante de la ley. Delante del Señor, cuando llegue el momento, sí. Lo que quería decirle es lo siguiente: puede que hayamos cometido errores muy grandes, pero siempre hemos sabido que había una línea que no se tenía que traspasar. Nunca. Porque, si se traspasaba aquella línea, ya no había diferencia entre un hombre y una bestia.

Don Balduccio cerró los ojos, exhausto.

—He comprendido —dijo Montalbano.

—¿De verdad lo ha comprendido?

—De verdad.

—¿Las dos cosas?

—Sí.

—Pues entonces lo que quería decirle ya lo he dicho —dijo el viejo, abriendo de nuevo los ojos—. Si se quiere ir, es muy dueño. Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó Montalbano, levantándose.

Cruzó el patio y bajó el camino sin tropezarse con nadie. Al llegar a la altura de las dos casitas que había bajo las araucarias, oyó unas voces

infantiles. En una de las casitas había un chiquillo con una pistola de agua en una mano; en la otra, otro chiquillo empuñaba una metralleta espacial. Por lo visto, Guttadauro había mandado retirarse al guardaespaldas de la barba y lo había sustituido de inmediato por los bisnietos de don Balduccio, sólo para quitarle al comisario los malos pensamientos de la cabeza.

—¡Bang! ¡Bang! —decía el de la pistola.

—¡Ratatatá! —replicaba el de la metralleta.

Se estaban entrenando para cuando fueran mayores. O quizá ni siquiera sería necesario que crecieran. Justo la víspera habían detenido en Fela al que la prensa había calificado de *baby-killer*, de apenas once años. Uno de los que habían hablado (Montalbano no tenía valor para llamarlos «arrepentidos» y menos aún «colaboradores de la justicia») había revelado que existía una especie de escuela pública en la que se enseñaba a los chiquillos a disparar y a matar. Los bisnietos de don Balduccio no tendrían necesidad de asistir a aquella escuela. En su casa podrían recibir todas las clases particulares que quisieran. De Guttadauro, ni rastro. En la verja había un sujeto con una boina, que se quitó a su paso a modo de saludo, y que inmediatamente cerró la verja. Mientras bajaba, el comisario no pudo por menos que observar el impecable firme de la carretera, no había ni una sola piedrecita ni la menor grieta en el asfalto. A lo mejor, cada mañana una brigada especial de la limpieza la barría cual si fuera la habitación de una casa. El mantenimiento le debía de costar un huevo al marqués de Lauricella. En las plazoletas de descanso la situación no había cambiado, a pesar de que ya había transcurrido más de una hora. Uno seguía contemplando el vuelo de las urracas por el aire, un segundo fumaba en el interior de un automóvil y el tercero seguía intentando arreglar el ciclomotor. A este último el comisario sintió la tentación de tomarle el pelo.

Al llegar a su altura, se detuvo.

—¿No se pone en marcha? —le preguntó.

—No —contestó el hombre, mirándolo con asombro.

—¿Quiere que yo le eche un vistazo?

—No, gracias.

—Puedo llevarlo, si quiere.

—¡No! —gritó el hombre, exasperado.

El comisario volvió a ponerse en marcha. En la casucha situada al final de la carretera vio al hombre del móvil asomado a la ventana: debía de estar comunicando que Montalbano estaba cruzando de nuevo los confines del palacio real de don Balduccio.

\* \* \*

Ya estaba oscureciendo. Al llegar al pueblo, el comisario se dirigió a Via Cavour. Se detuvo delante del número 44, abrió la guantera, cogió el manojito de ganzúas y bajó. La portera no estaba y no se cruzó con nadie en su camino hacia el ascensor. Abrió la puerta del piso de los Griffó y la cerró inmediatamente después de haber entrado. El piso olía a cerrado. Encendió la luz y se puso a trabajar. Tardó una hora en recoger todos los papeles que encontró, y los introdujo en una bolsa de basura que cogió de la cocina. Había incluso una lata de galletas de los Hermanos Lazzaroni llena de resguardos fiscales. Examinar los papeles de los Griffó era algo que hubiera tenido que hacer desde el principio de la investigación y que, sin embargo, no había hecho. Había estado demasiado distraído por otros pensamientos. A lo mejor, en alguno de aquellos papeles estaba el secreto de la enfermedad de los Griffó, la que había obligado a un médico concienzudo a tomar cartas en el asunto.

Estaba apagando la luz del recibidor cuando se acordó de Fazio, de su preocupación por la reunión con don Balduccio. El teléfono estaba en el comedor.

—¡Diga! ¡Diga! ¿Quién habla? ¡Aquí la comisaría!

—Catarè, soy Montalbano. ¿Está Fazio?

—Se lo paso de inmediato inmediatamente.

—¿Fazio? Sólo quería decirte que he vuelto sano y salvo.

—Ya lo sabía, señor comisario.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, señor comisario. En cuanto usted ha salido, yo lo he seguido. Lo he esperado en las inmediaciones de la casucha donde están los hombres de guardia. Cuando lo he visto regresar yo también he vuelto a la comisaría.

—¿No hay ninguna novedad?

—No, señor, exceptuando la mujer que llama desde Pavía, preguntando por el subcomisario Augello.

—Más tarde o más temprano, lo encontrará. Oye, ¿quieres saber lo que nos hemos dicho la persona que tú sabes y yo?

—Desde luego, señor comisario. Me muero de curiosidad.

—Pues no te lo voy a decir. Ya te puedes morir. ¿Y sabes por qué no te digo nada? Porque has desobedecido mis órdenes. Te dije que no te movieras de la comisaría y tú, en cambio, me has seguido. ¿Estás contento?

Apagó la luz y salió del apartamento de los Griffio con la bolsa al hombro.

## Ocho

Abrió el frigorífico y emitió un relincho de pura alegría. Su asistente, Adelina, le había dejado dos caballas encebolladas, una cena con la cual se pasaría sin duda toda la noche discutiendo, pero valdría la pena. Para curarse en salud, antes de empezar a comer quiso asegurarse de que en la cocina hubiera una bolsita de bicarbonato, mano de santo, mano bendita. Sentado en la galería, lo devoró todo a conciencia, y en el plato sólo quedaron las rasas y las cabezas de los pescados tan relimpias que parecían unos restos fósiles.

Después, tras haber despejado la mesita, le vació encima el contenido de la bolsa de basura llena de los papeles que había recogido en casa de los Griffó. A lo mejor, una frase, una línea, un comentario podrían revelar en cierto modo el motivo de la desaparición de los dos viejecitos. Lo guardaban todo: cartas y postales de felicitación, fotografías, telegramas, recibos de la luz y del teléfono, declaraciones de la renta, facturas y resguardos, folletos publicitarios, billetes de autobús, certificados de nacimiento, de matrimonio, libretas de jubilación, tarjetas sanitarias y otras tarjetas caducadas. Había incluso una copia de una fe de vida, máxima cumbre de la imbecilidad burocrática. ¿Qué hubiera hecho Gogol con sus *Almas muertas*, en presencia de la tal fe de vida? Franz Kafka, de haberla tenido en sus manos, habría podido extraer de ella uno de sus inquietantes relatos. Y ahora que se había implantado la autocertificación de existencia en vida, ¿cómo se debería actuar? ¿Cuál era la praxis, para usar una palabra tan querida en los despachos? ¿Uno escribía en una hoja de papel una frase como «El abajo firmante, Salvo Montalbano, declaro que existo», firmaba y lo entregaba al funcionario de turno?

En cualquier caso, los papeles que contaban la historia de la existencia del matrimonio Griffó se reducían a muy poca cosa: un kilo escaso de hojas y



hojitas. Montalbano terminó de examinarlas todas a las tres de la madrugada.

«La noche perdida y una hembra», como se solía decir. Guardó de nuevo los papeles en la bolsa de basura y se fue a dormir.

Contrariamente a lo que temía, las caballas se avinieron a dejarse digerir sin dar coletazos. Por eso el comisario se despertó a las siete después de un sueño sereno y reparador. Permaneció más rato que de costumbre bajo la ducha, a riesgo de gastar toda el agua del depósito. Allí repasó, palabra por palabra, silencio por silencio, todo el diálogo mantenido con don Balduccio. Quería estar seguro de haber comprendido los dos mensajes que el viejo le había transmitido antes de salir de allí. Al final, supo que su interpretación era correcta.

—Comisario, quería decirle que el subcomisario Augello ha llamado hace aproximadamente media hora, dice que pasará por aquí sobre las diez —dijo Fazio.

Y se puso en guardia, esperando, como era natural y como ya había ocurrido otras veces, una violenta explosión de furia por parte de Montalbano ante la noticia de que una vez más su subcomisario se tomaba las cosas con calma. Pero esta vez el comisario se quedó tan tranquilo, e incluso esbozó una sonrisa.

—Anoche, cuando regresaste aquí, ¿llamó la mujer de Pavía?

—¡Cómo no! Otras tres veces antes de perder definitivamente las esperanzas.

Mientras hablaba, Fazio cambiaba el peso del cuerpo de uno a otro pie, tal como hace uno cuando se le escapa y está obligado a aguantarse. Pero a Fazio no se le escapaba, era la curiosidad que lo estaba devorando vivo. Sin embargo, no se atrevía a abrir la boca para preguntar qué le había dicho Sinagra a su jefe.

—Cierra la puerta.

Fazio pegó un brinco, cerró la puerta con llave y se sentó en el borde de una silla. Con el tronco inclinado hacia delante y los ojos relucientes, parecía

un perro famélico a la espera de que su amo le arrojara un hueso. Por eso lo decepcionó un poco la primera pregunta que le hizo Montalbano.

—¿Tú conoces a un cura que se llama Sciaverio Crucillà?

—Lo he oído nombrar, pero no lo conozco personalmente. Sé que no es de aquí; si no me equivoco es de Montereale.

—Trata de averiguar todo lo que puedas acerca de él; dónde vive, qué costumbres tiene, cuáles son sus horarios en la iglesia, con quién se relaciona, qué se dice de él. Infórmate bien. Y, después de haber hecho todo eso, y lo tienes que hacer en un solo día...

—... vengo aquí y se lo digo.

—Te equivocas. No me dices nada. Empiezas a seguirlo discretamente.

—Señor comisario, déjelo de mi cuenta. No me verá aunque se ponga los ojos en la parte de atrás de la cabeza.

—Otra vez te equivocas.

Fazio lo miró, asombrado.

—Señor comisario, cuando se sigue a una persona la norma es que esa persona no se tiene que dar cuenta. De lo contrario, ¿qué clase de vigilancia sería?

—En este caso, la situación es distinta. El cura tiene que darse cuenta de que tú lo sigues. Es más, tienes que ingeniártelas para que se entere de que eres uno de mis hombres. Vamos, que es muy importante que sepa que eres un policía.

—Esto jamás me había ocurrido.

—En cambio, los demás no se tienen que dar cuenta en absoluto de la vigilancia.

—Señor comisario, ¿puedo ser sincero? No entiendo nada de nada.

—No te preocupes. No entiendas nada, pero haz lo que te he dicho.

Fazio puso cara de ofendido.

—Señor comisario, las cosas que hago sin entender siempre me salen mal. Aténgase a las consecuencias.

—Fazio, el padre Crucillà espera que lo sigan.

—Pero, por la Virgen santísima, ¿por qué?

—Porque nos tiene que conducir a un lugar determinado. Pero se ve obligado a hacerlo como si él no se diera cuenta de lo que ocurre. Es puro

teatro, ¿me explico?

—Empiezo a comprender. ¿Y qué hay en ese lugar adonde nos quiere conducir el cura?

—Japichinu Sinagra.

—¡Coño!

—Este exquisito eufemismo tuyo me induce a suponer que finalmente has comprendido la importancia del asunto —dijo el comisario hablando como un libro.

Entre tanto, Fazio había empezado a mirarlo con recelo.

—¿Y usted qué ha hecho para descubrir que el tal padre Crucillà conoce el lugar donde está escondido Japichinu? A Japichinu lo está buscando medio mundo: la Antimafia, la Móvil, la Reagrupación Operativa Especial del Cuerpo de Carabineros, la sección de Busca y Captura, y nadie consigue encontrarlo.

—Yo no he descubierto nada. Me lo ha dicho. O mejor, me lo ha dado a entender.

—¿El padre Crucillà?

—No. Balduccio Sinagra.

Fue como si se hubiera producido un ligero terremoto. Fazio, con el rostro encendido, se levantó y se tambaleó, dando un paso adelante y dos atrás.

—¿Su abuelo? —preguntó, respirando entrecortadamente.

—Cálmate, pareces un personaje de una función de marionetas. Su abuelo, sí, señor. Quiere que el nieto vaya a la cárcel. Pero, a lo mejor, Japichinu no está enteramente convencido. Las relaciones entre el abuelo y el nieto tienen lugar a través del cura, a quien Balduccio ha querido presentarme en su casa. Si no hubiera tenido interés en presentármelo, le habría dicho que se fuera antes de mi llegada.

—Señor comisario, no consigo entenderlo. Pero ¿qué saca con eso? ¡A Japichinu la cadena perpetua no se la quita ni Dios!

—Dios puede que no, pero otro sí.

—¿Cómo?

—Liquidándolo, Fazio. En la cárcel tiene muchas probabilidades de salvar el pellejo. Los muchachos de la nueva mafia están tratando de

hacérselo comprender tanto a los Sinagra como a los Cuffaro. Y por eso la cárcel de máxima seguridad significa seguridad no sólo para los que están fuera sino también para los que están dentro.

Fazio lo pensó un poco, pero ya lo había comprendido.

—¿Tendré que dormir también en Montereale?

—No, no creo. De noche supongo que el cura no sale de casa.

—Y el padre Crucillà, ¿cómo lo hará para darme a entender que me está llevando al lugar donde se esconde Japichinu?

—No te preocupes, ya encontrará la manera. Cuando te haya indicado el lugar, sobre todo no te extralimites, no tomes ninguna iniciativa. Ponte inmediatamente en contacto conmigo.

—Muy bien.

Fazio volvió a levantarse y fue directamente hacia la puerta. A medio camino se detuvo y se volvió a mirar a Montalbano.

—¿Qué hay?

—Señor comisario, lo conozco desde hace demasiado tiempo para no haber comprendido que usted me está contando de la misa la media.

—¿O sea?

—Seguro que don Balduccio también le dijo alguna otra cosa.

—Es cierto.

—¿La puedo saber?

—Por supuesto que sí. Me dijo que no han sido ellos. Y me aseguró que tampoco han sido los Cuffaro. Por consiguiente, los culpables son los nuevos.

—Pero ¿culpables de qué?

—No lo sé. Ahora mismo no sé a qué coño se refería. Pero ya me estoy haciendo una cierta idea.

—¿Me la quiere decir?

—Es demasiado pronto.

Fazio apenas había tenido tiempo de hacer girar la llave en la cerradura cuando fue golpeado violentamente por la puerta, que Catarella había abierto de par en par.

—¡Por poco me rompes la nariz! —dijo Fazio, acercándose una mano al rostro.

—*Dottori, dottori!* —dijo casi sin resuello Catarella—. ¡Siento haber entrado de esta manera, pero está el jefe superior en persona personalmente!

—¿Dónde está?

—Al teléfono, *dottori*.

Catarella huyó como una liebre, Fazio esperó a que se fuera para salir él también.

La voz de Bonetti-Alderighi parecía proceder del interior de un congelador, de lo fría que sonaba.

—¿Montalbano? Una información preliminar, si no le importa. ¿Es suyo un Tipo matrícula AG 334 JB?

—Sí.

Ahora la voz de Bonetti-Alderighi procedía directamente de la banquisa polar. En segundo plano, se oía el aullido de unos osos (pero ¿los osos aullaban?).

—Venga inmediatamente a mi despacho.

—Estaré allí dentro de una horita, justo el tiempo de...

—Pero ¿usted entiende nuestro idioma? He dicho inmediatamente.

—Entre y deje la puerta abierta —le dijo el jefe superior en cuanto lo vio llegar.

Tenía que tratarse de un asunto muy serio, pues poco antes, en el pasillo, Lattes había fingido no verlo. Mientras se acercaba al escritorio, Bonetti-Alderighi se levantó de su sillón y fue a abrir la ventana.

«Me habré convertido en un virus —pensó Montalbano—. Este tiene miedo de que le infecte el aire».

El jefe superior volvió a sentarse sin indicarle por señas que él hiciera lo propio. Como en la época del bachillerato, cuando el señor director lo mandaba llamar a su despacho para echarle un solemne rapapolvo.

—Bien —dijo Bonetti-Alderighi, mirándolo de arriba abajo—. Muy bien. Francamente bien.

Montalbano contuvo la respiración. Antes de decidir cómo comportarse tenía que averiguar los motivos de la furia de su superior.

—Esta mañana —añadió el jefe superior—, en cuanto he puesto los pies en este despacho, me he encontrado con una novedad que no dudo en calificar de desagradable. Mejor dicho, sumamente desagradable. Se trata de un informe que me ha sacado de mis casillas. Y ese informe se refiere a usted.

«¡Silencio!», se ordenó severamente a sí mismo el comisario.

—En el informe se dice que un Tipo con matrícula...

El jefe superior interrumpió sus palabras y se inclinó para echar un vistazo a la hoja que tenía en el escritorio.

—¿AG 334 JB? —le sugirió tímidamente Montalbano.

—Cállese. Aquí hablo yo. Un Tipo matrícula AG 334 JB pasó ayer por la tarde por delante de uno de nuestros puestos de control en dirección a la casa del conocido jefe mafioso Balduccio Sinagra. Hechas las debidas investigaciones, se ha comprobado que el vehículo es de su propiedad y se han considerado obligados a ponerlo en mi conocimiento. Y ahora dígame: ¿es usted tan insensato para no suponer que aquella villa se encuentra sometida a un constante control?

—¡No me diga! Pero ¿cómo es posible? —dijo Montalbano, fingiendo asombrarse. A buen seguro, por detrás de su cabeza asomó la aureola redonda que suelen llevar los santos. Después consiguió que su rostro adoptara una expresión de preocupación y murmuró entre dientes—: ¡Mecachis! ¡Cuánto lo siento!

—¡Tiene motivos más que sobrados para preocuparse, Montalbano! Y yo exijo una explicación. Que sea satisfactoria. De lo contrario, aquí termina su polémica carrera. ¡Hace demasiado tiempo que soporto sus métodos, que a menudo y voluntariamente rozan la ilegalidad!

El comisario inclinó la cabeza en la posición que asume un arrepentido. Al verlo, el jefe superior se armó de valor y su berrinche se intensificó.

—¡Mire, Montalbano, que con alguien como usted no sería descabellado plantear la hipótesis de una colusión! ¡Por desgracia, hay precedentes ilustres que no le voy a recordar porque usted los conoce muy bien! ¡Y, además, estoy hasta las narices de usted y de toda la comisaría de Vigàta! ¡No está muy claro si son ustedes policías o mafiosos! —Por lo visto, el símil le

gustaba, pues ya lo había utilizado con Mimì Augello—. ¡Haré una limpieza total!

Montalbano, como siguiendo un guión, primero se retorció las manos y después se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la cara antes de comenzar a hablar en tono vacilante.

—Tengo un corazón de asno y uno de león, señor jefe superior.

—No lo entiendo.

—Estoy en un aprieto. Porque el caso es que Balduccio Sinagra, tras haber hablado conmigo, me hizo darle mi palabra de honor de que...

—¿De qué?

—De que no comentaría con nadie nuestra reunión.

El jefe superior descargó un manotazo tan fuerte sobre el escritorio que seguramente se hizo polvo la palma de la mano.

—Pero ¿se da usted cuenta de lo que me está diciendo? ¡Que nadie tendría que saberlo! ¿Y, según usted, yo, su superior directo, no soy nadie? Usted tiene la obligación, repito, la obligación...

Montalbano levantó los brazos en gesto de rendición. Después se pasó rápidamente el pañuelo por los ojos.

—Lo sé, lo sé, señor jefe superior —dijo—, pero, si usted supiera cuán despedazado me siento entre mi deber y la palabra empeñada...

Montalbano se felicitó a sí mismo. ¡Qué bonita expresión! «Despedazar» era justo el verbo que hacía falta.

—¡Usted está diciendo un disparate, Montalbano! ¡No se da cuenta de lo que dice! ¡Usted pone al mismo nivel el deber y la palabra dada a un delincuente!

El comisario inclinó repetidamente la cabeza.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Santas palabras las tuyas!

—¡Entonces, déjese de vacilaciones y dígame por qué se reunió con Sinagra! ¡Quiero una explicación total!

Ahora venía la escena clave de toda la representación que había improvisado. Si el jefe superior se tragaba el anzuelo, todo terminaría allí.

—Creo que se quiere arrepentir —murmuró con un hilillo de voz.

—¿Qué? —preguntó el jefe superior, que no había comprendido ni jota.

—Creo que Balduccio Sinagra está medio decidido a arrepentirse.

Como si hubiera sido arrojado por los aires por una explosión ocurrida justo en el lugar donde estaba sentado, Bonetti-Alderighi saltó del sillón y corrió sin resuello a cerrar la ventana y la puerta. Esta última la cerró incluso con llave.

—Vamos a sentarnos aquí —dijo, empujando al comisario hacia un pequeño sofá—. De esta manera, no tendremos que levantar la voz.

Montalbano se sentó y prendió un cigarrillo pese a constarle que el jefe superior se desmayaba y sufría verdaderos ataques de histeria en cuanto veía un hilillo de humo de tabaco. Pero esta vez Bonetti-Alderighi ni se dio cuenta. Con sonrisa ausente y mirada soñadora, se estaba imaginando a sí mismo rodeado de periodistas pendencieros e impacientes, a la luz de los focos, con un racimo de micrófonos apuntando hacia su boca mientras explicaba con brillante elocuencia cómo había conseguido convencer a uno de los más sanguinarios jefes de la mafia de que colaborara con la justicia.

—Dígame todo, Montalbano —suplicó en tono de conspirador.

—¿Qué quiere que le diga, señor jefe superior? Ayer, Sinagra me telefoneó en persona personalmente para decirme que deseaba verme enseguida.

—¡Por lo menos, podía haberme avisado! —lo reprendió el jefe superior mientras sacudía en el aire el dedo índice de la mano derecha para darle a entender que había sido un chico malo.

—No tuve tiempo, puede creerme. Mejor dicho, no, espere...

—¿Sí?

—Ahora recuerdo que lo llamé, pero me contestaron que estaba usted ocupado con una reunión o algo por el estilo...

—Puede ser, puede ser —reconoció el otro—. Pero vayamos al grano; ¿qué le dijo Sinagra?

—Señor jefe superior, a través del informe habrá usted comprendido sin duda que fue un coloquio muy breve.

Bonetti-Alderighi se levantó, echó un vistazo a la hoja que había en el escritorio, regresó y volvió a sentarse.

—Cuarenta y cinco minutos no son pocos.

—En efecto, pero en los cuarenta y cinco minutos está incluido también el viaje de ida y vuelta.



—Muy cierto.

—Mire, más que decírmelo con claridad, Sinagra me lo dio a entender. Mejor dicho, todavía menos: lo encomendó todo a mi intuición.

—Al estilo siciliano, ¿eh?

—Pues sí.

—¿Le importaría concretar un poco más?

—Me dijo que empezaba a sentirse cansado.

—Lo creo. ¡Tiene noventa años!

—Justamente. Me dijo que la detención de su hijo y el paso a la clandestinidad de su nieto habían sido unos golpes muy duros de soportar.

Parecía una frase de una película de serie B, le había salido muy bien. Pero el jefe superior daba la impresión de estar un poco decepcionado.

—¿Eso es todo?

—¡Es muchísimo, señor jefe superior! Piénselo bien: ¿por qué me ha querido contar a mí toda esta situación? Usted sabe que ellos suelen moverse con pies de plomo. Hace falta calma, paciencia y tenacidad.

—Ya, ya.

—Me dijo que pronto volvería a llamarme.

Del momentáneo desánimo, Bonetti-Alderighi pasó otra vez al entusiasmo.

—¿Se lo dijo exactamente así?

—Sí, señor. Pero tendremos que actuar con suma cautela, un paso en falso podría dar al traste con todo; la apuesta es muy fuerte.

Las palabras que estaban brotando de su boca le daban asco. Una simple serie de tópicos, pero era el lenguaje más eficaz en aquel momento. Se preguntó hasta cuándo podría mantener aquella farsa.

—Claro, lo comprendo.

—Piense, señor jefe superior, que yo no he querido informar a ninguno de mis hombres. Siempre se corre el riesgo de la existencia de un topo.

—¡Yo haré lo mismo! —juró el jefe superior, extendiendo una mano hacia delante.

Parecía que estuvieran en Pontida, prestando juramento como los de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja en el siglo XII. El comisario se levantó.

—Si no manda nada más...

—Vaya usted, Montalbano. Y gracias.

Se dieron un fuerte apretón de manos, mirándose a los ojos.

—Pero es que... —dijo el jefe superior con semblante abatido.

—Dígame.

—Está el maldito informe. Me es imposible no tenerlo en cuenta, ¿comprende? Tengo que dar una respuesta.

—Señor jefe superior, si alguien intuye que existe un contacto, por mínimo que este sea, entre nosotros y Sinagra, y corre la voz, se va todo al garete. Estoy convencido.

—Ya, ya.

—Por eso cuando antes me dijo usted que habían interceptado mi automóvil, experimenté una cierta contrariedad.

¡Pero qué bien le estaba saliendo hablar de esta manera! ¿Y si hubiera encontrado su verdadera manera de expresarse?

—¿Fotografiaron el vehículo? —preguntó tras la apropiada pausa.

—No. Se limitaron a anotar el número de la matrícula.

—Pues entonces, puede que haya una solución. Pero no me atrevo a proponérsela, pues sería una ofensa a su adamantina honradez de hombre y de servidor del Estado.

Como si estuviera a las puertas de la muerte, Bonetti-Alderighi exhaló un prolongado suspiro.

—Dígamela de todos modos.

—Bastará con decirles que se equivocaron al tomar el número de la matrícula.

—Pero ¿cómo puedo yo saber que se equivocaron?

—Porque usted, precisamente en el transcurso de la media hora durante la cual ellos sostienen que yo me dirigía a casa de Sinagra, estaba manteniendo una larga conversación telefónica conmigo. Nadie se atreverá a contradecirlo. ¿Qué le parece?

—¡No sé! —dijo el jefe superior no muy convencido—. ¡Ya veremos!

Montalbano se fue en la certeza de que Bonetti-Alderighi, a pesar de sus escrúpulos, haría lo que él le había insinuado.

Antes de abandonar Montelusa, llamó a la comisaría.

—¿Diga? ¿Diga? ¿Quién llama?

—Catarè, soy Montalbano. Pásame al subcomisario Augello.

—No se lo puedo pasar porque no está. Pero antes sí estaba. Lo esperó y, como usted no vino, se fue.

—¿Sabes por qué se fue?

—Sí, señor. A causa del motivo de un incendio.

—¿Un incendio?

—Sí, señor. Un incendio intencionado, lo dijo el bombero. Y el subcomisario se fue con los compañeros Gallo y Galluzzo, pues Fazio no estaba.

—¿Y qué querían de nosotros los bomberos?

—Dijeron que estaban apagando ese incendio intencionado. Después el subcomisario Augello se puso al teléfono y habló con ellos.

—¿Tú sabes dónde se ha declarado el incendio?

—El incendio se declaró en el barrio de Guisante.

Montalbano jamás había oído nombrar aquel barrio. Puesto que el cuartelillo de los bomberos se encontraba a dos pasos, fue corriendo hacia allí y se identificó. Le dijeron que el incendio, seguramente provocado, se había declarado en el barrio de Fava.

—¿Por qué nos han llamado?

—Porque en el interior de una vivienda rural derruida nuestros hombres han encontrado dos cadáveres. Al parecer, se trata de dos ancianos, un hombre y una mujer.

—¿Han muerto en el incendio?

—No, señor comisario. Las llamas ya habían rodeado las ruinas de la casa, pero nuestros hombres intervinieron a tiempo.

—Entonces ¿cómo han muerto?

—Señor comisario, al parecer los han matado.

## Nueve

Tras haber abandonado la carretera nacional, tuvo que tomar un camino estrecho y empinado tan lleno de pedruscos y baches que el coche se quejaba del esfuerzo como si fuera un niño. En determinado momento, no pudo seguir, pues lo impedían los vehículos de los bomberos y otros automóviles que habían aparcado incluso en el terreno circundante.

—¿Usted quién es? ¿Adónde quiere ir? —preguntó un cabo con muy malos modos en cuanto lo vio descender del coche y hacer ademán de seguir a pie.

—Soy el comisario Montalbano. Me han dicho que...

—Bueno, bueno —dijo el cabo en tono expeditivo—. Vaya, sus hombres ya están en el lugar de los hechos.

Hacía calor. Se quitó la corbata y la chaqueta que se había tenido que poner para ir a ver al jefe superior. Sin embargo, a pesar del aligeramiento, a los pocos pasos ya sudaba como un cerdo. Pero ¿dónde estaba el incendio?

La respuesta la tuvo nada más doblar una curva. El paisaje cambió de golpe. No se veían ni árboles, ni hierba, ni matorros, ni una planta de la clase que fuera, sólo una extensión informe y uniforme de color marrón muy oscuro, todo quemado; el aire era tan espeso como en los días en que soplaba un fuerte siroco, pero olía a quemado, y aquí y allá se levantaba de vez en cuando un hilillo de humo. La vivienda rústica se encontraba todavía a unos cien metros, ennegrecida por el fuego, hacia la mitad de la ladera de una pequeña colina en cuya cumbre aún se veían llamas y siluetas de hombres que corrían.

Uno que bajaba por el camino le cerró el paso con la mano alzada.

—Hola, Montalbano.

Era un compañero suyo, comisario en Comisini.

—Hola, Miccichè. ¿Qué haces tú por aquí?

—La verdad es que la pregunta te la tendría que hacer yo a ti.

—¿Por qué?

—Porque este territorio pertenece a mi jurisdicción. Como los bomberos no sabían si el barrio de Fava pertenecía a Vigàta o a Comisini, para no equivocarse, han avisado a las dos comisarías. De los muertos me hubiera tenido que encargar yo.

—¿Te hubieras tenido?

—Pues sí. Con Augello hemos llamado al jefe superior. Yo había propuesto que nos repartiéramos los muertos, uno por barba. —Soltó una carcajada. Esperaba otra carcajada de respuesta por parte de Montalbano, pero este pareció no haberlo oído tan siquiera—. Pero el jefe superior ha ordenado que te encargues tú de los dos, pues ya os estabais ocupando del caso. Te saludo y que te vaya bien.

Se alejó silbando, visiblemente contento de haberse quitado de encima aquel incordio. Montalbano reanudó la marcha bajo un cielo cada vez más gris. Se puso a toser, y notó que le costaba un poco respirar. No supo explicarse por qué razón, pero empezó a sentirse inquieto y nervioso. Se había levantado un poco de viento y la ceniza permanecía en suspenso en el aire antes de posarse impalpable en el suelo. Más que nervioso, comprendió que estaba ilógicamente asustado. Apuró el paso, pero su entrecortada respiración le introducía en los pulmones un aire pesado y como contaminado. No consiguió seguir adelante solo; se detuvo y llamó:

—¡Augello! ¡Mimì!

De la casa ennegrecida y semirruinosa salió Augello y corrió a su encuentro agitando en la mano un trozo de tela de color blanco. Cuando llegó, se la ofreció: era una mascarilla antihumo.

—Nos las han dado los bomberos, mejor eso que nada.

Los cabellos de Mimì y también sus cejas se habían vuelto grises, y este parecía haber envejecido veinte años. Era el efecto de la ceniza.

Cuando, apoyado en el brazo de su subcomisario, estaba a punto de entrar en la casa, percibió, a pesar de la mascarilla, un fuerte olor a carne quemada. Retrocedió y Mimì lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Son ellos? —preguntó.

—No —lo tranquilizó Augello—. Detrás de la casa había un perro atado con una cadena. No hay manera de saber a quién pertenecía. Se ha quemado vivo. Una muerte horrenda.

«¿Por qué, acaso la de los Griffio lo ha sido menos?», se preguntó Montalbano en cuanto vio los dos cuerpos.

El suelo, que antes fue de tierra batida, se había convertido en una especie de pantano debido al agua que habían arrojado los bomberos, hasta el extremo de que poco faltaba para que los cuerpos flotaran.

Estaban boca abajo, los habían matado de un solo disparo en la nuca tras haberles ordenado que se arrodillaran en una especie de pequeño cuarto sin ventana, antaño tal vez una despensa, pero que después, con la ruina de la casa, se había transformado en un cagadero que despedía un pestazo inaguantable. Un lugar bastante protegido de la vista de cualquiera que se hubiera asomado casualmente a la única estancia de gran tamaño que había constituido toda la casa.

—¿Se puede llegar hasta aquí en coche?

—No. Te puedes acercar hasta un punto determinado y después tienes que recorrer unos treinta metros a pie.

El comisario se imaginó a los dos viejecitos caminando en medio de la oscuridad de la noche delante de alguien que los apuntaba con un arma de fuego. Debían de haber tropezado con las piedras, habrían caído y se habrían lastimado sin duda, pero se habrían tenido que levantar, quizá con la ayuda de algún puntapié del verdugo. Y con toda certeza no se habrían rebelado, no habrían gritado ni suplicado, habrían permanecido mudos y paralizados por la conciencia de la muerte inminente. Los treinta metros habrían sido una agonía interminable, un auténtico vía crucis.

¿Acaso aquella despiadada ejecución era la línea que no se podía traspasar, de la cual le había hablado Balduccio Sinagra? ¿El cruel asesinato a sangre fría de dos viejecitos temblorosos e indefensos? No, hombre, no, el límite no podía ser este, no era de este doble asesinato de lo que Balduccio se quería desligar. Ellos habían hecho cosas mucho peores: habían amordazado, atado de pies y manos y torturado a viejos y jóvenes, incluso habían estrangulado y después disuelto en ácido a un chiquillo de diez años, culpable tan sólo de haber nacido en el seno de una determinada familia. Por

consiguiente, lo que él estaba viendo ahora no rebasaba la línea. El horror, momentáneamente invisible, estaba por tanto un poco más allá. Experimentó una ligera sensación de vértigo y se apoyó en el brazo de Mimì.

—¿Te ocurre algo, Salvo?

—Es que esta mascarilla me produce un poco de asfixia.

No, la opresión en el pecho, la falta de aire, el regusto de tristeza infinita; la asfixia, en resumen, no se la estaba produciendo la mascarilla. Se inclinó para examinar mejor los cadáveres. Y fue entonces cuando pudo observar una cosa que acabó de trastornarlo.

Bajo el lodo se distinguía el relieve del brazo derecho de la mujer y del izquierdo del hombre. Ambos brazos estaban extendidos y se rozaban. Se inclinó un poco más para verlo mejor, sin soltar el brazo de Mimì. Y vio las manos de los dos muertos: los dedos de la mano derecha de la mujer estaban enlazados con los de la mano izquierda del hombre. Habían muerto cogidos de la mano. En medio de la noche y del terror, teniendo delante la oscuridad absoluta de la muerte, se habían buscado, se habían encontrado, se habían dado mutuamente consuelo como sin duda habrían hecho tantas otras veces a lo largo de su vida. El dolor y la compasión lo asaltaron repentinamente con dos golpes en el pecho. Se tambaleó, y Mimì se apresuró a sostenerlo.

—Salgamos fuera, tú no me estás diciendo la verdad.

Dio media vuelta y salió. Miró a su alrededor. No recordaba quién, seguramente algún representante de la Iglesia, había afirmado que el infierno existía, pero que no se sabía dónde estaba. ¿Por qué no probaba a pasar por allí? A lo mejor, se le habría ocurrido la idea de una posible ubicación.

Mimì le dio alcance y lo miró fijamente.

—Salvo, ¿cómo estás?

—Bien, bien. ¿Dónde están Gallo y Galluzzo?

—Los he mandado a echar una mano a los bomberos. Total, ¿qué hacían aquí? Y tú también, ¿por qué no te vas? Me quedo yo.

—¿Has avisado al juez suplente y a la Policía Científica?

—A todos. Más tarde o más temprano vendrán. Vete.

Montalbano no se movió. Permanecía de pie, mirando al suelo.

—Soy culpable —dijo.

—¿Qué? —preguntó Augello, estupefacto—. ¿Culpable?

—Sí. Esta historia de los dos viejecitos me la he tomado a la ligera desde el principio.

—Salvo —dijo Augello—, pero ¿no acabas de verlos? A estos pobrecillos los asesinaron la misma noche del domingo, a la vuelta de la excursión. ¿Qué podíamos hacer nosotros? ¡Ni siquiera conocíamos su existencia!

—Me refiero a después, después de que el hijo nos fuera a decir que habían desaparecido.

—¡Pero si hemos hecho todo lo que se podía hacer!

—Es cierto. Pero yo, por mi parte, lo he hecho sin convicción. Mimì, yo aquí no aguanto más. Me voy a Marinella. Nos vemos en la comisaría sobre las cinco.

—Muy bien —dijo Mimì.

Se quedó mirando al comisario, preocupado, hasta que lo vio desaparecer detrás de una curva.

En Marinella ni siquiera abrió el frigorífico para ver qué había dentro; no podía comer, se notaba un nudo en el estómago. Se dirigió al cuarto de baño y se miró al espejo: la ceniza, aparte de haberle teñido de gris el cabello y el bigote, le había acentuado las arrugas y le había conferido una palidez enfermiza. Se limitó a lavarse la cara; se desnudó, dejó caer al suelo el traje y la ropa interior, se puso el calzón de baño y corrió a la orilla del mar. Se arrodilló en la arena, excavó un hoyo con las manos y sólo se detuvo cuando vio que aparecía rápidamente agua en el fondo. Cogió un puñado de algas todavía verdes y lo arrojó al hoyo. Después se tendió boca abajo e introdujo la cabeza dentro. Respiró hondo una, dos, tres veces y, cada vez que inspiraba, el olor de la salobridad y de las algas le limpiaba los pulmones de la ceniza que había penetrado en su interior. Después, se levantó y entró en el agua. Se alejó de la orilla con pocas y poderosas brazadas. Se llenó la boca de agua de mar y se enjuagó un buen rato el paladar y la garganta. Después se pasó media hora haciendo el muerto sin pensar en nada.

Flotaba como una rama, como una hoja.



Al regresar a la comisaría, llamó al doctor Pasquano, el cual le contestó como de costumbre.

—¡Ya me esperaba este latazo de la llamada! ¡Es más, me estaba preguntando si le habría ocurrido algo, pues aún no había aparecido! ¿Qué quiere saber? En los dos muertos trabajaré mañana.

—Doctor, es suficiente con que, de momento, me conteste con un sí o con un no. A primera vista, ¿los mataron en la noche entre el domingo y el lunes?

—Sí.

—¿Un disparo en la nuca, tipo ejecución?

—Sí.

—¿Los torturaron antes de disparar?

—No.

—Gracias, doctor. ¿Ha visto cuánto aliento le he hecho ahorrar? Así lo conservará todo cuando esté a punto de morir.

—¡Cuánto me gustaría practicarle la autopsia! —replicó Pasquano.

Esta vez, Mimì Augello cumplió su palabra, pues se presentó a las cinco en punto. Pero tenía la cara ensombrecida, como si estuviera preocupado por algo.

—¿Has tenido tiempo de descansar, Mimì?

—¡Qué va! Hemos tenido que esperar a Tommaseo, que ha ido a parar con el coche a una zanja.

—¿Has comido?

—Beba me ha preparado un bocadillo.

—¿Quién es Beba?

—Me la presentaste tú. Beatrice.

¡Ya la llamaba Beba! O sea que la cosa marchaba por buen camino. Entonces ¿por qué razón tenía Mimì aquella cara de funeral? No tuvo tiempo de ahondar en el tema porque Augello le dirigió una pregunta que no esperaba.

—¿Sigues en contacto con aquella sueca... cómo se llama... Ingrid?

—Hace tiempo que no la veo. Pero me llamó por teléfono hace una semana. ¿Por qué?

—¿Nos podemos fiar de ella?

Montalbano no soportaba que a una pregunta se contestara con otra pregunta. Él también lo hacía algunas veces, pero siempre con una finalidad concreta. Siguió el juego.

—¿Tú qué dices?

—¿Acaso tú no la conoces mejor que yo?

—¿Para qué la quieres?

—¿No me tomarás por loco si te lo digo?

—¿Crees que podría ocurrir?

—¿Aunque sea una cosa muy gorda?

El comisario se hartó del juego; Mimì ni siquiera se había dado cuenta de que estaba manteniendo un diálogo absurdo.

—Mira, Mimì, respondo de la discreción de Ingrid. En cuanto a eso de tomarte por loco, lo he hecho ya tantas veces, que una más una menos no importa.

—Esta noche no me ha dejado pegar ojo.

¡Iba a por todas la tal Beba!

—¿Quién?

—Una carta, una de las que escribió Nenè Sanfilippo a su amante. ¡Tú no sabes, Salvo, cómo las he estudiado! Casi las sé de memoria.

«¡Pero qué cabrón eres, Salvo! —se reprendió a sí mismo Montalbano—. No haces más que pensar mal de Mimì y, en cambio, el pobrecillo trabaja incluso de noche».

Tras haberse echado el debido rapapolvo, el comisario superó ágilmente aquel breve momento de autocrítica.

—Bueno, bueno. Pero ¿qué decía la carta?

Mimì esperó un momento antes de contestar.

—Bien, en un primer momento, él se enfada mucho porque ella se ha depilado.

—¿Y por qué se tenía que enfadar? Todas las mujeres se depilan las axilas.

—No se refería a las axilas.

—Ah —dijo Montalbano.

—Depilación total, ¿comprendes?

—Sí.

—Después, en las cartas siguientes, él le va cogiendo gusto a la novedad.

—Pero bueno, ¿qué importancia tiene todo eso?

—¡Es importante! Porque yo, perdiendo el sueño y también la vista, creo haber descubierto quién era la amante de Nenè Sanfilippo. Ciertas descripciones que él hace de su cuerpo, unos mínimos detalles, son mejores que una fotografía. Como tú ya sabes, a mí me gusta mirar a las mujeres.

—No sólo mirarlas.

—De acuerdo. Y he llegado al convencimiento de que puedo identificar a esa señora. Porque estoy seguro de haberla visto. Basta muy poco para identificarla con toda seguridad.

—¡Muy poco! Pero, Mimì, ¿cómo se te ocurre? Tú quieres que yo vaya a esa señora y le diga: «Soy el comisario Montalbano. Señora, por favor, bájese un momento las bragas». ¡Esa como mínimo me manda al manicomio!

—Por eso he pensado en Ingrid. Si la mujer es la que yo creo, la he visto algunas veces en Montelusa en compañía de la sueca. Deben de ser amigas.

Montalbano hizo una mueca.

—¿No te convence? —preguntó Mimì.

—Me convence. Pero toda esta cuestión plantea un gran problema.

—¿Por qué?

—Porque yo no veo a Ingrid capaz de traicionar a una amiga.

—¿Traicionar? ¿Quién ha hablado de traición? Se puede buscar alguna manera, colocarla en una situación en que se le escape alguna palabra...

—¿Como qué, por ejemplo?

—Pues, qué sé yo, tú invitas a Ingrid a cenar, después te la llevas a casa, le haces beber un poco de aquel vino tinto nuestro que las vuelve locas y...

—¿... me pongo a hablarle de vello? ¡A esa le da un ataque si empiezo a hablar de ciertas cosas con ella! ¡De mí no se lo espera!

A Mimì se le aflojó la boca de puro asombro.

—¿Que no se lo espera? Pero dime una cosa, ¿tú e Ingrid...? ¿Nunca?

—¿Qué estás insinuando? —replicó, irritado, Montalbano—. ¡Yo no soy como tú, Mimì!

Augello lo miró un instante y después juntó las manos en actitud de oración y elevó los ojos al cielo.

—¿Qué haces?

—Mañana envió una carta a Su Santidad —contestó, compungido, Mimì.

—¿Qué le quieres decir?

—Que te canonicen en vida.

—No me gustan tus tonterías —dijo bruscamente el comisario.

Mimì volvió a ponerse repentinamente muy serio. A veces, con su jefe, en ciertas cuestiones tenía que ir con pies de plomo.

—De todos modos, con respecto a Ingrid, dame un poco de tiempo para pensarlo.

—De acuerdo, pero no te tomes demasiado, Salvo. Tú sabes que una cosa es un asesinato por motivos de cuernos y otra es...

—Comprendo muy bien la diferencia, Mimì. Y no eres tú quien me la tiene que enseñar. En comparación conmigo, tú todavía estás en mantillas.

Augello encajó el comentario sin contestar. Antes se había equivocado de tecla, hablando de Ingrid. Convenía hacerle pasar el mal humor.

—Hay otra cosa de la que te quería hablar, Salvo. Ayer, después de comer, Beba me invitó a su casa.

A Montalbano se le pasó el mal humor de golpe. Contuvo la respiración. ¿Acaso entre Mimì y Beatrice ya había ocurrido lo que podía ocurrir, en un abrir y cerrar de ojos? En caso de que Beatrice se hubiera ido inmediatamente a la cama con Mimì, lo más probable era que todo terminara en agua de borrajas. Y entonces Mimì regresaría inevitablemente a su Rebeca.

—No, Salvo, no hemos hecho lo que estás pensando —dijo Augello, como si tuviera el poder de leerle el pensamiento—. Beba es una buena chica. Muy seria.

¿Qué decía Shakespeare? Ah, sí: «Tus palabras son mi alimento». Por consiguiente, si Mimì hablaba de aquella manera, aún había esperanza.

—En determinado momento, ella fue a cambiarse de ropa. Yo me quedé solo y cogí una revista que había en la mesita. La abrí y cayó una fotografía que había entre las páginas. Mostraba el interior de un autocar con los pasajeros acomodados en sus asientos. En posición de guardia, y de espaldas, estaba Beba con una sartén en la mano.

—Cuando regresó, ¿le preguntaste en qué ocasión...?

—No. Me pareció, ¿cómo diría?, indiscreto. Volví a dejar la fotografía en su sitio, y ya está.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Se me ha ocurrido una idea. Si, en el transcurso de estos viajes, se hacen fotografías de recuerdo, es posible que haya alguna por ahí correspondiente a la excursión a Tindari, esa en la que participaron los Griffo. Si existen esas fotografías, puede que se consiguiera averiguar algo, aunque, en realidad, no sé qué podría ser.

No se podía negar que Augello había tenido una salida ingeniosa. Y no cabía duda de que esperaba una palabra de alabanza. Que no recibió. Fría y desvergonzadamente, el comisario no le quiso dar esa satisfacción. Muy al contrario.

—Mimì, ¿has leído la novela?

—¿Qué novela?

—Si no me equivoco, junto con las cartas, te entregué una especie de novela que Sanfilippo...

—No, aún no la he leído.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Si me estoy quemando las pestañas con aquellas cartas! Antes de leer la novela, quiero saber si he acertado en la identificación de la amante de Sanfilippo.

Mimì se levantó.

—¿Adónde vas?

—Tengo un compromiso.

—Mimì, esto no es un hotel en el que...

—Le prometí a Beba que la llevaría a...

—Bueno, bueno. Por esta vez, puedes ir —dijo Montalbano, concediéndole magnánimamente permiso.

—¿Oiga? ¿La empresa Malaspina? Soy el comisario Montalbano. ¿Está el conductor Tortorici?

—Acaba de regresar ahora mismo. Está aquí, a mi lado. Se lo paso.

—Buenas tardes, señor comisario —dijo Tortorici.

—Perdone que lo moleste, pero necesito una información.

—A sus órdenes.

—¿Podría decirme si, durante las excursiones, se toman fotografías?

—Bueno, sí... pero...

Parecía perplejo y hablaba con un leve tartamudeo.

—¿Se hacen fotografías sí o no?

—Per... perdone, señor comisario. ¿Lo puedo llamar yo dentro de cinco minutos como máximo?

Llamó cuando aún no habían transcurrido ni cinco minutos.

—Comisario, le pido nuevamente perdón, pero no podía hablar delante del jefe.

—¿Por qué?

—Verá usted, señor comisario, la paga es muy baja.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues sí que tiene que ver... yo la redondeo, señor comisario.

—Explíquese mejor, Tortorici.

—Casi todos los pasajeros llevan su cámara fotográfica. En el momento de salir, yo les digo que en el autocar está prohibido hacer fotografías. Que podrán hacer las que quieran cuando lleguen a destino. El permiso de hacer fotografías durante el viaje está reservado exclusivamente a mí. Todos tragan y nadie protesta.

—Perdone, pero, si usted está ocupado conduciendo, ¿quién se encarga de hacer las fotografías?

—Le pido al vendedor o a alguno de los pasajeros que las tomen. Después las hago revelar y las vendo a los que quieren conservar un recuerdo.

—¿Y por qué no quería que el contable lo oyera?

—Porque no le he pedido permiso para hacer fotografías.

—Bastaría con pedírselo y todo arreglado.

—Ya, y entonces ese con una mano me daría el permiso y con la otra me exigiría un tanto por ciento. Gano una miseria, señor comisario.

—¿Usted guarda los negativos?

—Claro.

—¿Me puede facilitar los de la última excursión a Tindari?

—¡Esas ya las tengo todas reveladas! Tras la desaparición de los Griffo, no tuve valor para venderlas. Pero ahora que ya se sabe que los han matado, estoy seguro de que las venderé todas, incluso al doble de su precio habitual.

—Mire, vamos a hacer una cosa. Yo le compro las fotografías reveladas y le dejo los negativos. Y usted los podrá vender como quiera.

—¿Cuándo las quiere?

—Cuanto antes.

—Ahora tengo que ir forzosamente a hacer un recado a Montelusa. ¿Le parece bien que se las lleve a la comisaría esta noche sobre las nueve?

¿Había cometido una incorrección? Una más no importaría. Tras la muerte de su suegro, Ingrid y su marido habían cambiado de casa. Buscó el número y lo marcó. Era la hora de cenar, y la sueca, cuando podía, prefería comer en familia.

—Tú habla «ki» yo escucha —contestó una voz femenina al teléfono.

Ingrid había cambiado de casa, pero no había cambiado de costumbre con respecto a las sirvientas: se las buscaba de la Tierra del Fuego, del Kilimanjaro o del Círculo Polar Ártico.

—Soy Montalbano.

—¿«Cómo» tú decir?

Debía de ser una aborígen australiana. Un coloquio entre ella y Catarella hubiera sido memorable.

—Montalbano. ¿Está la señora Ingrid?

—Ella «ki» está «komiendo».

—¿Le quieres avisar?

Transcurrieron varios minutos. De no haber oído unas voces de fondo, el comisario habría pensado que se había cortado la comunicación.

—¿Con quién hablo? —preguntó finalmente Ingrid, en tono circunspecto.

—Soy Montalbano.

—¡Eres tú, Salvo! La chica me ha dicho que había un hortelano al teléfono. ¡Cuánto me alegra oírte!

—Ingrid, lo siento muchísimo, pero necesito tu ayuda.

—¡Tú te acuerdas de mí sólo cuando te puedo ser útil!

—¡Vamos, Ingrid! Se trata de una cosa muy seria.

—De acuerdo, ¿qué quieres?

—¿Mañana por la noche podríamos cenar juntos?

—Claro que sí. Lo dejo todo. ¿Dónde nos vemos?

—En el bar de Marinella, como siempre. A las ocho, si para ti no es demasiado temprano.

Colgó el teléfono, contento y turbado a la vez. Mimì lo había colocado en una situación muy desagradable: ¿qué expresión debería adoptar y qué palabras podría utilizar para hacer preguntas a Ingrid acerca de una amiga suya que se depilaba? Ya se estaba viendo colorado como un tomate y bañado en sudor, balbuciendo preguntas incomprensibles a una sueca cada vez más muerta de risa... De repente, se quedó petrificado. Puede que hubiera una salida. Si Nenè Sanfilippo había introducido en el ordenador su epistolario erótico, ¿no cabía la posibilidad de que...?

Cogió las llaves del apartamento de Via Cavour y salió corriendo.



## Diez

Con la misma rapidez con que él estaba saliendo de la comisaría, Fazio estaba entrando en ella. Y se produjo un inevitable choque frontal digno de las mejores películas cómicas: puesto que ambos tenían la misma estatura y mantenían la cabeza inclinada, corrieron el peligro de cornearse como ciervos en berrea.

—¿Adónde va? Tengo que hablar con usted —dijo Fazio.

—Pues hablemos —contestó Montalbano.

Regresaron al despacho de Montalbano; Fazio cerró con llave la puerta y se sentó con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Listo, señor comisario.

—¿Cómo que listo? —preguntó, asombrado, Montalbano—. ¿A la primera?

—Sí, señor, a la primera. El padre Crucillà es un cura muy astuto. Es capaz, mientras dice la Santa Misa, de controlar con un espejo retrovisor lo que hacen los feligreses en la iglesia. En resumen, nada más llegar a Montereale, entré en la iglesia y me senté en un banco de la última fila. No había ni un alma. Poco después, el padre Crucillà salió de la sacristía con los ornamentos, seguido de un monaguillo. Creo que debía de llevar los Santos Óleos a algún moribundo. Me miró al pasar, para él yo era un rostro desconocido, y yo también lo miré a él. Permanecí clavado en el banco dos horas escasas, hasta que volvió. Nos volvimos a mirar. Estuvo unos diez minutos en la sacristía y salió otra vez, siempre en compañía del monaguillo. Al llegar a mi altura, me saludó con los cinco dedos de la mano bien abiertos. Según usted, ¿qué me quiso decir?

—Que quería que regresaras a la iglesia a las cinco.

—Lo mismo pensé yo. ¿Ve usted qué astuto es? Si yo hubiera sido un simple feligrés, aquel saludo habría sido un simple saludo, y si era, por el contrario, la persona enviada por usted, el saludo ya no era un saludo sino una cita para las cinco.

—¿Qué hiciste?

—Me fui a comer.

—¿En Montereale?

—No, señor comisario, no soy tan tonto como usted cree. En Montereale sólo hay dos *trattorie* y conozco a un montón de gente. No quería que me vieran en el pueblo. Como tenía tiempo, me fui por la parte de Bibera.

—¿Tan lejos?

—Sí, señor, pero valía la pena. Me habían dicho que hay un sitio donde se come como Dios.

—¿Cómo se llama? —preguntó de inmediato Montalbano con sincero interés.

—Se llama Casa Peppuccio. Pero guisan que da asco. A lo mejor, no era un día adecuado; a lo mejor, el propietario, que es también el cocinero, no estaba de humor. Si va por allí alguna vez, acuérdesse de no acercarse a este Peppuccio. En resumen, a las cinco menos diez ya estaba otra vez en la iglesia. Esta vez había algunas personas, dos varones y siete u ocho mujeres. Todos ancianos. A las cinco en punto, el padre Crucillà salió de la sacristía y miró a los feligreses. Tuve la sensación de que me estaba buscando con los ojos. Después entró en el confesionario y corrió la cortinilla. Se acercó enseguida una mujer que estuvo como mínimo un cuarto de hora. Pero ¿de qué tendría que confesarse?

—Seguramente, de nada —dijo Montalbano—. Van a confesarse para hablar con alguien. Ya sabes cómo son los viejos, ¿no?

—Entonces yo me levanté, y me senté en otro banco más próximo al confesionario. Después de la vieja, se acercó otra. Esta tardó unos veinte minutos. Cuando terminó, me tocó a mí. Me arrodillé, me santigué y dije: «Don Crucillà, soy la persona enviada por el comisario Montalbano». Tardó un poco en contestar y después me preguntó cómo me llamaba. Le di mi nombre, y entonces él me dijo: «Hoy aquello no se puede hacer. Mañana por la mañana, antes de la primera misa, te vuelves a confesar». «Perdone, pero

¿a qué hora es la primera misa?», pregunté yo. «A las seis; tú tienes que venir a las seis menos cuarto. Tienes que decirle al comisario que esté preparado porque aquello lo haremos seguramente mañana cuando oscurezca», contestó. Después añadió: «Ahora te levantas, te santiguas, vuelves a sentarte en el mismo sitio de antes, rezas cinco avemarías y tres padrenuestros, vuelves a santiguarte y te vas».

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Recé las cinco avemarías y los tres padrenuestros.

—¿Y si conseguiste acabar tan pronto, por qué no volviste antes?

—Se me estropeó el coche y se hizo tarde. ¿Cómo quedamos?

—Hagamos lo que dice el cura. Tú, mañana a las seis menos cuarto, vas a ver qué te dice y vienes a contármelo. Si ha dicho que la cosa se puede hacer cuando oscurezca, significa que será entre las seis y media y las siete. Actuaremos según lo que él te diga. Iremos cuatro en un solo coche, así no habrá jaleo. Yo, Mimì, tú y Gallo. Nos llamamos mañana, ahora tengo cosas que hacer.

Fazio se retiró y Montalbano marcó el número de Ingrid.

—Tú habla «ki» yo escucha —dijo la voz de la sirvienta.

—Habla el de antes. Soy hortelano.

Dio resultado. Ingrid se puso al teléfono medio minuto después.

—¿Qué ocurre, Salvo?

—Ha habido una contraorden, lo siento en el alma. Mañana por la noche no nos podremos ver.

—Entonces ¿cuándo?

—Pasado mañana.

—Un beso.

Así era Ingrid, y por eso Montalbano la apreciaba y la quería: nunca pedía explicaciones, pero ella tampoco las daba. Se limitaba a tomar nota de la situación. Jamás había visto a una mujer tan femenina como Ingrid que fuera al mismo tiempo tan poco femenina.

«Por lo menos, según la idea que nosotros los hombres tenemos de las mujeres», pensó Montalbano, dando por terminada su reflexión.

Al llegar a la altura de la *trattoria* San Calogero, el comisario, que caminaba apurando el paso, se detuvo en seco como hacen los burros cuando, por misteriosas razones, deciden pararse y no moverse por muchos azotes o puntapiés que les den en la tripa. Consultó el reloj. Eran sólo las ocho. Demasiado pronto para cenar. Pero el trabajo que lo esperaba en Via Cavour sería muy largo y seguramente le llevaría toda la noche. Podía empezar e interrumpir su tarea sobre las diez... Pero ¿y si le entraba apetito antes?

—¿Qué hace, señor comisario, se decide o no se decide?

Era Calogero, el dueño de la *trattoria*, mirándolo desde la entrada. No esperaba otra cosa.

El local estaba completamente vacío; cenar a las ocho de la tarde es cosa de milaneses; los sicilianos empiezan a tomar en consideración la idea de cenar pasadas las nueve.

—¿Qué tenemos de bueno?

—Fíjese en eso —contestó con orgullo Calogero, señalándole el mostrador refrigerado.

La muerte se les nota a los peces en los ojos, se los empaña. Aquellos, en cambio, aún los tenían vivos y brillantes como si todavía estuvieran nadando.

—Hazme cuatro lubinas.

—¿No quiere nada de primero?

—No. ¿Qué tienes de aperitivo?

—Unos pulpitos que se deshacen en la boca. No tendrá que usar los dientes.

Era verdad. Los pulpitos eran tan tiernos que se le disolvieron en la boca. Con las lubinas, tras haberlas aliñado con unas cuantas gotas del «condimento del carretero», es decir, aceite aromatizado con ajo y guindilla, se lo tomó con calma.

El comisario tenía dos maneras de comer el pescado. La primera, que adoptaba de mala gana y sólo cuando tenía poco tiempo, consistía en quitarle las espinas, recoger en el plato sólo las partes comestibles y empezar a comérselas. La segunda, que le producía mucha más satisfacción, consistía en quitar las espinas a cada bocado ya aliñado en el momento de comérselo. Cierto que tardaba más, pero aquel tiempo de más servía de rodaje: durante la limpieza del bocado aliñado, el cerebro hacía entrar en acción los sentidos del

gusto y del olfato de tal forma que uno tenía la sensación de comerse el pescado dos veces.

Cuando se levantó de la mesa, ya eran las nueve y media. Decidió dar un paseo por el puerto. La verdad era que no le apetecía ver lo que esperaba ver en Via Cavour. En el barco de la línea regular de Sampedusa estaban subiendo unos cuantos camiones de gran tonelaje. Pasajeros, muy pocos, y turistas, ninguno; aún no era la temporada. Dio un paseo de una hora y después se decidió.

\* \* \*

Nada más entrar en el apartamento de Nenè Sanfilippo, se cercioró de que las ventanas estuvieran bien cerradas y no dejaran filtrar la luz, y después se dirigió a la cocina. Entre otras cosas, Sanfilippo tenía allí todo lo necesario para la preparación del café, y Montalbano utilizó la cafetera más grande que encontró, de cuatro tazas. Mientras subía el café, echó un vistazo al apartamento. Al lado del ordenador que había utilizado Catarella, había un estante lleno de disquetes, CD-ROM, discos compactos y videocasetes. Catarella había colocado en orden los disquetes del ordenador y entre ellos había introducido una hoja, en la cual figuraba escrita en letras de imprenta la siguiente indicación: «Disquetes guarros». O sea, material porno. Montalbano contó los videocasetes, eran treinta. Quince de ellos habían sido adquiridos en algún sex-shop y tenían etiquetas de vivos colores y títulos inconfundibles; cinco habían sido grabados por el propio Nenè y titulados con varios nombres de mujer: Laura, Renée, Paola, Giulia, Samantha. Los diez restantes eran cintas originales de películas, todas rigurosamente americanas, con unos títulos que permitían adivinar sexo y violencia. Cogió los videocasetes con nombres de mujer y se los llevó al dormitorio, donde Nenè Sanfilippo tenía un televisor gigante. El café ya estaba hecho. Se bebió una taza y volvió al dormitorio; se quitó la chaqueta y los zapatos, introdujo en el vídeo la primera cinta que le vino a la mano, *Samantha*, se tumbó en la cama con dos almohadas detrás de la espalda y puso en marcha el aparato mientras encendía un cigarrillo.

La escenografía consistía en una cama de matrimonio, la misma en la cual estaba tumbado el comisario. La toma estaba hecha con encuadre fijo: la cámara aún estaba colocada sobre la cómoda de siete cajones, lista para otra grabación erótica que ya no tendría lugar. Arriba, justo por encima de la cómoda, había dos pequeños focos que se encendían en el momento necesario. La vocación de Samantha, pelirroja y de estatura no superior al metro cincuenta y cinco, era de carácter acrobático, pues se movía tanto y adoptaba unas posturas tan complicadas que a menudo se salía del campo. Nenè Sanfilippo, en aquella especie de repaso general del *Kama-sutra*, parecía encontrarse completamente a sus anchas. El sonido era pésimo, las escasas palabras apenas se oían, pero, en contrapartida, los lamentos, los gruñidos, los suspiros y los gemidos surgían de golpe a todo volumen, como ocurre en la televisión cuando sale la publicidad. La grabación total duraba tres cuartos de hora. Presa de un aburrimiento mortal, el comisario puso la segunda cinta, la titulada *Renée*. Apenas tuvo tiempo de observar que la escenografía era la misma y que la tal Renée era una veinteañera muy alta y delgada, con unas tetas enormes y en modo alguno depilada. No le apetecía ver toda la cinta, y por eso se le ocurrió pulsar en el mando a distancia la tecla de avance rápido para detenerse después de vez en cuando. Se le ocurrió porque, en cuanto vio a Nenè penetrar a la peluda Renée, una irresistible sensación de sueño lo golpeó en la nuca como un mazazo, le hizo cerrar los ojos y lo obligó a hundirse sin remisión en un profundo sueño. Su último pensamiento fue que no hay mejor somnífero que la pornografía.

Se despertó de golpe sin saber si la causa habían sido los gritos de Renée presa de un orgasmo telúrico o bien los fuertes puntapiés contra la puerta mezclados con el sonido ininterrumpido del timbre. ¿Qué pasaba? Atontado por el sueño, se levantó, paró la cinta y, mientras se dirigía a abrir la puerta tal como estaba, despeinado, en mangas de camisa, con los pantalones a punto de caérsele (pero ¿cuándo se los había desabrochado para estar más cómodo?) y descalzo, oyó una voz que en un principio no reconoció, gritando:

—¡Abran! ¡Policía!

Se quedó definitivamente estupefacto. Pero ¿la policía no era él?

Abrió y se quedó horrorizado. Lo primero que vio fue a Mimì Augello en correcta posición de disparo (piernas flexionadas, trasero ligeramente proyectado hacia atrás, brazos extendidos, ambas manos en la culata de la pistola); a su espalda, a la señora Concetta Burgio, viuda de Lo Mascolo, y, detrás de ellos, una muchedumbre que se apretujaba no sólo en el rellano sino también en los tramos de escalera que conducían a los pisos superiores e inferiores. De un solo vistazo, reconoció a la familia Crucillà al completo (el padre, Stefano, jubilado, en camisa de dormir; su señora, con un albornoz de rizo; la hija, Samanta sin hache intercalada, con un provocador jersey largo; el señor Mistretta, en calzoncillos, camiseta e, inexplicablemente, con la deformada bolsa negra en una mano; Pasqualino de Dominicis, el chavalillo pirómano, entre su papaíto, Guido, en pijama, y su mamaíta, Gina, enfundada en un vaporoso y anticuado picardía.

Al ver al comisario, ocurrieron dos fenómenos: el tiempo se detuvo y todos se quedaron petrificados. De ello se aprovechó la señora Concetta Burgio, viuda de Lo Mascolo, para improvisar en tono dramático un monólogo didáctico-explicativo.

—¡María, María, María, pero qué susto tan grande me he llevado! ¡Justo cuando me acababa de dormir, de repente, me pareció oír la sinfonía de cuando el difunto vivía! ¡La puta que decía «ah, ah, ah, ah» y él que gruñía como un puerco! ¡Exactamente igual que las otras veces! Pero ¿cómo, un fantasma vuelve a su casa con una puta? ¿Y se pone, con perdón, a follar como cuando estaba vivo? ¡Helada me quedé! ¡Muerta de miedo! Entonces llamé a los guardias. Cualquier cosa me habría podido imaginar menos que se tratara del señor comisario que había venido aquí a hacer lo que le daba la gana. ¡Todo me lo habría podido imaginar!

La conclusión a la que había llegado la señora Concetta Burgio, viuda de Lo Mascolo —que era la misma de todos los presentes—, se basaba en una lógica férrea. Montalbano, ya totalmente pasmado, no tuvo fuerzas para reaccionar. Se quedó en la puerta, paralizado. Quien reaccionó fue Mimì Augello, que, tras haberse guardado la pistola en el bolsillo, empujó violentamente al comisario hacia el interior del apartamento mientras empezaba a dar tales voces que todos los vecinos emprendieron una precipitada huida.

—¡Basta! ¡Váyanse a dormir! ¡Circulen! ¡No hay nada que ver!

Después cerró la puerta a su espalda y, con la cara ensombrecida por la furia, avanzó hacia el comisario.

—¡Pero cómo coño se te ha ocurrido venir aquí con una mujer! Hazla salir, a ver cómo la sacamos del edificio sin provocar otro alboroto.

Montalbano no contestó. Se dirigió al dormitorio seguido de Mimì.

—¿Se ha escondido en el cuarto de baño? —preguntó Augello.

El comisario puso nuevamente en marcha el vídeo, pero bajó el volumen.

—Aquí tienes a la mujer —dijo.

Se sentó en el borde de la cama. Augello contempló la pantalla del televisor y después se dejó caer de golpe en una silla.

—¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes?

Montalbano paró la cinta.

—Mimì, la verdad es que tanto tú como yo nos hemos tomado las muertes de los viejecitos y la de Sanfilippo a la ligera, olvidando ciertas cosas que hubiéramos tenido que hacer. A lo mejor, es que tenemos la cabeza distraída con otros pensamientos. Estamos más ocupados en nuestros asuntos que en las investigaciones. Asunto cerrado. Vámonos. ¿Te has preguntado alguna vez por qué razón Sanfilippo había introducido en su ordenador el epistolario con su amante?

—No, pero, puesto que él trabajaba con ordenadores...

—Mimì, ¿tú has recibido alguna vez cartas de amor?

—Por supuesto.

—¿Y qué hiciste con ellas?

—Algunas las guardé y otras no.

—¿Por qué?

—Porque algunas eran importantes y...

—Alto ahí. Has dicho «importantes». Por el contenido, naturalmente, pero quizá también por cómo estaban escritas, por la grafía, los errores, las tachaduras, las mayúsculas, los puntos y aparte, el color del papel, la dirección del sobre... En resumen, contemplando aquella carta, te era fácil evocar a la persona que la había escrito. ¿Es verdad, sí o no?

—Es verdad.



—Pero, si tú la introduces en un ordenador, la carta pierde valor, puede que no todo el valor, pero sí una buena parte. Pierde incluso el valor de prueba.

—¿En qué sentido, y perdona que te lo pregunte?

—En el sentido de que ni siquiera puedes pedir a un perito un informe caligráfico. Pero, de todos modos, tener una copia de las cartas a través de la impresora del ordenador siempre es mejor que nada.

—Perdona, pero no te entiendo.

—Supongamos que la amistad de Sanfilippo fuera una amistad peligrosa, no a lo Laclos, naturalmente...

—¿Quién es ese Laclos?

—Dejémoslo. Decía peligrosa en el sentido de que, de haberse descubierto, habría podido terminar fatal, con un asesinato. «Quizá —debió de pensar Sanfilippo—, si nos descubren, la entrega del epistolario original nos podrá salvar la vida». Resumiendo, él introduce el texto de las cartas en el ordenador y deja el paquete de las originales bien a la vista, listo para el intercambio.

—Que, sin embargo, no se produjo, pues las cartas originales han desaparecido y a él lo han matado de todas maneras.

—Ya. Pero yo estoy seguro de una cosa: de que Sanfilippo infravaloró el peligro que corría manteniendo aquella relación, a pesar de saber que lo corría. Tengo la impresión, sólo la impresión, que conste, de que no se trata sólo de la posible venganza de un marido cornudo. Pero sigamos. He pensado: si Sanfilippo se priva de las posibilidades de evocación que ofrece una carta autógrafa, ¿cómo es posible que de su amante no haya conservado ni siquiera una fotografía, una imagen? Y entonces me acordé de los videocasetes que se guardaban aquí.

—Y viniste a verlos.

—Sí, pero olvidé que, en cuanto empiezo a mirar una película porno, me entra sueño. Estaba viendo las que él mismo había grabado aquí dentro con distintas mujeres. Pero no creo que fuera tan tonto.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que habrá tomado precauciones para evitar que un extraño descubriera inmediatamente quién es ella.

—Salvo, puede que sea el cansancio, pero...

—Mimì, las cintas son treinta y hay que verlas todas.

—¿Todas?!

—Sí, y te explico por qué. Las cintas son de tres tipos. Las grabadas por Sanfilippo, que dan fe de sus hazañas con cinco mujeres distintas. Quince son videocasetes porno adquiridos en algún sitio. Diez son de películas americanas, vídeos de videoclub. Tal como te he dicho, hay que verlas todas.

—Sigo sin comprender por qué tenemos que perder tanto tiempo. Sobre las cintas en venta en el mercado, tanto de películas normales como porno, no se puede volver a grabar.

—En eso te equivocas. Basta manipular el casete de una determinada manera, me lo explicó tiempo atrás Nicolò Zito. Mira, puede que Sanfilippo recurriera a este sistema: coge la cinta de una película, supongamos que *Cleopatra*, la pasa por espacio de un cuarto de hora, pulsa el «stop» y después empieza a grabarle encima lo que quiere. ¿Qué ocurre? Que un extraño introduce la cinta en el vídeo, cree que es la película *Cleopatra*, la para, la quita y pone otra. Pero allí es justamente donde se encuentra lo que busca. ¿Está claro?

—Bastante —dijo Mimì—. Lo suficiente para que comprenda que tengo que ver todas las cintas. Y, aun recurriendo al avance rápido, va a ser un proceso muy largo.

—Ármate de paciencia —dijo Montalbano.

Se puso los zapatos, se ató los cordones y se puso la chaqueta.

—¿Por qué te vistes?

—Porque me voy a casa. Aquí te quedas tú. Por lo demás, ya tienes cierta idea de quién es la mujer, eres el único que puede reconocerla. Si la encuentras en alguna de estas cintas, y yo estoy seguro de que la encontrarás, llámame a la hora que sea. Que te diviertas.

Abandonó la habitación sin que Mimì hubiera abierto la boca.

Mientras bajaba a pie la escalera, oyó puertas que se abrían discretamente en los distintos pisos: los inquilinos de Via Cavour 44 estaban a la espera de que saliera la fogosa mujer que había follado con el comisario. Perderían la noche.

Por la calle no había ni un alma. Un gato salió de un portal y le dirigió un maullido a modo de saludo. Montalbano le correspondió con un «Hola, ¿qué tal?». Le cayó bien al gato y este lo acompañó a lo largo de dos manzanas. Después dio media vuelta y se fue. El aire nocturno le estaba haciendo pasar la somnolencia. Tenía el coche aparcado delante de la comisaría. Un rayo de luz se filtraba por debajo de la puerta cerrada. Llamó al timbre, y le abrió Catarella.

—¿Qué ocurre, *dottori*? ¿Necesita algo?

—¿Estabas durmiendo?

Junto a la entrada estaban la centralita y un minúsculo cuarto con un catre, en el que se podía tumbar el agente que estaba de guardia.

—No, *dottori*, estaba resolviendo un crucigrama.

—¿Ese en el que llevas dos meses trabajando?

—No, señor, aquel ya lo resolví. Es otro nuevo.

Montalbano entró en su despacho. Sobre el escritorio había un paquete. Lo abrió. Contenía las fotografías de la excursión a Tindari.

Empezó a examinarlas. Todas mostraban rostros sonrientes, lo normal en una expedición de aquella clase. Unos rostros que él ya conocía por haberlos visto en la comisaría. Los únicos que no sonreían eran los señores Griffó, de los cuales sólo había dos fotografías. En la primera, él aparecía con la cabeza medio vuelta hacia atrás, mirando a través de la luneta posterior. Ella, en cambio, miraba fijamente a la cámara con expresión atontada. En la segunda, ella mantenía la cabeza inclinada y no se le veía la cara, y esta vez era él quien miraba fijamente hacia delante con ojos apagados.

Montalbano volvió a examinar la primera fotografía. Después empezó a rebuscar en los cajones con gestos cada vez más rápidos a medida que no encontraba lo que estaba buscando.

—¡Catarella!

Catarella se presentó de inmediato.

—¿Tienes una lupa?

—¿Eso que hace ver las cosas más grandes?

—Eso.

—A lo mejor Fazio tiene una en su cajón.

Regresó sosteniéndola en alto con aire triunfal.

—Ya la tengo, *dottori*.

El automóvil fotografiado a través de la luneta posterior era un Punto. Como uno de los dos automóviles de Nenè Sanfilippo. Se veía la matrícula pero ni con la lupa consiguió Montalbano leer los números y las letras. Quizá era inútil hacerse ilusiones, ¿cuántos Punto debían de circular por Italia?

Se guardó la lupa en el bolsillo, saludó a Catarella y subió al coche. Ahora sentía la necesidad de echar una buena cabezadita.

## Once

Apenas durmió, pues la cabezadita consistió en tres horas escasas de dar vueltas en la cama con las sábanas enrolladas a su alrededor como si fuera una momia. De vez en cuando encendía la luz y echaba un vistazo a las fotografías que había dejado encima de la mesita de noche, como si pudiera producirse el milagro de que su vista recuperara de golpe la agudeza y le permitiera descifrar el número de la matrícula del Punto que circulaba detrás del autocar. Su olfato le decía como si fuera un perro de caza en un matojo de sorgo, que allí estaba escondida la llave que le permitiría abrir la puerta adecuada. La llamada que recibió a las seis fue como una liberación. Tenía que ser Mimì. Cogió el teléfono.

—¿Lo he despertado, *dottore*?

No era Mimì sino Fazio.

—No, Fazio, no te preocupes. ¿Te has confesado?

—Sí, señor comisario. Me impuso la habitual penitencia: cinco avemarías y tres padrenuestros.

—¿Os habéis puesto de acuerdo?

—Sí, señor. Está todo confirmado. Se hará al anochecer. Por lo tanto, nosotros nos tenemos que reunir...

—Espera, Fazio, no hables por teléfono. Nos vemos en la comisaría sobre las once.

Pensó que Mimì debía de estar perdiendo el sueño con las cintas de Nenè Sanfilippo. Mejor sería que él se fuera también a dormir unas horitas. El asunto que deberían afrontar al anochecer no se podía tomar a la ligera: convenía que todos se encontraran en condiciones inmejorables. Pero lo malo era que no tenía el número de Nenè Sanfilippo. Llamar a Catarella e intentar que este se lo facilitara, pues seguro que en la comisaría el número tenía que

estar en alguna parte, ni soñarlo. Fazio debía de saberlo. Estaba regresando a su casa y lo había llamado con el móvil. Pero él no tenía el número del móvil de Fazio. ¡Y el número de Sanfilippo seguro que no figuraba en la guía telefónica de Vigàta! La abrió con desgana y con la misma desgana la consultó. Allí estaba. ¿Por qué será que, cuando uno busca un número, siempre parte de la premisa de que no estará en la guía? Mimì contestó al quinto timbrazo.

—¿Diga? ¿Quién es?

Mimì había contestado en voz baja y tono cauteloso. Debía de haber pensado que una llamada a aquella hora sólo podía ser de un amigo de Sanfilippo. El muy cabrón de Montalbano le siguió la corriente. Sabía cambiar de voz de maravilla, y adoptó un juvenil tono provocador.

—No, dime tú quién eres, capullo.

—Primero dime quién eres tú.

Mimì no lo había reconocido.

—Quiero hablar con Nenè. Pásamelo.

—No está en casa. Pero me lo puedes decir a mí y yo...

—Si Nenè no está en casa, eso quiere decir que está Mimì.

Montalbano oyó toda una sarta de maldiciones seguida de la voz de Augello, que finalmente lo había reconocido.

—Sólo a un chalado como tú se le puede ocurrir la idea de ponerse a gastar bromitas por teléfono a las seis de la mañana. Pero ¿cómo es posible que estés de humor para eso? ¿Por qué no vas a que te vea un médico?

—¿Has encontrado algo?

—Nada. Si hubiera encontrado algo, te habría llamado, ¿no?

Augello aún estaba enfadado por la broma.

—Oye, Mimì, puesto que esta noche tenemos que hacer una cosa muy importante, he pensado que es mejor que lo dejes y te vayas a descansar.

—¿Qué tenemos que hacer esta noche?

—Después te lo digo. Nos vemos en la comisaría sobre las tres de la tarde. ¿Te parece bien?

—Pues sí, me parece bien. Porque la verdad es que, a fuerza de mirar estas cintas, me están entrando ganas de hacerme monje trapense. Vamos a hacer una cosa. Veo otras dos y me voy a casa.

El comisario colgó el teléfono y marcó el número de su despacho.

—¿Diga? ¿Diga? ¡Aquí la comisaría! ¿Quién me llama?

—Soy Montalbano.

—¿En persona personalmente?

—Sí. Dime una cosa, Catarè. Me parece recordar que tú tienes un amigo en la Policía Científica de Montelusa.

—Sí, *dottori*. Cicco de Cicco. Es uno muy alto, napolitano, en el sentido de que es de Salerno, una persona tremendamente divertida. Imagínese usted que un buen día me llama y me dice que...

Como no le parara enseguida los pies, aquel era capaz de contarle la vida y milagros de su amigo Cicco de Cicco.

—Oye, Catarè, la historia me la contarás después. ¿A qué hora suele ir al despacho?

—De Cicco llega al despacho allá a las nueve. Digamos dentro de un par de horas.

—Este De Cicco es el del departamento fotográfico, ¿verdad?

—Sí, *dottori*.

—Tendrías que hacerme un favor: telefonar a De Cicco y ponerte de acuerdo con él. Esta mañana le tienes que llevar una...

—No se la puedo llevar, *dottori*.

—¿Por qué?

—Si usía quiere, yo la cosa se la llevo de todos modos, pero De Cicco de seguro segurísimo que esta mañana no estará. Me lo dijo De Cicco personalmente anoche cuando me llamó.

—¿Dónde está?

—En Montelusa. En la Jefatura Superior. Pero están todos reunidos.

—¿Qué tienen que hacer?

—El señor jefe superior ha hecho venir de Roma a un gran criminilólogo que les tiene que dar una lección.

—¿Una lección?

—Sí, *dottori*. De Cicco me ha dicho que la lección será sobre lo que tienen que hacer si por casualidad tienen que hacer un pipí.

Montalbano se quedó de una pieza.

—¡Pero qué me dices, Catarè!

—Se lo juro, *dottori*.

En aquel momento, el comisario experimentó un repentino relámpago de comprensión.

—Catarè, no es un pipí sino, en todo caso, un pepea, PPA. Que significa «probable perfil del agresor». ¿Has entendido?

—No, *dottori*. Pero ¿qué tengo que llevarle a De Cicco?

—Una fotografía. Necesitaba que me hiciera unas ampliaciones.

En el otro extremo de la línea hubo una pausa.

—Oye, Catarè, ¿estás ahí?

—Sí, *dottori*, no me he movido. Sigo aquí. Estoy pensando.

Transcurrieron tres minutos largos.

—Mire, *dottori*, que, si usted me trae la foto, yo voy y la «esconio».

—¿Y por qué quieres esconñarme la foto? ¿O es que quieres esconñarme a mí?

—No, *dottori*, no quiero «esconiarlo» a usted sino la fotografía.

—A ver si lo entiendo, Catarè. ¿Te refieres acaso al ordenador?

—Sí, *dottori*. Y si no la «esconio» yo, porque se necesita un «esconiador» auténticamente bueno, se la llevo a un amigo de confianza.

—De acuerdo, gracias. Nos vemos dentro de poco.

Colgó, e inmediatamente sonó el teléfono.

—¡Eureka! ¡Eureka!

Era Mimì Augello, exultante.

—He acertado de lleno, Salvo. Espérame. Dentro de un cuarto de hora estoy contigo. ¿Funciona tu vídeo?

—Sí. Pero no hace falta que me lo enseñes, Mimì. Tú ya sabes que estas cosas porno me ponen de mal humor y me aburren.

—Pero es que esto no es material porno, Salvo.

Colgó, e inmediatamente sonó el teléfono.

—¡Por fin!

Era Livia. Sin embargo, aquel «¡Por fin!» no se había pronunciado con alegría, sino con absoluta frialdad. La aguja del barómetro personal de Montalbano empezó a oscilar hacia la indicación de «temporal».

—¡Livia! ¡Qué agradable sorpresa!

—¿Estás seguro de que es tan agradable?



—¿Y por qué no tendría que serlo?

—Porque hace un montón de días que no tengo noticias tuyas. ¡Que no te dignas hacerme una llamada! Yo te he telefoneado una y otra vez, pero nunca estás en casa.

—Me podías haber llamado al despacho.

—Salvo, ya sabes que no me gusta llamarte allí. Para tener noticias tuyas, ¿sabes qué he hecho?

—No. Dímelo.

—He comprado el *Giornale di Sicilia*. ¿Lo has leído?

—No. ¿Qué dice?

—Que estás bregando nada menos que con tres muertes: la de un anciano matrimonio y la de un veinteañero. El periodista dejaba entrever que no sabes por dónde vas. En resumen, que estás de capa caída.

Eso podía ser su salvación. Decir que era un desgraciado superado por los tiempos, sin pleno uso de sus facultades mentales. De esa manera, Livia se calmaría y hasta quizá lo compadecería.

—¡Ay, Livia querida, cuánta verdad hay en eso! Creo que estoy envejeciendo, que mi cerebro ya no es el mismo de antes...

—No, Salvo, tranquilízate. Tu cerebro es el de siempre. Y ahora mismo me lo estás demostrando con esta interpretación de pésimo actor. ¿Quieres que te hagan mimitos? No voy a caer en la trampa, ¿sabes? Te conozco demasiado bien. Llámame. Cuando te sobre tiempo, claro.

Y colgó. ¿Cómo era posible que todas sus conversaciones telefónicas con Livia terminaran en una discusión? No podían seguir así, tendrían que encontrar una solución sin falta.

Se fue a la cocina, llenó la cafetera y la puso sobre el fuego. Mientras esperaba, abrió la cristalera y salió a la galería. Un día que reconfortaba el corazón. Colores claros y cálidos, mar perezoso. Aspiró una profunda bocanada de aire, y en aquel momento sonó de nuevo el teléfono.

—¿Diga? ¿Diga?

No hubo respuesta, pero el teléfono volvió a sonar. ¿Cómo era posible si lo tenía descolgado? Entonces lo comprendió: no era el teléfono sino el timbre de la puerta.

Era Mimì Augello, más rápido que un piloto de fórmula 1. Estaba en la puerta sin decidirse a entrar, sonriendo de oreja a oreja. Sostenía en la mano un videocasete y lo agitaba bajo las narices del comisario.

—¿Tú viste *La huida*, aquella película que...?

—Sí, la vi.

—¿Y te gustó?

—Bastante.

—Esta versión es mejor.

—Mimì, ¿entras de una vez? Acompáñame a la cocina que el café ya está listo.

Llenó una taza para él y otra para Mimì, que lo había seguido.

—Vamos allá —dijo Augello.

Había apurado el contenido de la taza de un solo trago, quemándose seguramente la garganta, pero tenía demasiada prisa, estaba deseando mostrarle a Montalbano lo que había descubierto y, sobre todo, ufanarse de su intuición. Introdujo la cinta tan emocionado que no se dio cuenta de que la estaba colocando al revés. Después de unos veinte minutos de *La huida*, que Mimì hizo pasar con avance rápido, había otros cinco borrados, sólo se veían unos puntitos blancos que saltaban y se oía el sonido, que chirriaba. Mimì lo quitó del todo.

—Me parece que no hablan.

—¿Qué significa que te parece?

—Es que la cinta no la he visto seguida. He ido saltando.

De pronto, apareció una imagen. Una cama de matrimonio con una sábana blanca y dos almohadas colocadas a modo de cabezal, una de ellas apoyada directamente contra la pared de color verde claro. Se veían también dos mesitas de noche muy elegantes, de madera clara. No era el dormitorio de Sanfilippo. A lo largo de otro minuto no ocurrió nada, pero era evidente que el que manejaba la cámara estaba buscando el enfoque apropiado, todo aquel blanco deslumbraba. La pantalla se quedó a oscuras. Después apareció de nuevo el mismo encuadre, pero más de cerca, las mesitas de noche no se veían. Esta vez en la cama había una treintañera completamente desnuda, espléndidamente bronceada y filmada de cuerpo entero. La depilación destacaba porque allí la piel parecía de marfil, evidentemente protegida de los

rayos del sol por un tanga. En cuanto la vio, el comisario experimentó una sacudida. ¡La conocía, seguro! ¿Dónde se habían visto? Un segundo después rectificó: no, no la conocía, pero, en cierto modo, ya la había visto. En las páginas de un libro, en una reproducción. Porque la mujer, con sus larguísimas piernas y la pelvis sobre la cama, el resto del cuerpo levantado sobre las almohadas, ligeramente inclinada hacia la izquierda y con las manos cruzadas detrás de la cabeza, era la viva imagen de *La maja desnuda* de Goya. Pero no era sólo la postura la causa de la impresión errónea de Montalbano: la desconocida iba peinada como la maja, pero aquí la mujer esbozaba una leve sonrisa.

«Como la *Gioconda*», pensó el comisario, que ahora ya se había puesto en plan de hacer comparaciones pictóricas.

La cámara estaba parada, como hechizada por la imagen que estaba filmando. La desconocida permanecía tumbada sobre la sábana y las almohadas, completamente a sus anchas, relajada, en su elemento. Una auténtica furcia.

—¿Es la que tú pensabas mientras leías las cartas?

—Sí —contestó Augello.

¿Puede un solo monosílabo contener todo el orgullo del mundo? Mimì consiguió que cupiera en él por entero.

—Pero ¿cómo lo has hecho? Creo que la has visto de pasada algunas veces. Y siempre vestida.

—Verás, en las cartas él la pinta. Mejor dicho, no: no hace un retrato sino un grabado.

¿Por qué razón aquella mujer, cuando se hablaba de ella, hacía evocar cuestiones relacionadas con el arte?

—Por ejemplo —añadió Mimì—, habla de la desproporción entre la longitud de las piernas y la del busto que, fíjate bien, en comparación, tendría que ser un poquito menos corto de lo que es. Y después describe el peinado, la forma de los ojos...

—Comprendo —dijo Montalbano, dominado por un acceso de envidia.

No cabía duda, Mimì tenía un ojo especial para las mujeres.

Entre tanto, la cámara había enfocado los pies, subiendo muy despacio por el cuerpo de la mujer para detenerse brevemente en el pubis, el ombligo y

los pezones, y terminar finalmente en los ojos.

¿Cómo era posible que las pupilas de la mujer estuvieran iluminadas por una luz interior tan fuerte que su mirada daba la sensación de estar rodeada por un halo de fosforescencia hipnótica? ¿Qué era aquella mujer, un peligroso animal nocturno? Miró con más detenimiento y se tranquilizó. No eran ojos de bruja, las pupilas reflejaban la luz de los focos utilizados por Nenè Sanfilippo para iluminar mejor la escena. La cámara se desplazó hacia la boca. Los labios, dos llamas que ocupaban todo el vídeo, se movieron, se entreabrieron, la punta gatuna de la lengua se asomó y recorrió primero el labio superior y después, el inferior. No era ninguna vulgaridad, y los dos hombres que contemplaban la escena se quedaron embobados ante la violenta sensualidad de aquel gesto.

—Retrocede y pon el sonido al máximo —dijo repentinamente Montalbano.

—¿Por qué?

—Ha dicho algo, estoy seguro.

Mimì así lo hizo. En cuanto apareció de nuevo el encuadre de la boca, un hombre murmuró algo ininteligible.

—Sí —contestó con toda claridad la mujer. Y empezó a pasarse la lengua por los labios.

O sea que había sonido. Poco, pero lo había. Augello lo dejó a todo volumen.

Después la cámara bajó hacia el cuello, lo rozó como una mano amorosa, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y otra vez, y otra, una caricia de las que quitan el hipo. Y, en efecto, se oyó un leve gemido de la mujer.

—Es el mar —dijo Montalbano.

Mimì lo miró perplejo, apartando de mala gana los ojos de la pantalla.

—¿Qué?

—Este rítmico y continuo murmullo que se oye. No es un zumbido, una turbulencia de fondo. Es el rumor del mar cuando está un poco agitado. La casa donde están filmando está justo a la orilla del mar, como la mía.

Esta vez, la mirada de Mimì fue de admiración.

—¿Qué oído tan fino tienes, Salvo! Si eso es el rumor del mar, ya sé dónde hicieron la filmación.

El comisario se inclinó, cogió el mando a distancia y rebobinó la cinta.

—Pero ¿qué haces? —protestó Augello—. ¿No seguimos adelante? ¡Si te he dicho que lo he visto, saltándome trozos!

—Lo verás todo entero cuando te portes como un niño bueno. Entre tanto, ¿puedes hacerme un resumen de lo que conseguiste ver?

—Continúa así: los pechos, el ombligo, la barriga, el monte de Venus, los muslos, las piernas, los pies. Después ella se da la vuelta y la cámara la recorre de arriba abajo por detrás. Al final, ella vuelve a tumbarse boca arriba, cambia de posición para estar más cómoda, se coloca una almohada debajo del trasero y separa las piernas justo lo suficiente para que la cámara...

—Ya vale, ya vale —lo interrumpió Montalbano—. ¿Y no ocurre nada más? ¿Al hombre no se lo ve en ningún momento?

—Nunca. Y no ocurre nada más. Por eso te he dicho que no era una grabación pornográfica.

—Ah, ¿no?

—No. Esta filmación es un poema de amor.

Mimì tenía razón, y Montalbano no contestó.

—¿Me quieres presentar a la señora? —preguntó este.

—Con mucho gusto. Se llama Vanja Titulescu, tiene treinta y un años, es rumana.

—¿Una refugiada?

—De ninguna manera. Su padre era ministro de Sanidad en Rumania. Y ella, Vanja, es licenciada en Medicina, pero aquí no ejerce. Su futuro marido, que ya era un personaje famoso en su especialidad, fue invitado a pronunciar un ciclo de conferencias en Bucarest. Se enamoraron o, por lo menos, él se enamoró de ella, se la trajo a Italia y se casó con ella, a pesar de llevarle unos veinte años; pero la chica aprovechó al vuelo la ocasión.

—¿Desde cuándo están casados?

—Desde hace cinco años.

—¿Me quieres decir quién es el marido? ¿O acaso pretendes contarme la historia por entregas?

—El profesor Eugenio Ignazio Ingrò, el mago de los trasplantes.

Un nombre célebre, salía en los periódicos y se lo veía en la televisión. Montalbano trató de evocarlo, y le vino a la memoria la imagen de un hombre alto y elegante, de verbo no muy fácil. Estaba considerado un cirujano de manos auténticamente prodigiosas y lo llamaban para operar desde toda Europa. Tenía también su propia clínica en Montelusa, donde había nacido y todavía residía.

—¿Tienen hijos?

—No.

—Perdona, Mimì, pero ¿todos estos datos los recogiste esta mañana tras haber visto la cinta?

Mimì esbozó una sonrisa.

—No, empecé a buscar información cuando comprendí que la mujer de las cartas era ella. La cinta sólo ha sido una confirmación.

—¿Qué más sabes?

—Que aquí en nuestra tierra, justo entre Vigàta y Santolì, tienen una mansión a la orilla del mar, con una pequeña playa privada. Seguramente grabaron la cinta allí, aprovechando un viaje del marido fuera de Montelusa.

—¿Él es celoso?

—Sí, pero no demasiado. Quizá porque acerca de ella no he recogido ningún rumor sobre cuernos. Ella y Sanfilippo fueron muy hábiles y lograron que nada trascendiera sobre su relación.

—Te voy a hacer una pregunta más concreta, Mimì. ¿El profesor Ingrò es un hombre capaz de matar o de hacer matar al amante de su mujer si descubriera la traición?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Esta pregunta se la tendrías que hacer a Ingrid, que es su amiga. Por cierto, ¿cuándo la verás?

—Nos habíamos citado para esta noche, pero lo he tenido que aplazar.

—Ah, sí, me has hablado de un asunto importante, una cosa que tenemos que hacer esta noche. ¿De qué se trata?

—Ahora te lo digo. El casete lo dejas aquí, conmigo.

—¿Se lo quieres enseñar a la sueca?

—Eso es. Así pues, para cerrar provisionalmente el asunto, ¿tú qué piensas acerca del asesinato de Nenè Sanfilippo?

—¿Y qué quieres que piense, Salvo? Más claro que eso... El profesor Ingrò descubre de alguna manera la aventura y manda asesinar al chaval.

—¿Y por qué no también a ella?

—Porque se habría armado un tremendo escándalo de carácter internacional. Y él no puede tener en su vida privada ninguna sombra capaz de provocar una reducción de sus ingresos.

—Pero ¿acaso no es rico?

—Riquísimo. O, por lo menos, lo podría ser si no tuviera una manía que le cuesta un montón de dinero.

—¿Juega?

—No, no juega. Quizá por Navidad o al siete y medio. No, tiene la manía de los cuadros. Dicen que en las cámaras acorazadas de muchos bancos hay depositados cuadros suyos de inmenso valor. Delante de un cuadro que le gusta, no resiste la tentación. Sería capaz de mandar robarlo. Una mala lengua me ha dicho que, si el propietario de un Degas le propusiera intercambiarlo por Vanja, su mujer, aceptaría sin dudar. ¿Qué te ocurre, Salvo? ¿No me escuchas?

Augello se había percatado de que su jefe tenía la cabeza en otro sitio. En efecto, el comisario se estaba preguntando por qué razón, en cuanto se mencionaba o se veía a Vanja Titulescu, siempre salía algo relacionado con la pintura.

—Entonces me parece haber comprendido —dijo Montalbano— que, a tu juicio, el instigador del homicidio de Sanfilippo es el médico.

—¿Quién si no?

El pensamiento del comisario voló hacia la fotografía que aún se encontraba encima de la mesita de noche. Pero enseguida abandonó aquel pensamiento, pues primero tenía que escuchar la respuesta de Catarella, el nuevo oráculo.

—¿Me dices de una vez qué es eso que tenemos que hacer esta noche? —preguntó Augello.

—¿Esta noche? Nada, vamos a buscar al nietecito adorado de Balduccio Sinagra, Japichinu.

—¿El prófugo de la justicia? —preguntó Mimì, levantándose de un salto.

—Sí, señor, el mismo.

—¿Y tú sabes dónde está escondido?

—Todavía no, pero nos lo dirá un cura.

—¿Un cura? Pero ¿qué coño es esta historia? Ahora me la vas a contar desde el principio sin omitir ningún detalle.

Montalbano se la contó desde el principio sin omitir ningún detalle.

—¡Virgen santísima! —exclamó Augello al final, sosteniéndose la cabeza entre los puños.

Parecía la ilustración de un manual ochocentista de interpretación teatral correspondiente a la voz «Desasosiego».



## Doce

Catarella contempló primero la fotografía tal como hacen los miopes, acercándosela a los ojos, y después, tal como hacen los présbitas, manteniéndola a la distancia de un brazo extendido. Al final, hizo una mueca.

—*Dottori*, con el «esconiador» que yo tengo de seguro seguramente que no se podrá. Se la he de llevar a mi amigo de confianza.

—¿Cuánto tardarás?

—Menos de dos horas, *dottori*.

—Vuelve lo antes que puedas. ¿Quién se quedará en la centralita?

—Galluzzo. Ah, *dottori*, le quería decir que el señor huérfano le espera desde esta mañana a primera hora porque quiere hablar con usted.

—¿De qué huérfano hablas?

—Se llama Griffó, ese que le han matado el padre y la madre. Ese que dice que no entiende cómo hablo.

Davide Griffó iba vestido de negro, de luto riguroso. Despeinado, con el traje arrugado y aspecto de persona agotada. Montalbano le tendió la mano y lo invitó a sentarse.

—¿Lo han mandado llamar para el reconocimiento oficial?

—Sí, por desgracia. Llegué a Montelusa ayer a última hora de la tarde. Me han acompañado a verlos. Después... después regresé al hotel y me tumbé en la cama tal como estaba, no me encontraba bien.

—Lo comprendo.

—¿Hay alguna novedad, comisario?

—Todavía ninguna.

Se miraron a los ojos, ambos desolados.

—¿Sabe una cosa? —dijo Davide Griffó—. No es por deseo de venganza por lo que espero con ansia que atrapen a los asesinos. Sólo quisiera

comprender por qué lo han hecho.

Era sincero, él también ignoraba cuál era la que Montalbano llamaba «la enfermedad secreta» de sus padres.

—¿Por qué lo han hecho? —volvió a preguntar Davide Griffo—. ¿Para robar el billetero de papá o el bolso de mamá?

—¿Eh? —dijo el comisario.

—¿No lo sabía?

—¿Que se llevaron el billetero y el bolso? No. Estaba seguro de que encontrarían el bolso bajo el cuerpo de la señora. Y no miré en los bolsillos de su padre. Por otra parte, ni el billetero ni el bolso hubieran tenido importancia.

—¿Eso es lo que usted cree?

—Por supuesto que sí. Los que han matado a sus padres nos hubieran permitido encontrar posteriormente el billetero y el bolso debidamente aligerados de cualquier cosa que pudiera colocarnos tras sus huellas.

Davide Griffo se perdió en un recuerdo.

—Mi madre no se separaba jamás del bolso, a veces yo le tomaba el pelo por eso. Le preguntaba qué tesoros guardaba en su interior.

De repente, se sintió embargado por la emoción y desde lo más hondo de su pecho surgió una especie de sollozo.

—Discúlpeme. Como me han devuelto sus objetos personales, la ropa, la calderilla que mi padre tenía en el bolsillo, las alianzas matrimoniales, las llaves de la casa... Mire, he venido a verlo para pedirle permiso... en fin, quería preguntarle si puedo entrar en el piso y empezar a hacer el inventario...

—¿Qué piensa usted hacer con el piso? Era de propiedad, ¿verdad?

—Sí, lo compraron haciendo grandes sacrificios. Lo venderé cuando llegue el momento. Ahora ya no tengo muchos motivos para regresar a Vigàta.

Otro sollozo reprimido.

—¿Sus padres tenían otras propiedades?

—Nada de nada, que yo sepa. Vivían de sus pensiones. Mi padre tenía una libreta postal, donde le ingresaban su pensión y la de mi madre... Pero, a final de mes, les quedaba muy poco para ahorrar.

—No creo haber visto esa libreta.

—¿No estaba? ¿Ha mirado bien en el sitio donde mi padre guardaba sus papeles?

—No estaba. Yo mismo lo examiné todo cuidadosamente. A lo mejor, se la llevaron junto con el billetero y el bolso.

—Pero ¿por qué? ¿Qué van a hacer con una libreta postal que no podrán utilizar? ¡Es un trozo de papel inútil!

El comisario se levantó. Davide Griffó imitó su ejemplo.

—No tengo ningún inconveniente en que vaya usted al apartamento de sus padres. Al contrario. Si usted encontrara entre los papeles algo que... — Interrumpió la frase de golpe. Davide Griffó lo miró con expresión inquisitiva—. Disculpe un momento —dijo el comisario.

Abandonó el despacho soltando mentalmente unas maldiciones, pues se había percatado de que los papeles de los Griffó se encontraban todavía en la comisaría, adonde él los había llevado desde su casa. En efecto, la bolsa de plástico aún estaba en el trastero. No le parecía correcto entregar al hijo los recuerdos familiares en aquel paquete. Buscó en el trastero, no encontró nada que pudiera utilizar, ni una caja de cartón ni una bolsa más aceptable. Se resignó.

Davide Griffó lo miró estupefacto mientras él depositaba a sus pies la bolsa de la basura.

—La cogí en casa de sus padres para guardar en ella los papeles. Si quiere, se los envió a través de uno de mis...

—No, gracias. Llevo el coche —dijo el otro en tono circunspecto.

No se lo había querido decir al huérfano, tal como lo llamaba Catarella (por cierto, ¿cuándo se había ido?), pero había un motivo para la desaparición de la libreta postal. Un motivo muy importante: que no se supiera a cuánto ascendía el saldo de la libreta. La suma contenida en la libreta podía ser el síntoma de aquella enfermedad secreta que posteriormente había obligado al médico concienzudo a intervenir. Sólo era una hipótesis, desde luego, pero se tenía que comprobar. Llamó al suplente Tommaseo y se pasó

aproximadamente media hora venciendo las resistencias formales que este oponía. Al final, Tommaseo prometió actuar de inmediato.

El edificio de Correos se encontraba a pocos pasos de la comisaría. Era una construcción horrenda porque, iniciada en los años cuarenta, en pleno auge de la arquitectura fascista, se había terminado en la posguerra, cuando los gustos ya habían cambiado. El despacho del señor director se encontraba en el segundo piso, al final de un pasillo absolutamente vacío de hombres y cosas, que daba miedo por la sensación de soledad y abandono que producía. Llamó a una puerta, en la cual un rectángulo de plástico decía «Director». Bajo el rectángulo de plástico había una hoja de papel en la que se veía un cigarrillo cruzado por dos tiras de color rojo. Debajo decía: «Prohibido terminantemente fumar».

—¡Adelante!

Nada más entrar, lo primero que vio Montalbano fue una auténtica pancarta en la pared que repetía: «Prohibido terminantemente fumar».

«De lo contrario, os las tendréis que ver conmigo», parecía decir con torva mirada el presidente de la República desde su retrato colgado bajo la pancarta.

Más abajo todavía, se encontraba un enorme sillón de alto respaldo, en el que permanecía sentado el director, el *cavaliere* Attilio Morasco. Delante del *cavaliere* Morasco había un gigantesco escritorio atestado de papeles. El señor director era un enano muy parecido al difunto rey Víctor Manuel III, con un pelo uniformemente corto que confería a su cabeza el mismo aspecto que Humberto I, y unos bigotes de guías retorcidas como los del llamado Rey Caballero. El comisario tuvo la absoluta certeza de encontrarse en presencia de un descendiente de los Saboya, un bastardo como los muchos que había sembrado el Rey Caballero.

—¿Es usted piamontés? —no tuvo más remedio que preguntarle sin apartar los ojos de él.

El otro lo miró, perplejo.

—No, ¿por qué? Soy de Comitini.

Aunque fuera de Comitini, de Paternò o de Raffadali, Montalbano se ratificó en la idea que se había formado.

—Usted es el comisario Montalbano, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo ha llamado el juez suplente Tommaseo?

—Sí —reconoció a regañadientes el director—. Pero una llamada es una llamada. ¿Usted me entiende?

—Por supuesto que lo entiendo. Para mí, por ejemplo, «una rosa es una rosa es una rosa es una rosa».

El *cavaliere* Morasco no se impresionó ante la docta cita de Gertrude Stein.

—Veo que estamos de acuerdo —dijo.

—¿En qué sentido, si no le importa?

—En el sentido de que *verba volant et scripta manent*, las palabras vuelan y lo escrito permanece.

—¿Se puede explicar mejor?

—Por supuesto que sí. El suplente Tommaseo me ha telefoneado para comunicarme que usted está autorizado a llevar a cabo una investigación sobre la libreta de ahorro postal del difunto señor Alfonso Griffò. De acuerdo, lo considero una notificación previa. Pero, hasta que reciba una petición o autorización por escrito, no puedo permitirle acceder al secreto postal.

Como consecuencia del mareo que aquellas palabras le provocaron, el comisario corrió momentáneamente peligro de despegar.

—Ya volveré a pasar.

E hizo ademán de levantarse. El director se lo impidió con un gesto.

—Espere. Podría haber una solución. ¿Sería tan amable de mostrarme su documentación?

El peligro de despegue se intensificó. Montalbano se agarró con una mano a la silla en la que estaba sentado mientras con la otra le ofrecía el carnet.

El bastardo de los Saboya lo examinó detenidamente.

—Tras recibir la llamada del juez suplente, pensé que usted se presentaría aquí de inmediato. Y preparé una declaración, que usted firmará, en la cual se

hace constar que usted me exonera, es decir, me exime de cualquier responsabilidad.

—Lo eximo con mucho gusto —dijo el comisario.

Firmó la declaración sin leerla y se volvió a guardar el carnet de identidad en el bolsillo. El *cavaliere* Morasco se levantó.

—Espéreme aquí. Serán necesarios unos diez minutos.

Antes de salir, el director se volvió y señaló la fotografía del presidente de la República.

—¿Ha visto?

—Sí —contestó, perplejo, Montalbano—. Es Ciampi.

—No me refería al presidente, sino a lo que hay escrito más arriba. «Prohibido fumar». Se lo ruego, no se aproveche de mi ausencia.

En cuanto el otro cerró la puerta, le entraron unas ganas locas de fumar. Pero estaba prohibido, y con razón, pues, como es bien sabido, el humo que inhalan los fumadores pasivos causa millones de muertes, mientras que la contaminación, la dioxina y el plomo de la gasolina no. Se levantó, salió, fue a la planta baja, tuvo ocasión de ver a tres funcionarios que fumaban, se plantó en la acera, se fumó dos cigarrillos seguidos, entró otra vez —ahora los funcionarios que fumaban eran cuatro—, subió la escalera a pie, volvió a atravesar el desierto pasillo, abrió la puerta del despacho del director sin llamar y entró. El *cavaliere* Morasco estaba sentado en su sitio y lo miró con expresión de reproche al tiempo que meneaba la cabeza. Montalbano se acercó a su silla con la misma expresión culpable que cuando llegaba con retraso a la escuela.

—Tenemos la lista —anunció solemnemente el director.

—¿Podría verla?

Antes de entregársela, el *cavaliere* se cercioró de que sobre el escritorio aún se encontraba la autorización firmada por el comisario.

Y el comisario no entendió ni jota, quizá también porque la cifra que leyó al final le pareció desproporcionada.

—¿Me lo explica usted? —preguntó, usando el mismo tono de voz de cuando iba a la escuela.

El director se inclinó, tumbándose prácticamente sobre el escritorio, y le arrancó indignado la hoja de las manos.

—¡Está todo clarísimo! —dijo—. De la lista se desprende que la pensión de los cónyuges Griffó ascendía a un total de tres millones de liras mensuales, un millón ochocientas mil la del marido y un millón doscientas mil la de la mujer. El señor Griffó, en el momento del cobro, retiraba en efectivo el importe de su pensión para los gastos del mes y dejaba en depósito la pensión de su mujer. Este era el ritmo habitual. Con alguna que otra excepción, naturalmente.

—Pero, incluso admitiendo que fueran tan tacaños y ahorradores — reflexionó el comisario en voz alta—, las cuentas siguen sin salir. ¡Me parece haber visto que en esa libreta hay casi cien millones!

—Ha visto bien. Exactamente noventa y ocho millones trescientas mil liras. Pero eso no tiene nada de extraordinario.

—Ah, ¿no?

—No, porque, desde hace dos años, el señor Alfonso Griffó, el día uno de cada mes, ingresaba puntualmente siempre la misma cantidad: dos millones. Que suman un total de cuarenta y ocho millones que hay que añadir a los ahorros.

—¿Y de dónde sacaba esos dos millones al mes?

—A mí no me lo pregunte —replicó ofendido el director.

—Gracias —dijo Montalbano, levantándose. Y le tendió la mano.

El director se levantó, rodeó el escritorio, miró al comisario de abajo arriba y le estrechó la mano.

—¿Me puede dar el listado? —preguntó Montalbano.

—No —contestó secamente el bastardo Saboya.

El comisario abandonó el edificio y, en cuanto salió a la acera, encendió un cigarrillo. Había acertado: habían hecho desaparecer la libreta porque aquellos cuarenta y ocho millones eran el síntoma de la mortal enfermedad de los Griffó.

Cuando ya llevaba unos diez minutos en su despacho, entró Catarella con la cara tan desolada como la de un habitante de Casamicciola después del célebre y devastador terremoto. Dejó en el escritorio la foto que llevaba en la mano.

—Ni siquiera con el «esconiador» de mi amigo de confianza lo he conseguido. Si quiere, se la llevo a Cicco de Cicco porque la cosa con el

criminilólogo la harán mañana.

—Gracias, Catarè, se la llevo yo mismo.

«Salvo, ¿por qué no aprendes a usar el ordenador?», le había preguntado un día Livia. Y había añadido: «¡Si supieras cuántos problemas podrías resolver!».

Pues bien, de entrada, el ordenador no había podido resolver aquel pequeño problema y simplemente le había hecho perder el tiempo. Se hizo el propósito de decírselo a Livia, así, por el simple gusto de mantener viva la polémica.

Se guardó la fotografía en el bolsillo, salió de la comisaría y subió a su automóvil. Pero decidió pasar por Via Cavour antes de ir a Montelusa.

—El señor Griffó está arriba —le advirtió la portera.

Davide Griffó le abrió la puerta en mangas de camisa; sostenía en la mano un cepillo, estaba limpiando el piso.

—Había demasiado polvo.

Lo hizo sentar en el comedor. Sobre la mesa estaban amontonados los papeles que poco antes le había entregado el comisario. Griffó interceptó su mirada.

—Tiene usted razón, señor comisario. La libreta no está. ¿Quería decirme algo?

—Sí. Que he ido a Correos y he pedido que me dijeran a cuánto ascendía la suma que sus padres tenían en la libreta.

Griffó hizo un gesto, como diciendo que ni siquiera merecía la pena hablar de ello.

—Muy pocas liras, ¿verdad?

—Exactamente noventa y ocho millones trescientas mil.

Davide Griffó palideció.

—¡Eso es un error! —farfulló.

—No es un error, se lo aseguro.

Davide Griffó, con las rodillas como de requesón, se dejó caer en una silla.

—Pero ¿cómo es posible?

—Desde hace dos años, su padre ingresaba dos millones cada mes. ¿Tiene usted idea de quién podía estar detrás de ese dinero?



—¡Ni la más remota! Jamás me hablaron de ganancias extra. Y yo no acierto a entenderlo. Dos millones netos al mes son un sueldo respetable. ¿Y qué podía hacer mi padre, con lo viejo que era, para ganárselo?

—Nadie ha dicho que fuera un sueldo.

Davide Griffó palideció todavía más, y estaba tan perplejo que ahora parecía que estuviera francamente asustado.

—¿Usted cree que puede haber alguna relación?

—¿Entre los dos millones mensuales y el asesinato de sus padres? Es una posibilidad que hay que tomar seriamente en consideración. Han hecho desaparecer la libreta precisamente por eso, para evitar que nosotros pensáramos en una relación de causa-efecto.

—Pero, si no era un sueldo, ¿qué podía ser?

—Quién sabe —dijo el comisario—. Voy a formular una hipótesis. Pero primero tengo que preguntarle una cosa, y le ruego que sea sincero. ¿Su padre, a cambio de dinero, hubiera cometido una falta de honradez?

Davide Griffó tardó un poco en contestar.

—Es difícil juzgarlo así... Creo que no, que no la hubiera cometido. Pero era, ¿cómo diría?, vulnerable.

—¿En qué sentido?

—Él y mi madre estaban muy aferrados al dinero. Y ahora, ¿cuál es la hipótesis?

—Por ejemplo, que su padre fuera el testaferro de alguien que desarrollaba alguna actividad ilícita.

—Él no se hubiera prestado a hacer tal cosa.

—¿Ni siquiera si le hubieran presentado la cosa como algo legal?

Esta vez Griffó no contestó. El comisario se levantó.

—Si se le ocurre alguna posible explicación...

—Claro, claro —dijo Griffó con aire distraído. Acompañó a Montalbano a la puerta y añadió—: Me estoy acordando de algo que me dijo mi madre el año pasado. Vine a verlos y, en un momento en que mi padre no estaba, ella me dijo en voz baja: «Cuando nosotros ya no estemos, te llevarás una buena sorpresa». Pero a mi madre, pobrecita, muchas veces se le iba la cabeza. Ya no volvió a comentarme el tema. Y yo me olvidé por completo de él.

Al llegar a la Jefatura Superior de Montelusa, pidió al de la centralita que llamara a Cicco de Cicco. No le apetecía ver a Vanni Arquà, el jefe de la Científica que había sustituido a Jacomuzzi. Se caían muy mal el uno al otro. De Cicco apareció corriendo y pidió la fotografía.

—Me temía algo mucho peor —dijo, examinándola—. Catarella me ha dicho que han probado con el ordenador, pero...

—¿Tú me podrás facilitar el número de esta matrícula?

—Creo que sí, señor comisario. En cualquier caso, esta noche lo llamo.

—Si no me encuentras, déjale el mensaje a Catarella. Pero cuida de que anote debidamente las letras y los números; de lo contrario, nos podría salir una matrícula de Minnesota.

Durante el camino de vuelta, sintió casi la obligación de hacer una parada entre las ramas del acebuche. Necesitaba una pausa de reflexión: auténtica, no como la de los políticos que llaman así, pausa de reflexión, a lo que no es más que una caída en coma profundo. Se sentó a horcajadas en la rama de costumbre, apoyó la espalda en el tronco y encendió un cigarrillo. Pero enseguida se sintió incómodo, notaba la molesta presión de los nudos y de las espinas leñosas en la parte interior de los muslos. Experimentó una extraña sensación, como si el olivo no lo quisiera tener sentado allí y estuviera haciendo todo lo posible para que cambiara de posición.

—¡Se me ocurre cada chorrada!

Resistió un poco, pero después ya no pudo más y bajó de la rama. Se acercó al automóvil, cogió un periódico, regresó al acebuche, extendió las páginas del periódico en el suelo y se tumbó encima de ellas tras haberse quitado la chaqueta.

Visto desde abajo, desde aquella nueva perspectiva, el olivo silvestre le pareció más grande y enrevesado. Observó la complejidad de las ramas que antes no había podido ver por estar entre ellas. Le vinieron a la mente unas palabras: «Hay un acebuche grande... con el cual lo he resuelto todo». ¿Quién las había pronunciado? ¿Y qué era lo que había resuelto el árbol? Después consiguió enfocar los recuerdos. Aquellas palabras se las había

dicho Pirandello a su hijo pocas horas antes de morir. Y se referían a *Los gigantes de la montaña*, la obra que había dejado inconclusa.

Se pasó media hora tumbado boca arriba sin apartar en ningún momento la mirada del árbol. Y, cuanto más lo miraba, tanto más el acebuche le explicaba de qué manera el juego del tiempo lo había retorcido y lacerado, cómo el agua y el viento lo habían obligado año tras año a adquirir aquella forma que no era fruto de un capricho o del azar sino consecuencia de una necesidad.

Sus ojos se posaron en tres gruesas ramas que, durante un breve trecho, discurrían casi paralelas, antes de que cada una de ellas se lanzara a una personal fantasía de repentinos zigzags, retrocesos, avances laterales, desviaciones y arabescos. Una de las tres, la del centro, estaba situada ligeramente por debajo de las otras dos, pero, con sus retorcidas ramitas, se agarraba a las ramas de arriba como si las quisiera mantener unidas a sí a lo largo del trecho que las tres recorrían juntas.

Desplazó la cabeza y, mirando con atención, Montalbano se percató de que las tres ramas no nacían independientes la una de la otra, aunque estaban situadas muy cerca, sino que su origen era un solo punto, una especie de bubón de gran tamaño que sobresalía del tronco.

Probablemente fue una ligera ráfaga de viento que agitó las hojas. Un repentino rayo de sol azotó los ojos del comisario, cegándolo. Con los ojos cerrados, Montalbano sonrió.

Fuera lo que fuera lo que aquella noche le comunicara De Cicco, ahora él estaba seguro de que al volante del vehículo que circulaba detrás del autocar se sentaba Nenè Sanfilippo.

\* \* \*

Estaban apostados detrás de un chaparral de ciruelos silvestres, con las pistolas a punto de disparar. El padre Crucillà había señalado aquella solitaria casa rural como el refugio secreto de Japichinu. Pero el cura, antes de dejarlos, había tenido empeño en advertirles que actuaran con pies de plomo, pues él no estaba seguro de que Japichinu estuviera dispuesto a entregarse sin resistencia. Por si fuera poco, este tenía en su poder una metralleta y había demostrado en más de una ocasión que la sabía utilizar.

Por consiguiente, el comisario había decidido actuar conforme a las normas y había enviado a Fazio y Gallo a la parte posterior de la casa.

—A esta hora, ya estarán en posición —dijo Mimì.

Montalbano no contestó, quería dar a sus hombres el tiempo suficiente para elegir el lugar más apropiado para apostarse.

—Voy para allá —dijo Augello, impaciente—. Tú cúbreme.

—De acuerdo —dijo el comisario, dando su conformidad.

Mimì empezó a reptar muy despacio. Brillaba la luna; de otro modo, su avance hubiera resultado invisible. La puerta de la casa estaba extrañamente abierta de par en par. Pero, pensándolo bien, no tenía nada de extraño: era evidente que Japichinu quería dar la impresión de que la casa estaba abandonada, aunque, en realidad, él permanecía escondido dentro con la metralleta en la mano.

Al llegar a la puerta, Mimì se incorporó, se detuvo en el umbral y asomó la cabeza para mirar. Después, con pasó ligero, entró. Salió a los pocos minutos y agitó un brazo en dirección al comisario.

—Aquí no hay nadie —dijo.

«Pero ¿dónde tiene este la cabeza? —se preguntó, nervioso, Montalbano—. ¿Es que no comprende que lo pueden estar apuntando?».

Justo en aquel momento, mientras el miedo le helaba la sangre en las venas, vio asomar el cañón de una metralleta por la ventana situada perpendicularmente por encima de la puerta. Se levantó de un salto.

—¡Mimì! ¡Mimì! —gritó.

Y se detuvo porque le pareció que estaba cantando *La bohème*.

La metralleta efectuó un disparo, y Mimì se desplomó.

El mismo disparo que había matado a Augello despertó al comisario.

Seguía tumbado sobre las páginas de periódico, bajo el acebuche, empapado de sudor. Por lo menos un millón de hormigas habían tomado posesión de su cuerpo.

## Trece

Pocas, y a primera vista no demasiado importantes, fueron las diferencias entre el sueño y la realidad. La remota casucha rural que el padre Crucillà les había indicado como refugio secreto de Japichinu era la misma que había soñado el comisario, salvo que esta, en lugar de la ventana, tenía un pequeño balcón abierto de par en par por encima de la puerta también abierta.

A diferencia de lo que ocurría en el sueño, el cura no se había alejado a toda prisa.

—A mí siempre se me puede necesitar —había dicho.

Y Montalbano había hecho los debidos conjuros mentales. El padre Crucillà, oculto detrás de un enorme matojo de centinodia en compañía del comisario y de Augello, contempló la casucha y meneó la cabeza con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Montalbano.

—No me convence nada eso de la puerta y el balcón. Las veces que he venido a verlo estaba todo cerrado y había que llamar. Prudencia, por lo que más quieran. No puedo jurar que Japichinu esté dispuesto a dejarse atrapar. Tiene la metralleta al alcance de la mano y la sabe utilizar.

Cuando estuvo seguro de que Fazio y Gallo ya habían ocupado sus posiciones detrás de la casa, Montalbano miró a Augello.

—Ahora voy yo y tú me cubres.

—¿Qué novedad es esa? —reaccionó Mimì—. Siempre lo habíamos hecho al revés.

No le podía decir que lo había visto morir en su sueño.

—Esta vez vamos a cambiar.

Mimì no replicó y se calló de inmediato, pues sabía reconocer, por el tono de la voz del comisario, cuándo se podía discutir con él y cuándo no.

Aún no había anochecido. La luz grisácea que precede a la oscuridad permitía distinguir las siluetas.

—¿Cómo es posible que no haya encendido la luz? —preguntó Augello, señalando con la barbilla la casa a oscuras.

—A lo mejor nos espera —dijo Montalbano.

Y se puso en pie, a pecho descubierto.

—¿Qué haces? Pero ¿qué haces? —preguntó Mimì en voz baja, tratando de agarrarlo por la chaqueta y tirar de él hacia abajo.

De pronto, le vino a la mente una idea que lo aterrorizó.

—¿Tienes la pistola?

—No.

—Toma la mía.

—No —repitió el comisario, dando dos pasos al frente. Se detuvo y ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Japichinu! Soy Montalbano. Y voy desarmado.

No hubo respuesta. El comisario siguió avanzando tranquilamente, como si estuviera paseando. A unos tres metros de la puerta, volvió a detenerse y dijo, levantando la voz sólo ligeramente por encima del tono normal:

—¡Japichinu! Voy a entrar. Así podremos hablar tranquilos.

Nadie contestó, nadie se movió. Montalbano levantó las manos y entró en la casa. Estaba todo oscuro, y el comisario se desplazó un poco hacia un lado para que su figura no se recortara en el vano de la puerta. Y fue entonces cuando lo aspiró, aquel olor que tantas veces había percibido y cada vez le provocaba una ligera sensación de náusea. Antes de encender la luz, ya sabía lo que iba a ver. Japichinu se encontraba tendido en el centro de la habitación sobre algo que parecía una colcha de color rojo pero que, en realidad, era su propia sangre, con la garganta cortada. Lo debían de haber sorprendido a traición mientras estaba de espaldas a su asesino.

—¡Salvo! ¡Salvo! ¿Qué ocurre?

Era la voz de Mimì Augello. Montalbano se asomó a la puerta.

—¡Fazio! ¡Gallo! ¡Mimì, venid!

Llegaron corriendo, el cura detrás de todos ellos, resollando. Al ver a Japichinu, se quedaron petrificados. El primero en moverse fue el padre Crucillà, que se arrodilló al lado del muerto sin preocuparse por la sangre que

le manchaba la sotana, lo bendijo y empezó a musitar plegarias. Mimì, en cambio, tocó la frente del muerto.

—Lo tienen que haber matado hace menos de dos horas.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Fazio.

—Subís los tres a un coche y os vais. Dejadme a mí el otro, yo me quedo aquí un ratito a hablar con el cura. En esta casa nosotros jamás hemos estado, a Japichinu muerto jamás lo hemos visto. Por otra parte, a nosotros no nos corresponde estar aquí, eso no pertenece a nuestra jurisdicción. Y podríamos tener problemas.

—Pero... —intentó decir Augello.

—Pero una mierda. Nos vemos más tarde en la comisaría.

Salieron como perros apaleados, obedeciendo a regañadientes. El comisario los oyó hablar apresuradamente en voz baja mientras se alejaban. El cura estaba inmerso en sus oraciones. La de avemarías, padrenuestros y «requiemeternams» que tendría que rezar, con toda la carga de homicidios que Japichinu llevaba sobre sus hombros, dondequiera que estuviera navegando en aquellos momentos... Montalbano subió por la escalera de piedra que conducía a la habitación del piso de arriba y encendió la luz. Había dos catres con sólo los colchones, una mesita de noche en el centro, un maltrecho armario y dos sillas de madera. En un rincón, un pequeño altar constituido por una mesita cubierta por un mantel blanco bordado. En el altarcito había tres pequeñas imágenes: la Virgen María, el Corazón de Jesús y san Calogero. Delante de cada imagen ardía una vela. Japichinu era un muchacho muy devoto, tal como decía su abuelo Balduccio, tanto es así que incluso tenía un director espiritual. Sólo que tanto el muchacho como el cura confundían la superstición con la religión. Como la mayoría de los sicilianos, por otra parte. El comisario recordó haber visto una vez un tosco exvoto de los primeros años del siglo. Representaba a un campesino que huía, perseguido por dos carabineros con sus penachos. Arriba a la izquierda, la Virgen se asomaba entre las nubes, señalando al fugitivo el mejor camino a seguir. La leyenda decía: «Por haberse librado de los rigores de la ley». Sobre uno de los catres había un kalashnikov puesto al través. Apagó la luz, bajó, cogió una de las dos sillas de paja y se sentó.

—Padre Crucillà.

El cura, que aún estaba rezando, experimentó una sacudida y levantó los ojos.

—¿Eh?

—Coja una silla y siéntese, tenemos que hablar.

El cura obedeció. Tenía el rostro congestionado y sudaba profusamente.

—¿Cómo puedo darle esta noticia a don Balduccio?

—No será necesario.

—¿Por qué?

—A esta hora, ya se lo han dicho.

—¿Quién?

—El asesino, naturalmente.

El padre Crucillà no acertaba a comprenderlo. Mantenía los ojos clavados en el comisario y movía los labios sin formular ninguna palabra. Después lo comprendió, se levantó de la silla de un salto con los ojos enormemente abiertos, retrocedió, resbaló con la sangre, pero consiguió no perder el equilibrio.

«Ahora le da un ataque y se muere», pensó, alarmado, Montalbano.

—¿Pero qué dice usted, en nombre de Dios! —exclamó el cura, resoplando.

—Me limito a decirle cuál es la situación.

—¿Pero a Japichinu lo buscaba la policía, el Cuerpo de Carabineros, la División de Investigaciones Generales y Operaciones Especiales!

—Que, por regla general, no degüellan a los que tienen que detener.

—¿Y la nueva mafia? ¿Los propios Cuffaro?

—Padre, usted no quiere comprender que tanto a usted como a mí nos ha tomado el pelo el muy taimado de Balduccio Sinagra.

—Pero ¿qué pruebas tiene para insinuar...?

—Vuelva a sentarse, por favor. ¿Quiere un poco de agua?

El padre Crucillà asintió con la cabeza. Montalbano cogió una jarra de barro llena de agua fresca y se la ofreció al cura, que inmediatamente se la acercó a los labios.

—No tengo pruebas ni creo que las tengamos jamás.

—¿Pues entonces?



—Contésteme usted primero a mí. Aquí Japichinu no vivía solo. Tenía un guardaespaldas que por la noche dormía a su lado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se llama, lo sabe usted?

—Lollò Spadaro.

—¿Era amigo de Japichinu y persona de confianza de Balduccio?

—De don Balduccio. Él fue quien así lo quiso. A Japichinu no le caía bien, pero este me dijo que con Lollò se sentía seguro.

—Tan seguro que Lollò lo ha podido matar sin ninguna dificultad.

—¡Pero cómo puede usted pensar una cosa así! ¡A lo mejor, han degollado primero a Lollò antes de hacer otro tanto con Japichinu!

—En la habitación de arriba no está el cadáver de Lollò. Y en esta, tampoco.

—¡A lo mejor está afuera, en las inmediaciones de la casa!

—Lo podríamos buscar, por supuesto, pero es inútil. Usted olvida que mis hombres y yo hemos rodeado la casa y hemos efectuado un exhaustivo reconocimiento de los alrededores. No nos hemos tropezado con el cuerpo de Lollò.

El padre Crucillà se retorció las manos. El sudor le caía en gruesas gotas.

—Pero ¿por qué habría tenido que hacer don Balduccio toda esta comedia?

—Nos necesitaba como testigos. Según usted, yo, tras haber descubierto el asesinato, ¿qué habría tenido que hacer?

—No sé... Lo que se suele hacer en estos casos. Avisar a la Científica, al juez...

—Y así él podría representar el papel de hombre desesperado, gritar que los asesinos de su adorado nietecito eran los de la nueva mafia, un nietecito tan adorado que él prefería verlo en la cárcel y había conseguido convencerlo de que se entregara a mí, en presencia de un cura... Ya se lo he dicho: nos ha tomado el pelo. Pero hasta cierto punto. Porque yo abandonaré esta casa dentro de cinco minutos y será como si jamás hubiera estado aquí. Balduccio se tendrá que inventar otra cosa. Pero, si usted lo ve, dele un consejo: que haga enterrar a su nieto con discreción, sin armar jaleo.

—Pero usted... ¿usted cómo ha llegado a estas conclusiones?

—Japichinu era un animal perseguido. Desconfiaba de todo y de todos. ¿Usted cree que le habría dado la espalda a alguien a quien no conociera muy bien?

—No.

—El kalashnikov de Japichinu está sobre su cama. ¿Usted cree que hubiera empezado a pasearse por aquí abajo desarmado en presencia de alguien de quien no sabía hasta qué extremo se podía fiar?

—No.

—Dígame otra cosa: ¿le dijeron cómo se tendría que comportar Lollò en caso de que detuvieran a Japichinu?

—Sí. Él también debería dejarse capturar sin oponer resistencia.

—¿Quién le había dado la orden?

—Don Balduccio en persona.

—Eso es lo que don Balduccio le ha dicho a usted. En cambio, a Lollò le dijo otra cosa muy distinta.

El padre Crucillà tenía la garganta ardiendo, por lo que cogió otra vez la jarra de barro.

—¿Por qué ha querido don Balduccio la muerte de su nieto?

—Sinceramente, no lo sé. A lo mejor, el chico cometió un error, puede que no reconociera la autoridad de su abuelo. Verá, las guerras de sucesión no ocurren sólo entre los reyes o en la gran industria...

Se levantó.

—Me voy. ¿Lo acompaño a su coche?

—No, gracias —contestó el cura—. Quiero quedarme todavía un ratito para rezar. Le tenía aprecio.

—Haga lo que quiera. —Al llegar a la puerta, el comisario se volvió—. Quería darle las gracias.

—¿Por qué? —preguntó el cura, alarmado.

—Entre todas las suposiciones que ha hecho acerca de los posibles asesinos de Japichinu, usted no ha mencionado el nombre del guardaespaldas. Hubiera podido decirme que Lollò Spadaro se había vendido a la nueva mafia. Pero usted sabía que Lollò jamás de los jamases hubiera traicionado a Balduccio Sinagra. Su silencio ha sido una absoluta confirmación de la idea que yo me había hecho. Ah, otra cosa: cuando salga, recuerde apagar la luz y

cerrar bien la puerta. No quisiera que algún perro vagabundo... ¿me comprende?

Salió. La oscuridad de la noche era total. Antes de llegar al coche, tropezó varias veces con piedras y baches. Le vino a la mente el vía crucis de los Griffio, con un verdugo que les propinaba puntapiés y soltaba maldiciones para que apuraran el paso hacia el lugar y la hora de su muerte.

—Amén —no pudo por menos que decir, con el corazón encogido por la angustia.

Mientras regresaba a Vigàta, tuvo la certeza de que Balduccio seguiría el consejo que él le había enviado a través del cura. El cadáver de Japichinu iría a parar al fondo de cualquier despeñadero... No, el abuelo sabía lo devoto que era su nietecito. Lo mandaría enterrar con carácter anónimo en tierra consagrada. Dentro del ataúd de otro muerto.

En cuanto cruzó la entrada de la comisaría, percibió a su alrededor un insólito silencio. ¿Sería posible que se hubieran marchado a pesar de haberles dicho que esperaran su regreso? Pero sí estaban. Mimì, Fazio, Gallo, cada uno sentado en su sitio con el rostro ensombrecido, como si acabaran de sufrir una derrota. Los llamó a su despacho.

—Quiero decirles una cosa. Fazio ya os habrá contado cómo fueron las cosas entre mi persona y Balduccio Sinagra. Pues bien, ¿me creéis? Debéis creerme porque yo jamás os he dicho mentiras gordas. Comprendí desde el principio que la petición de Balduccio de que detuviera a Japichinu porque en la cárcel estaría más seguro no resultaba convincente.

—Entonces ¿por qué la tomaste en consideración? —preguntó Augello, polémico.

—Para ver adónde quería ir a parar. Y para neutralizar su plan, en caso de que lograra comprenderlo. Lo he comprendido y he efectuado la contrajugada apropiada.

—¿Cuál?

—No anunciar oficialmente el hallazgo por parte nuestra del cadáver de Japichinu. Eso es lo que quería Balduccio: que lo descubriéramos nosotros, proporcionándole al mismo tiempo una coartada a él. Porque yo hubiera

tenido que declarar ante el juez que la intención de don Balduccio era que nosotros lo capturáramos sano y salvo.

—Cuando Fazio nos lo explicó —añadió Mimì—, nosotros también llegamos a la misma conclusión que tú, es decir, que el que había mandado asesinar a su nieto había sido Balduccio. Pero ¿por qué?

—Ahora mismo no se entiende. Pero, más tarde o más temprano, algo saldrá. Para todos nosotros el asunto termina aquí.

La puerta golpeó contra la pared con tal violencia que vibraron los cristales de la ventana. Todos experimentaron un sobresalto. Como era de esperar, había sido Catarella.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ahora mismo me acaba de telefonar Cicco de Cicco! ¡Ha hecho el revelado! ¡Y lo ha conseguido! He escrito el número en este trozo de papel. ¡Cicco de Cicco me lo ha hecho repetir cuatro veces! — Catarella depositó media hoja de cuaderno cuadriculado sobre el escritorio del comisario diciendo—: Pido perdón por el golpe de la puerta.

Se retiró cerrando la puerta con otro golpe tan fuerte que la grieta del enlucido que había junto al tirador se abrió un poco más.

Montalbano leyó el número de la matrícula y miró a Fazio.

—¿Tienes a mano la matrícula del coche de Nenè Sanfilippo?

—¿Cuál, la del Punto o la del Duetto?

Augello levantó las orejas.

—La del Punto.

—Esa me la sé de memoria: BA 927 GG.

Sin decir ni una sola palabra, el comisario le pasó el trozo de papel a Mimì.

—Coincide —dijo Mimì—. Pero eso ¿qué significa? ¿Te quieres explicar?

Montalbano se explicó, le contó de qué manera se había enterado de la existencia de la libreta postal de ahorro y del dinero que en ella estaba depositado, cómo, siguiendo la sugerencia del propio Mimì, había examinado las fotografías de la excursión a Tindari y había descubierto que el autocar circulaba con un Punto pegado detrás, y cómo había llevado la fotografía a la

Policía Científica de Montelusa para hacerla ampliar. A lo largo de toda la explicación, el rostro de Augello mantuvo una expresión de recelo.

—Tú ya lo sabías —dijo este.

—¿Qué sabía?

—Que el coche que circulaba detrás del autocar era el de Sanfilippo. Lo sabías antes de que Catarella te entregara esta hoja de papel.

—Sí —reconoció el comisario.

—¿Quién te lo dijo?

«Un árbol, un acebuche», hubiera sido la respuesta apropiada, pero a Montalbano le faltó el valor.

—Fue una intuición —contestó en su lugar.

Augello prefirió dejarlo correr.

—Eso significa que entre los asesinatos de los Griffo y el de Sanfilippo hay una estrecha relación —dijo.

—Todavía no se puede afirmar con certeza —contestó el comisario—. Sólo conocemos un dato cierto: que el automóvil de Sanfilippo seguía al autocar en el que viajaban los Griffo.

—Beba ha dicho también que él volvía a menudo la cabeza para mirar hacia atrás. Está claro que quería asegurarse de que el automóvil de Sanfilippo todavía los seguía.

—De acuerdo. Lo cual nos lleva a deducir que había una relación entre Sanfilippo y los Griffo. Pero tenemos que detenernos aquí. Es posible que Sanfilippo hiciera subir a los Griffo a su coche a la vuelta, en la última parada antes de llegar a Vigàta.

—Y recuerda que Beba ha dicho que fue precisamente Alfonso Griffo quien le pidió al conductor que hiciera aquella parada adicional. Lo cual significa que lo habían acordado con anterioridad.

—También estoy de acuerdo. Pero eso no nos permite llegar a la conclusión de que el propio Sanfilippo mató a los Griffo y de que a él lo mataron a su vez de un disparo tras el asesinato. La hipótesis de los cuernos todavía se tiene en pie.

—¿Cuándo verás a Ingrid?

—Mañana por la noche. Pero tú, mañana por la mañana, trata de recoger información sobre el doctor Eugenio Ignazio Ingrò, el de los trasplantes. No

me interesan los datos que publican los periódicos sino los demás, los que se cuentan en voz baja.

—En Montelusa tengo un amigo que lo conoce muy bien. Lo iré a ver con algún pretexto.

—Mimì, por lo que más quieras: utiliza vaselina. A nadie le tiene que pasar por la cabeza la idea de que estamos interesados en el doctor y en su adorada consorte Vanja Titulescu.

Ofendido, Mimì frunció los labios como un culo de gallina.

—¿Me tomas por un gilipollas?

En cuanto abrió el frigorífico, la vio.

*Caponatina!* Una abundante ración para por lo menos cuatro personas de aquella exquisita y vistosa mezcla de berenjenas fritas, con apio, alcaparras, aceitunas, cebollas y anchoas, tomate triturado y nueces, llenando un plato hondo hasta el tope. Hacía meses que su asistente, Adelina, no se la preparaba. El pan, comprado por la mañana, se conservaba todavía muy tierno en la bolsa de plástico. De una forma natural y espontánea, la boca se le llenó con las notas de la marcha triunfal de *Aida*. Mientras las canturreaba, abrió la cristalera tras haber encendido la luz de la galería. Sí, la noche era un poco fresca, pero le permitiría comer fuera. Puso la mesa, sacó el plato, el vino y el pan, y se sentó. Sonó el teléfono. Cubrió el plato con una servilleta de papel y fue a contestar.

—¿Oiga? ¿Comisario Montalbano? Soy el abogado Guttadauro.

Ya esperaba la llamada, se hubiera apostado los huevos.

—Dígame, abogado.

—Ante todo, le ruego que acepte mis disculpas por haberme visto obligado a llamar a esta hora.

—¿Obligado? ¿Quién lo ha obligado?

—Las circunstancias, señor comisario.

Era listo el abogado.

—¿Y cuáles son esas circunstancias?

—Mi cliente y amigo está preocupado.

¿No quería mencionar por teléfono el nombre de Balduccio Sinagra, ahora que había un muerto fresquito de por medio?

—Ah, ¿sí? Y eso, ¿por qué?

—Bueno... resulta que desde ayer no tiene noticias de su nieto.

—¿Qué nieto? ¿El exiliado?

—¿Exiliado? —repitió el abogado Guttadauro, sinceramente perplejo.

—Dejémonos de formalismos, señor abogado. Hoy en día, exiliado o prófugo de la justicia significan lo mismo. O, por lo menos, eso nos quieren hacer creer.

—Sí, ese —dijo el abogado, todavía confuso.

—Pero ¿cómo se las arreglaba para tener noticias, si su nieto había pasado a la clandestinidad?

Cabronada y media por cabronada.

—Bien... Ya sabe usted lo que ocurre, amistades comunes, gente de paso...

—Comprendo. Y yo, ¿qué tengo que ver con eso?

—Nada —se apresuró a puntualizar Guttadauro. Y repitió, silabeando las palabras—: Usted no tiene absolutamente nada que ver.

Recibido el mensaje. Balduccio Sinagra le estaba haciendo saber que había seguido el consejo transmitido a través del padre Crucillà: del homicidio de Japichinu no se diría ni una sola palabra; dejando aparte a los que él había matado, sería como si no hubiera nacido.

—Señor abogado, ¿por qué siente la necesidad de comentarme la preocupación de su amigo y cliente?

—Bueno, era para decirle que, a pesar de esta angustiosa preocupación, mi cliente y amigo ha pensado en usted.

—¿En mí? —preguntó, estupefacto, Montalbano.

—Sí. Me ha encargado que le entregue un sobre. Dentro hay algo que le puede interesar.

—Mire, abogado, estoy a punto de irme a la cama, he tenido un día agotador.

—Lo comprendo muy bien.

Estaba hablando en tono irónico el muy hijo de puta del abogado.

—Lléveme el sobre mañana por la mañana a la comisaría. Buenas noches.

Y colgó. Regresó a la galería, pero lo pensó mejor. Entró de nuevo en la sala, descolgó el auricular del teléfono y marcó un número.

—Livia, cariño, ¿cómo estás?

Al otro lado del teléfono sólo se oía silencio.

—¿Livia?

—Dios mío, Salvo, ¿qué te ocurre? ¿Por qué me llamas?

—¿Y por qué no tendría que llamarte?

—Porque tú sólo me llamas cuando tienes algún problema.

—¡Vamos, mujer!

—No, no, es así. Si no tienes problemas, siempre soy yo la que te llama primero.

—De acuerdo, tienes razón, perdóname.

—¿Qué me querías decir?

—Que he estado reflexionando mucho acerca de nuestra relación.

Livia, Montalbano lo percibió con toda claridad, contuvo la respiración. Pero no dijo nada. Montalbano añadió:

—Me he dado cuenta de que nos peleamos muy a menudo y de buen grado. Como una pareja casada desde hace años que sufre el desgaste de la convivencia. Pero lo más gracioso es que nosotros no convivimos.

—Sigue —dijo Livia con un hilillo de voz.

—Entonces me he dicho: ¿por qué no lo empezamos todo desde el principio?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Livia, ¿qué te parecería si nos hiciéramos novios?

—¿No lo somos?

—No. Estamos casados.

—Vale. ¿Y cómo se empieza?

—Así: te quiero, Livia. ¿Y tú?

—Yo a ti también. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches.

Ahora se podría comer la *caponatina* sin temor a recibir otras llamadas.



## Catorce

Se despertó a las siete, tras un sueño tan profundo que, al abrir los ojos, tuvo la sensación de encontrarse todavía en la misma posición en la que se había acostado. La mañana no era precisamente muy prometedor, pues unas nubes dispersas daban la impresión de estar a punto de juntarse cual si fueran ovejas de un rebaño, aunque se veía con toda claridad que no tenían el menor propósito de provocarle grandes arrebatos de mal humor. Se puso unos pantalones viejos, bajó de la galería y, descalzo como estaba, fue a dar un paseo por la orilla del mar. El aire fresco le limpió la piel, los pulmones y los pensamientos. Entró de nuevo en la casa, se afeitó y se metió bajo la ducha.

Siempre, en todas las investigaciones que habían caído en sus manos, había llegado un día, mejor dicho, un preciso instante de un día determinado, en que un inexplicable bienestar físico, una venturosa ligereza en la forma en que se sucedían los pensamientos en su cabeza y una armoniosa concatenación de los músculos le hacían experimentar la certeza de poder caminar por la calle con los ojos cerrados, sin tropezar ni chocar contra algo o contra alguien. Tal como ocurre a veces en el país de los sueños. Aquel momento duraba muy poco, pero era suficiente. Ahora ya lo sabía por experiencia: era como la boya de la virada, la indicación de la cercana curva: a partir de aquel punto, todas las piezas del rompecabezas de la investigación irían a encajarse por sí solas y sin el menor esfuerzo en su lugar correspondiente; bastaría con quererlo. Era lo que ahora le estaba ocurriendo bajo la ducha, a pesar de que muchas cosas, en realidad, la mayoría de ellas, aún siguieran estando muy oscuras.

Eran las ocho y cuarto cuando el automóvil llegó a la comisaría, aminoró la marcha para aparcar, lo pensó mejor y siguió adelante para dirigirse a Via Cavour. La portera lo miró con malos ojos y ni siquiera lo saludó; acababa de fregar el suelo del vestíbulo y ahora los zapatos del comisario lo ensuciarían todo. Davide Griffó estaba algo menos pálido, se había recuperado un poco. No se sorprendió de ver a Montalbano, y enseguida le ofreció una taza de café recién hecho.

—¿Ha encontrado algo?

—Nada —contestó Griffó—. Y eso que he mirado por todas partes. No está la libreta de ahorro, no hay ningún escrito que explique la procedencia de los dos millones mensuales que recibía mi padre.

—Señor Griffó, necesito que usted me ayude a recordar.

—Estoy a su disposición.

—Creo que usted me dijo que su padre no tenía parientes cercanos.

—Es cierto. Tenía un hermano, ya no recuerdo cómo se llamaba, que murió bajo los bombardeos americanos del cuarenta y tres.

—Su madre, en cambio, sí los tenía.

—Exactamente un hermano y una hermana. El hermano, el tío Mario, vive en Comiso y tiene un hijo que trabaja en Sydney. ¿Recuerda que hablamos de ello? Usted me preguntó si...

—Lo recuerdo —lo cortó el comisario.

—La hermana, la tía Giuliana, vivía en Trapani, donde ejercía de maestra. Era soltera, jamás se quiso casar. Pero ni mi madre ni el tío Mario mantenían tratos con ella. A pesar de que, en los últimos tiempos, se había reconciliado un poco con mamá, hasta el punto de que mis padres fueron a verla dos días antes de que muriera. Permanecieron en Trapani casi una semana.

—¿Sabe por qué razón su madre y su tío estaban enemistados con la tal Giuliana?

—Al morir, el abuelo y la abuela dejaron casi todo lo poco que tenían a esta hija, con lo que prácticamente desheredó a los otros dos.

—¿Le dijo su madre alguna vez cuál había sido la causa de...?

—Algo me comentó. Al parecer, los abuelos se habían sentido abandonados por ella y tío Mario. Pero, verá usted, mi madre se casó muy joven, y tío Mario se fue a trabajar fuera de casa cuando todavía no había

cumplido los dieciséis años. Sólo tía Giuliana se quedó con los padres. Nada más morir los abuelos (la abuela murió primero), tía Giuliana vendió lo que tenía aquí y pidió el traslado a Trapani.

—¿Cuándo murió?

—No se lo puedo decir exactamente. Hace por lo menos dos años.

—¿Sabe dónde vivía en Trapani?

—No. Aquí en casa no he encontrado nada que se refiriera a tía Giuliana. Sin embargo, sé que la casa de Trapani era de su propiedad, la había comprado.

—Sólo una cosa más: el apellido de soltera de su madre.

—Di Stefano. Margherita di Stefano.

Eso era lo bueno de Davide Griffó: era generoso en las respuestas y tacaño en las preguntas.

Dos millones al mes. Más o menos lo que ganaba un pequeño empleado en la cumbre de su carrera. Pero Alfonso Griffó estaba jubilado desde hacía tiempo y vivía de la pensión, de la suya y de la de su mujer. O, mejor dicho, había vivido, pues, desde hacía un par de años, recibía una ayuda considerable. Dos millones mensuales. Desde otro punto de vista, una cantidad irrisoria. Por ejemplo, en caso de que se tratara de un chantaje sistemático. Y, además, por muy aferrado que estuviera a la lira, a Alfonso Griffó, por cobardía o por falta de fantasía, jamás se le hubiera ocurrido la idea de un chantaje. Admitiendo que no tuviera escrúpulos morales. Dos millones al mes. ¿Para actuar de testaferro, según la hipótesis que él había formulado en un primer momento? Sin embargo, por regla general, un testaferro lo cobra todo de golpe o participa en los beneficios, no cobra a plazos mensuales. Dos millones al mes. En cierto sentido, la exigüidad de la suma complicaba las cosas. A pesar de que la regularidad de los pagos constituía un indicio. El comisario estaba empezando a hacerse una idea. Pero había una coincidencia que lo intrigaba.

Se detuvo delante del Ayuntamiento y subió a la oficina del registro civil. Conocía al responsable, el señor Crisafulli.

—Necesito una información.

—Dígame, señor comisario.

—Si una persona que ha nacido en Vigàta fallece en otro lugar, ¿su defunción se comunica aquí?

—Hay una disposición a este respecto —contestó evasivamente el señor Crisafulli.

—¿Y se cumple?

—Por regla general sí. Pero hace falta tiempo. Ya sabe usted cómo van estas cosas. Sin embargo, debo decirle que, si la defunción se produce en el extranjero, ya no hay ni que hablar. A no ser que algún familiar se encargue personalmente de...

—No, la persona que me interesa murió en Trapani.

—¿Cuándo?

—Hace más de dos años.

—¿Cómo se llamaba?

—Giuliana di Stefano.

—Vamos a verlo ahora mismo.

El señor Crisafulli lo consultó en un ordenador que dominaba un rincón de la sala, y levantó los ojos para mirar a Montalbano.

—Consta que murió en Trapani el seis de mayo de mil novecientos noventa y siete.

—¿Dice dónde vivía?

—No. Pero, si quiere, en cuestión de cinco minutos lo podré averiguar.

Y aquí el señor Crisafulli hizo una cosa muy rara: fue hasta su escritorio, abrió un cajón, sacó una petaca, la destapó, bebió un trago, volvió a enroscar el tapón y dejó la petaca a la vista. Después regresó al ordenador. Puesto que el cenicero de la mesa estaba lleno de colillas de cigarro puro cuyo olor impregnaba toda la sala, el comisario encendió un cigarrillo. Lo acababa de apagar cuando el responsable del registro le dijo con un hilillo de voz:

—Lo he encontrado. Vivía en Via Libertà doce.

¿Estaba indispuesto? Montalbano se lo quería preguntar, pero no le dio tiempo. El señor Crisafulli regresó corriendo al escritorio, cogió la petaca y bebió otro trago.

—Es coñac —explicó—. Me jubilo dentro de dos meses.

El comisario lo miró con expresión inquisitiva, sin comprender la relación.

—Soy un empleado chapado a la antigua —explicó el otro— y, cada vez que hago una gestión con tanta rapidez y no como antes, que tardaba varios meses, me entra vértigo.

Empleó dos horas y media en llegar a la Via Libertà de Trapani. El número 12 correspondía a un edificio de tres plantas, rodeado por un pequeño jardín muy bien cuidado. Davide Griffó le había explicado que tía Giuliana se había comprado el piso donde vivía. Pero quizá a su muerte el apartamento se había vendido a personas que ni siquiera la conocían y el dinero habría ido a parar con toda certeza a alguna obra benéfica. Junto a la verja cerrada había un portero electrónico con sólo tres nombres. Debían de ser unos pisos bastante grandes. Llamó al de arriba, que correspondía a «Cavallaro». Contestó una voz femenina.

—¿Sí?

—Disculpe, señora. Necesito una información acerca de la difunta señorita Giuliana di Stefano.

—Llame al segundo piso, el de en medio.

La tarjeta que figuraba al lado del timbre de en medio decía «Baeri».

—¡Pero, bueno, qué prisa tenemos! ¿Quién es? —preguntó otra voz femenina, esta vez de anciana, cuando el comisario ya había perdido las esperanzas, pues había llamado tres veces sin obtener respuesta.

—Me llamo Montalbano.

—¿Y qué quiere?

—Quisiera preguntarle una cosa acerca de la señorita Giuliana di Stefano.

—Pregunte.

—¿Así, a través del telefonillo?

—¿Por qué, es algo muy largo?

—Bueno, sería mejor que...

—Ahora le abro —dijo la voz de la anciana—. Y usted hará lo que yo le diga. En cuanto se abra la verja, usted entra y se detiene en mitad del caminito de la entrada. Si no lo hace, no le abriré el portal.

—Muy bien —dijo el comisario, resignado.

Se detuvo en mitad del caminito de la entrada sin saber qué hacer. Después vio que se abrían los postigos de un balcón y aparecía una vieja con moño vestida de negro, con unos prismáticos en la mano. Se los acercó a los ojos y lo estudió con atención mientras él se ruborizaba inexplicablemente, como si estuviera desnudo. La vieja volvió a entrar, cerró los postigos, y al poco rato se oyó el «clic» metálico del portal que se abría. No había ascensor, naturalmente. La puerta del segundo piso en la cual figuraba el apellido de «Baeri» estaba cerrada. ¿Qué otro examen tendría que superar?

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Montalbano.

—¿Y a qué se dedica?

Como le dijera que era comisario, le daba un ataque.

—Soy funcionario del Ministerio.

—¿Tiene algún documento?

—Sí.

—Deslícelo por debajo de la puerta.

Con más paciencia que un santo, el comisario así lo hizo. Transcurrieron cinco minutos de silencio absoluto.

—Ahora le abro —dijo la vieja.

Sólo entonces el comisario observó horrorizado que la puerta tenía cuatro cerraduras. Y seguramente en la parte interior debía de haber un pestillo y una cadena. Al cabo de unos diez minutos de ruidos diversos, la puerta se abrió y Montalbano pudo entrar en casa Baeri. La mujer lo hizo pasar a un espacioso salón con pesados muebles oscuros.

—Yo me llamo Assunta Baeri —dijo la vieja—, y del documento se deduce que usted pertenece a la policía.

—Exactamente.

—De lo cual me congratulo —dijo con ironía la señora (¿o señorita?) Baeri.

Montalbano no rechazó.

—¡Los ladrones y los asesinos hacen lo que les da la gana, y la policía, con la excusa de mantener el orden, se va a los campos de fútbol a ver el

partido! ¡O le hace de guardaespaldas al senador Ardolì, que no lo necesita; basta con que uno lo mire a la cara para que se muera del susto!

—Señora, yo...

—Señorita.

—Señorita Baeri, he venido a molestarla para hablar de la señorita Giuliana di Stefano. ¿Este piso era suyo?

—Sí, señor.

—¿Usted se lo compró a ella?

¡Menuda frase le había salido! Inmediatamente rectificó.

—... ¿a la difunta?

—¡Yo no compré nada! ¡La difunta, como usted la llama, me lo dejó en su testamento! Vivía con ella desde hacía treinta y dos años. Yo pagaba incluso el alquiler. Poco, pero lo pagaba.

—¿Dejó otras cosas?

—¡Entonces usted no es de la policía sino de Hacienda! Sí, señor, me dejó otro piso, pero muy pequeño. Lo tengo alquilado.

—¿Y a los demás? ¿Les dejó algo a los demás?

—¿Quiénes son los demás?

—Bueno, no sé, algún familiar...

—A su hermana, con quien había hecho las paces tras pasarse años sin hablar con ella, le dejó una cosita de nada.

—¿Sabe usted qué era esa cosita?

—¡Pues claro que lo sé! El testamento lo hizo en mi presencia y tengo incluso una copia. A su hermana le dejó un establo y una sarma, sólo un pequeño recuerdo.

Montalbano se quedó estupefacto. ¿Se podía dejar la roña en herencia? Las siguientes palabras de la señorita Baeri aclararon el equívoco.

—No, mucho menos que eso. ¿Usted sabe a cuántos metros cuadrados corresponde una sarma de tierra?

—La verdad es que no lo sé —dijo el comisario, recuperándose del susto.

—Cuando se fue de Vigàta para venir aquí, Giuliana no consiguió vender ni el establo ni la tierra que, al parecer, no es llana. Y, cuando hizo testamento, decidió dejarle estas cosas a su hermana. Tienen muy poco valor.

—¿Usted sabe dónde está exactamente el establo?

—No.

—Pero en el testamento lo tiene que especificar. Y usted me ha dicho que conserva una copia.

—¡Virgen santa! ¿Qué quiere, que me ponga a buscarlo?

—Si fuera posible...

La vieja se levantó murmurando, abandonó la habitación y regresó al cabo de menos de un minuto. Sabía muy bien dónde guardaba la copia del testamento. Se la entregó de mala gana. Montalbano le echó un vistazo y, al final, encontró lo que le interesaba.

En el documento, el establo se calificaba de «edificio rústico de una sola habitación»; según las medidas que se indicaban, un dado de cuatro metros de lado. Rodeado de mil setecientos metros cuadrados de terreno. Poca cosa, tal como había dicho la señorita Baeri. El edificio se levantaba en un lugar llamado El Moro.

—Le doy las gracias y le ruego me disculpe la molestia —dijo cortésmente Montalbano mientras se levantaba.

—¿Por qué le interesa el establo? —preguntó la vieja levantándose a su vez.

Montalbano dudó, tenía que encontrar una buena excusa. Pero la señorita Baeri añadió:

—Se lo pregunto porque es la segunda persona que se interesa por el establo.

El comisario volvió a sentarse y la señorita Baeri imitó su ejemplo.

—¿Cuándo fue?

—Al día siguiente del entierro de la pobre Giuliana, cuando su hermana y su marido aún estaban aquí. Dormían en la habitación del fondo.

—Explíqueme cómo ocurrió.

—Se me había olvidado por completo, pero me ha vuelto a venir a la memoria ahora que hemos hablado de ella. Pues bien, al día siguiente del entierro, casi a la hora de comer, sonó el teléfono y yo me puse al aparato. Era un hombre, me dijo que estaba interesado en el establo y el terreno. Yo le pregunté si se había enterado de que la pobre Giuliana había muerto y él me contestó que no. Me preguntó con quién podía hablar del asunto. Entonces le pasé al marido de Margherita, puesto que ella era la heredera.



—¿Oyó lo que dijeron?

—No, salí de la habitación.

—El que llamó, ¿le dijo cómo se llamaba?

—Puede que me lo dijera, pero ya no me acuerdo.

—Después, en su presencia, ¿el señor Alfonso le comentó a su mujer la llamada?

—Cuando entró en la cocina y Margherita le preguntó con quién había hablado, él le contestó que con uno de Vigàta que vivía en su mismo edificio. Y no añadió nada más.

¡Albricias! Montalbano se levantó de un salto.

—Tengo que irme, muchas gracias y disculpe —dijo, encaminándose hacia la puerta.

—Tengo una curiosidad —dijo la señorita Baeri, siguiéndolo—. ¿Por qué no le pregunta estas cosas a Alfonso?

—¿Qué Alfonso? —dijo Montalbano, que ya había abierto la puerta.

—¿Cómo que qué Alfonso? El marido de Margherita.

¡Santo cielo! ¡Esa no se había enterado de los asesinatos! No debía de mirar la televisión ni leer los periódicos.

—Se las preguntaré —le aseguró el comisario, ya en la escalera.

Detuvo el coche en la primera cabina telefónica que encontró, bajó, entró y observó una lucecita roja intermitente. El teléfono no funcionaba. Vio otra cabina: el teléfono también estaba averiado.

Soltó una sarta de maldiciones, comprendiendo que en la estupenda carrera que había hecho hasta aquel momento estaba empezando a tropezar con pequeños obstáculos, heraldos de otros más gordos. Al final, consiguió llamar a la comisaría desde la tercera cabina.

—¡Ah, *dottori, dottori!* Pero ¿dónde se ha metido? Llevo toda la santa mañana...

—Catarè, luego me lo cuentas. ¿Sabes dónde está El Moro?

Primero se produjo una pausa y después una risita que pretendía ser de guasa.

—*Dottori*, ¿cómo quiere que lo sepa? ¿No sabe en qué plan estamos en Vigàta? Estamos llenos de «conogoleses».

—Pásame enseguida a Fazio.

¿«Conogoleses»? ¿Aquejados de una lesión traumática en el «conogo»? Pero ¿qué era el «conogo»?

—Dígame, señor comisario.

—Fazio, ¿tú conoces un lugar que llaman El Moro?

—Un momentito, señor comisario.

Fazio había puesto en marcha su cerebro-ordenador. En su cabeza guardaba, entre otras cosas, un plano detallado del territorio de Vigàta.

—Comisario, eso está por la parte de Monteserrato.

—Explícame cómo puedo llegar hasta allí.

Fazio se lo explicó. Y después le dijo:

—Lo siento, pero Catarella insiste en hablar con usted. ¿Desde dónde llama?

—Desde Trapani.

—¿Qué está haciendo en Trapani?

—Después te lo digo. Pásame a Catarella.

—¿Sí, *dottori*? Quería decirle que esta mañana...

—Catarè, ¿quiénes son los «conogoleses»?

—Los africanos del Conogo, *dottori*. ¿Cómo se dice? ¿Conogotanos?

Colgó, volvió a subir al coche y se detuvo delante de una importante ferretería. Un autoservicio. Compró un pie de cabra, un formón, unas grandes tenazas, un martillo y una pequeña sierra metálica. Cuando fue a pagar, la cajera, una guapa muchacha morena, lo miró sonriendo.

—Buen golpe —dijo.

No le apetecía contestar. Salió y subió nuevamente al coche. Al poco rato, le dio por consultar el reloj. Eran casi las dos y le había entrado un hambre canina. Delante de una *trattoria* cuyo rótulo decía «dal Borbone», había varios camiones de gran tonelaje aparcados. Lo cual significaba que allí se comía muy bien. En su fuero interno se produjo una breve pero encarnizada lucha entre el ángel y el demonio. Ganó el ángel. Siguió adelante hacia Vigàta.

«¿Ni siquiera un bocadillo?», oyó que el demonio le preguntaba con voz quejumbrosa.

—No.

Se llamaba Monteserrato y era una sucesión de colinas bastante altas que separaba Montelusa de Vigàta. Empezaba casi a la orilla del mar y se prolongaba tierra adentro a lo largo de unos cinco o seis kilómetros, hacia la campiña del interior. En la última cresta se levantaba una vieja finca de considerable extensión. Era un lugar aislado. Y así se había conservado, a pesar de que en la época del apogeo de las obras públicas, en un desesperado intento por encontrar algún lugar que justificara la construcción de una carretera, un puente, un cruce de autopistas o un túnel, lo hubieran unido con una cinta de asfalto a la carretera provincial Vigàta-Montelusa. De Monteserrato le había hablado unos cuantos años atrás el viejo director de escuela Burgio, el cual le había contado que en el 44 había hecho una excursión a Monteserrato con un amigo americano, un periodista con quien había simpatizado enseguida. Habían efectuado una caminata de varias horas por el campo y después habían empezado a subir una cuesta, deteniéndose de vez en cuando para descansar. Al llegar a la finca, rodeada por un muro muy alto, dos perros de una raza que ni el director de la escuela ni el americano habían visto jamás, les impidieron el paso. Tenían cuerpo de lebel pero un rabo muy corto y retorcido como el de un cerdo, orejas largas de perro de caza y mirada muy fiera. Los perros los dejaron literalmente petrificados, pues, al menor movimiento, emitían unos amenazadores gruñidos. Al final, pasó a caballo un hombre de la finca que los acompañó. El amo de la casa los llevó a visitar las ruinas de un antiguo convento. Y allí, el director de la escuela y el americano, en una maltrecha y húmeda pared, pudieron contemplar un fresco extraordinario, una Natividad. Todavía se podía leer la fecha: 1410. En él figuraban también representados tres perros absolutamente idénticos a los dos que les habían cerrado el paso al llegar. Muchos años después, tras la construcción de la carretera asfaltada, el director de la escuela quiso regresar a aquel lugar. Las ruinas del convento ya no existían y habían sido sustituidas por un enorme garaje. Hasta el muro del fresco se había

derribado. Alrededor del garaje todavía se podían encontrar fragmentos de enlucido pintado.

Encontró una capillita que le había indicado Fazio y, diez metros más allá, el sendero que bajaba por la pendiente de la colina.

—Es muy empinado, tenga cuidado —le había dicho Fazio.

¡Empinado, un cuerno! En determinados tramos era casi vertical. Montalbano empezó a descender muy despacio. Cuando llegó a medio camino de la cuesta, se detuvo, bajó del coche y miró desde el borde del sendero. El panorama que apareció ante sus ojos podía ser, según los gustos del observador, horrendo o bellísimo. No había árboles ni otros edificios, exceptuando la casa cuyo tejado se podía ver cien metros más abajo. La tierra no estaba cultivada: abandonada a sí misma, había producido una prodigiosa variedad de plantas silvestres, hasta el extremo de que la minúscula casucha estaba totalmente enterrada por la alta hierba, excepto el tejado recién arreglado y con los canalones intactos. Montalbano vio, con sensación de desarraigo, los cables de la luz y del teléfono que, partiendo de un punto lejano y no visible, iban a parar al interior del antiguo establo. Totalmente incongruentes en un paisaje que daba la impresión de haber permanecido inalterado desde tiempo inmemorial.

## Quince

En determinado punto del sendero, a mano izquierda, el repetido paso arriba y abajo de un automóvil había abierto entre la alta hierba una especie de pista que llegaba en línea recta hasta la puerta del antiguo establo, una puerta nueva de madera maciza, recién instalada y provista de dos cerraduras. Por si fuera poco, una cadena como las que aseguran los ciclomotores pasaba a través de dos ojos de rosca, sujetando un cerrojo de gran tamaño. Al lado de la puerta había una ventanita protegida por barrotes y tan pequeña que no hubiera podido pasar por ella ni siquiera un niño de cinco años. Más allá de los barrotes se veía el cristal pintado de negro, destinado no sólo a impedir que se viera desde fuera lo que ocurría dentro, sino también a evitar que por la noche la luz se filtrara al exterior.

Montalbano podía seguir dos caminos: o bien regresar a Vigàta y pedir refuerzos o bien ponerse a hacer de ladrón, a pesar de constarle que la tarea sería muy ardua y agotadora. Optó, naturalmente, por el segundo. Se quitó la chaqueta, cogió la sierra metálica que por suerte había adquirido en Trapani y se puso a trabajar en la cadena. Al cabo de un cuarto de hora, empezó a dolerle el brazo. Y, a la media hora, el dolor se extendió hacia el centro del pecho. Una hora después, la cadena se rompió con la ayuda de las tenazas y del pie de cabra utilizado a modo de palanca. Estaba chorreando sudor. Se quitó la camisa y la extendió sobre la hierba para que se secara un poco. Se sentó en el coche para descansar y ni siquiera le apeteció fumarse un cigarrillo. Cuando se notó más descansado, atacó la primera de las dos cerraduras con el manajo de ganzúas que ahora ya siempre llevaba consigo. Se pasó una media hora trabajando, y comprendió que no habría nada que hacer. Tampoco obtuvo el menor resultado con la segunda cerradura. Se le ocurrió una idea que, en un principio, le pareció genial. Abrió la guantera del

coche, cogió la pistola, quitó el seguro, apuntó y disparó hacia la parte superior de la cerradura. La bala dio en el blanco, rebotó en el metal y rozó el costado de Montalbano, herido años atrás. El único efecto que obtuvo fue deformar el orificio en el que entraba la llave. Soltando maldiciones, volvió a guardar la pistola en su sitio. Pero ¿cómo era posible que en las películas americanas los policías siempre consiguieran abrir las puertas de aquella manera? Del susto que se había llevado, experimentó otro acceso de sudor. Se quitó la camiseta y la tendió al lado de la camisa. Provisto de un martillo y un formón, empezó a trabajar la madera de la puerta, alrededor de la cerradura contra la cual había disparado. Al cabo de una hora, le pareció que ya había excavado suficiente y que bastaría con propinar un empujón a la puerta para que esta se abriera. Retrocedió tres pasos, cogió carrerilla y arremetió contra la puerta, pero esta no se movió. Sintió un dolor tan intenso en toda la espalda y el pecho que le saltaron las lágrimas. ¿Por qué la maldita puerta no se había abierto? Claro: había olvidado que, antes de emprenderla a empujones con la puerta, hubiera tenido que dejar la segunda cerradura en el mismo estado que la primera. Los pantalones empapados de sudor le molestaban. Se los quitó y los tendió al lado de la camisa y la camiseta. Al cabo de otra hora, la segunda cerradura ya se encontraba en el mismo estado que la primera. El hombro se le había hinchado y le palpitaba. Trabajó con el martillo y el pie de cabra. Inexplicablemente, la puerta seguía resistiendo. De pronto, se sintió invadido por una furia incontenible: como en los dibujos animados del Pato Donald, la emprendió a puñetazos y a patadas con la puerta, gritando como un loco. Regresó renqueando al coche. Le dolía el pie izquierdo, se quitó los zapatos. Y, en aquel momento, oyó un estruendo descomunal: por sí sola y exactamente igual que en un dibujo animado, la puerta había decidido rendirse y caer hacia dentro. Montalbano se acercó corriendo. El antiguo establo, encalado y enlucido, estaba totalmente vacío. Ni un mueble ni un papel: nada de nada, como si jamás se hubiera utilizado. En la parte inferior de las paredes, sólo unas cuantas tomas eléctricas y telefónicas. El comisario contempló el vacío, sin comprenderlo. Después, cuando oscureció, tomó una determinación. Levantó la puerta y la apoyó contra la jamba, recogió la camiseta, la camisa y los pantalones, los arrojó al asiento de atrás, se puso la chaqueta, encendió los faros y emprendió el

camino de regreso a Marinella confiando en que, durante el trayecto, nadie lo obligara a detenerse. La noche perdida y una hembra.

Siguió un camino mucho más largo para no tener que atravesar Vigàta. Tuvo que conducir muy despacio porque experimentaba fuertes pinchazos en el hombro derecho, tan hinchado como una hogaza de pan candeal recién sacada del horno. Se detuvo en la explanada que había delante de su casa, recogió entre gemidos la camisa, la camiseta, los pantalones y los zapatos, apagó los faros y bajó. Dio dos pasos y se quedó paralizado. Justo al lado de la puerta vio una sombra, alguien que lo esperaba.

—¿Quién es? —preguntó con inquietud.

La sombra no contestó. El comisario avanzó otros dos pasos y la reconoció. Era Ingrid, mirándolo con los ojos desorbitados y la boca abierta, sin poder articular ni una sola palabra.

—Después te lo explico —se sintió obligado a murmurar Montalbano, tratando de sacar las llaves del bolsillo de los pantalones que llevaba colgados del brazo. Ingrid, algo más recuperada del susto, le quitó los zapatos de las manos. Al final, la puerta se abrió. Una vez encendida la luz, Ingrid lo estudió con curiosidad y después le preguntó:

—¿Te has exhibido con los «California Dream Men»?

—¿Quiénes son esos?

—Unos hombres que hacen striptease.

El comisario se quitó la chaqueta sin contestar. Al verle la espalda tumefacta, Ingrid no lanzó un grito ni pidió explicaciones. Se limitó a decir:

—¿Tienes algún linimento?

—No.

—Dame las llaves del coche y acuéstate.

—¿Adónde quieres ir?

—Habrà alguna farmacia abierta, ¿no? —contestó Ingrid, cogiendo también las llaves de la casa.

Montalbano se desnudó, le bastó con quitarse los calcetines y los calzoncillos, y se metió bajo la ducha. El dedo gordo del pie magullado se había convertido en una pera de tamaño mediano. Al salir de la ducha,

consultó el reloj que había dejado en la mesita de noche. Ya eran las nueve y media y ni siquiera se había dado cuenta. Marcó el número de la comisaría y, en cuanto oyó la voz de Catarella, cambió el tono de la suya.

—¿Oiga? Soy *monsieur* Hulot. *Je cherche monsieur Augellò*.

—¿Usted es francés de Francia?

—*Oui. Je cherche monsieur Augellò* o, como dicen ustedes, *monsieur* Augello.

—Señor francés, aquí no está.

—*Merci*.

Marcó el número del domicilio particular de Mimì. Dejó que el teléfono sonara un buen rato pero no hubo respuesta. Perdido por perdido, buscó en la guía el número de Beatrice. Esta contestó de inmediato.

—Beatrice, soy Montalbano. Perdóneme la desfachatez, pero...

—¿Quiere hablar con Mimì? —lo cortó con toda naturalidad la divina criatura—. Ahora mismo se lo paso.

No se había sentido incómoda en absoluto. En cambio, Augello sí, pues enseguida empezó a buscar un pretexto.

—Verás, Salvo, pasaba casualmente por delante del portal de Beba y...

—¡Por favor! —exclamó, magnánimo, Montalbano—. Perdóname tú primero si te he molestado.

—¡No es molestia! ¡Faltaría más! Dime.

¿Hubieran sido capaces en China de mejorar semejantes cumplidos?

—Te quería preguntar si mañana por la mañana, sobre las ocho, nos podríamos reunir en la comisaría. He descubierto algo muy importante.

—¿Qué es?

—El nexa entre los Griffio y Sanfilippo.

Oyó que Mimì aspiraba aire como cuando uno recibe un puñetazo en el estómago. Después Augello balbució.

—¿Dó... dónde estás? Voy ahora mismo.

—Estoy en casa. Pero está Ingrid.

—Ah. Por lo que más quieras, sácale todo lo que puedas aunque, después de lo que me has dicho, la hipótesis de los cuernos ya no se tenga muy en pie.

—Oye, no le digas a nadie dónde estoy. Ahora desenchufo el teléfono.

—Comprendo, comprendo —dijo Augello en tono insinuante.



Fue a acostarse cojeando. Tardó media hora en encontrar la posición más cómoda. Cerró los ojos y los abrió otra vez. Pero ¿no había invitado a Ingrid a cenar? Y ahora, ¿cómo haría para vestirse, levantarse y salir al restaurante? La palabra restaurante le provocó un inmediato efecto de vacío en la boca del estómago. ¿Desde cuándo no comía? Se levantó y se dirigió a la cocina. En el frigorífico destacaba un plato hondo lleno de salmonetes con salsa agridulce. Volvió a acostarse ya más tranquilo. Se estaba empezando a amodorrar cuando oyó abrirse la puerta principal.

—Voy enseguida —le dijo Ingrid desde el comedor.

Entró a los pocos minutos, sosteniendo en la mano un frasquito, una venda elástica y unos rollos de gasa. Lo depositó todo encima de la mesita de noche.

—Ahora saldo la deuda —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Montalbano.

—¿No te acuerdas? La primera vez que nos vimos. Yo me había torcido un tobillo, tú me trajiste aquí, me hiciste un masaje...

Ahora se acordaba, claro. Mientras la sueca permanecía tumbada medio desnuda en la cama, llegó Anna, una inspectora de policía que estaba enamorada de él. El malentendido había dado lugar a un follón descomunal. ¿Livia e Ingrid se habían visto alguna vez? Puede que sí, en el hospital, cuando él había resultado herido...

Bajo el lento y continuo masaje de la sueca, empezó a notar que se le cerraban los ojos y se abandonó a una somnolencia sumamente agradable.

—Incorpórate. Tengo que vendarte.

»Mantén el brazo levantado. Vuélvete un poco hacia mí.

Montalbano obedecía con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Ya he terminado —dijo Ingrid—. Dentro de media horita, te sentirás mejor.

—¿Y el dedo gordo? —preguntó él con voz pastosa.

—¿Qué dices?

Sin hablar, el comisario sacó el pie de debajo de la sábana. Ingrid puso manos a la obra.

\* \* \*

Abrió los ojos. Desde el comedor le llegaba la voz de un hombre que hablaba en susurros. Consultó el reloj, eran más de las once. Se encontraba mucho mejor. ¿Acaso Ingrid había llamado al médico? Se levantó y, tal como estaba, en calzoncillos, con la espalda, el pecho y el dedo gordo del pie vendados, fue a ver. No era el médico, mejor dicho, sí era un médico pero estaba comentando desde la pantalla del televisor una milagrosa cura de adelgazamiento. La sueca estaba sentada en el sillón. Se levantó de un salto al verlo entrar.

—¿Estás mejor?

—Sí. Gracias.

—Lo tengo todo preparado, si tienes apetito.

La mesa ya estaba puesta. Los salmonetes, sacados del frigorífico, sólo esperaban que se los comieran. Se sentaron. Mientras se servían, Montalbano preguntó:

—¿Por qué no me has esperado en el bar de Marinella?

—Salvo, ¿después de una hora?

—Claro, perdona. ¿Por qué no has venido en coche?

—Estoy sin él. Lo he llevado al mecánico. Un amigo me ha acompañado al bar. Después, al ver que no aparecías, decidí venir aquí, dando un paseo. Más tarde o más temprano regresarías a casa.

Mientras comían, el comisario la miró. Ingrid estaba cada vez más guapa. Junto a las comisuras de los labios tenía ahora unas pequeñas arrugas que le conferían un aspecto más maduro y consciente. ¡Qué mujer tan extraordinaria! Ni siquiera se le había pasado por la cabeza preguntarle cómo se había lastimado la espalda. Comía por el placer de comer, se habían repartido escrupulosamente los salmonetes, a tres por barba. Y bebía con fruición: ya iba por el tercer vaso cuando Montalbano aún no había apurado el primero.

—¿Qué querías de mí?

La pregunta sorprendió al comisario.

—No te entiendo.

—Salvo, me llamaste para decirme que...

¡El videocasete! Lo había olvidado.

—Quería enseñarte una cosa. Pero antes, terminemos. ¿Quieres fruta?

Después, una vez sentada Ingrid en el sillón, cogió la cinta.

—¡Esta película ya la he visto! —protestó la mujer.

—No se trata de ver la película, sino una grabación que hay en la cinta.

Colocó el casete, puso en marcha el vídeo y se sentó en el otro sillón. Después, con el mando a distancia, la pasó en avance rápido hasta que apareció el encuadre de la cama vacía que el cámara estaba tratando de enfocar.

—Me parece un comienzo muy prometedor —dijo la sueca, sonriendo.

Salió un espacio en negro. Y después volvió a aparecer la imagen de la cama en la que esta vez se veía a la amante de Nenè Sanfilippo tumbada en la misma posición que *La maja desnuda*. Un instante después, Ingrid se levantó, sorprendida y turbada.

—¡Pero si esta es Vanja! —dijo, casi a gritos.

Montalbano jamás había visto a Ingrid tan alterada, jamás, ni siquiera la vez en que ambos se las habían ingeniado para que ella pareciera sospechosa de un delito o casi.

—¿La conoces?

—Claro.

—¿Sois amigas?

—Bastante.

Montalbano apagó el televisor.

—¿Cómo has obtenido esta cinta?

—¿Lo hablamos allí? Vuelvo a sentir un poco de dolor.

Se acostó. Ingrid se sentó en el borde de la cama.

—Así estoy incómodo —se quejó el comisario.

Ingrid se levantó, lo sostuvo y le colocó la almohada detrás de la espalda para que pudiera permanecer medio incorporado. Montalbano le estaba cogiendo gusto a tener una enfermera.

—¿Cómo has obtenido la cinta? —volvió a preguntar Ingrid.

—La encontró mi subcomisario en casa de Nenè Sanfilippo.

—¿Quién es ese? —preguntó Ingrid, arrugando la frente.

—¿No lo sabes? Aquel veinteañero que murió de un disparo hace unos días.

—Sí, he oído hablar de él. Pero ¿por qué tenía la cinta?

La sueca era absolutamente sincera y parecía auténticamente sorprendida de todo aquel asunto.

—Porque era su amante.

—Pero ¿cómo? ¿Un jovencito?

—Sí. ¿Jamás te habló de él?

—Jamás. Por lo menos, jamás me dijo el nombre. Vanja es muy reservada.

—¿Cómo os conocisteis?

—Verás, en Montelusa las extranjeras bien casadas somos dos inglesas, una americana, dos alemanas, Vanja, que es rumana, y yo. Hemos creado una especie de club, así, medio en broma. ¿Tú sabes quién es el marido de Vanja?

—Sí, el doctor Ingrò, el cirujano de los trasplantes.

—Bueno, por lo que yo tengo entendido, no es un hombre muy agradable. Vanja, a pesar de que él le lleva por lo menos veinte años, durante algún tiempo vivió bien con él. Después el amor se terminó, también por parte de su marido. Empezaron a verse cada vez menos, pues él estaba siempre de viaje por ahí.

—¿Tenía amantes?

—Que yo sepa, no. Ella le ha sido muy fiel a pesar de todo.

—¿Qué significa «a pesar de todo»?

—Por ejemplo, ya no mantenían relaciones. Y Vanja es una mujer que...

—Comprendo.

—Después, hace unos tres meses, cambió. Parecía más alegre y más triste al mismo tiempo. Comprendí que estaba enamorada. Se lo pregunté. Me dijo que sí. Me pareció comprender que era por encima de todo una pasión física.

—Me gustaría conocerla.

—¿A quién?

—¿Cómo a quién? A tu amiga.

—¡Pero si hace quince días que se fue!

—¿Sabes adónde?

—Claro. A un pueblecito cerca de Bucarest. Tengo la dirección y el número de teléfono. Me ha escrito dos líneas. Dice que ha tenido que regresar a Rumania porque su padre no está muy bien tras su caída en desgracia y su salida del Ministerio.

—¿Sabes cuándo vuelve?

—No.

—¿Conoces bien al doctor Ingrò?

—Lo habré visto tres veces como máximo. Una vez estuvo en mi casa. Es un sujeto muy elegante, pero antipático. Por lo visto, tiene una colección extraordinaria de cuadros. Vanja dice que eso de los cuadros es una especie de enfermedad. Se ha gastado en ellos una cantidad increíble de dinero.

—Piénsalo antes de contestar: ¿sería capaz de matar o de hacer matar al amante de Vanja si descubriera que ella lo traiciona?

Ingrid soltó una carcajada.

—¡Qué va! ¡Últimamente Vanja le importaba un bledo!

—Pero ¿no sería posible que hubiera obligado a Vanja a marcharse para alejarla del amante?

—Eso sí, podría ser. En caso de que lo haya hecho, habrá sido para evitar posibles rumores y habladurías desagradables. Pero no es un hombre capaz de ir más lejos.

Ambos se miraron en silencio. Ya no había nada más que decir. De repente, a Montalbano se le ocurrió una cosa.

—Si no tienes coche, ¿cómo te irás?

—¿Llamo un taxi?

—¿A esta hora?

—Pues entonces, me quedo a dormir aquí.

Montalbano empezó a notar una leve sensación de sudor en la frente.

—¿Y tu marido?

—No te preocupes.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Coges mi coche y te vas.

—¿Y tú?

—Mañana por la mañana pediré que vengán a recogerme.

Ingrid lo miró en silencio.

—¿Me consideras una puta en celo? —preguntó muy seria, con cierta melancolía en la mirada.

El comisario se avergonzó.

—Quédate, será un placer —dijo con toda sinceridad.

Como si siempre hubiera vivido en aquella casa, Ingrid abrió un cajón de la cómoda de siete cajones y sacó una camisa limpia.

—¿Me la puedo poner?

En mitad de la noche, Montalbano, medio adormilado, se dio cuenta de que tenía un cuerpo de mujer acostado a su lado. Sólo podía ser Livia. Alargó una mano y la apoyó en una nalga lisa y compacta. De repente, una descarga eléctrica lo fulminó. Santo cielo, no era Livia. Retiró de golpe la mano.

—Vuelve a dejarla donde estaba —le dijo la voz pastosa de Ingrid.

—Son las seis y media. El café está listo —dijo Ingrid, tocándole cuidadosamente el hombro lastimado.

El comisario abrió los ojos. Ingrid llevaba puesta únicamente su camisa.

—Perdona que te haya despertado tan temprano. Pero tú mismo me dijiste antes de quedarte dormido que a las ocho tenías que estar en la comisaría.

Se levantó. Le dolía menos, pero el apretado vendaje le dificultaba los movimientos. La sueca se lo quitó.

—Cuando te hayas lavado, te lo volveré a poner.

Se tomaron el café. Montalbano tuvo que utilizar la mano izquierda, pues la derecha aún la tenía entumecida. ¿Cómo se las arreglaría para lavarse? Ingrid pareció leerle el pensamiento.

—Yo me encargo de eso —dijo.

En el cuarto de baño ayudó al comisario a quitarse los calzoncillos y ella se quitó la camisa. Montalbano evitó cuidadosamente mirarla. En cambio, Ingrid parecía que llevara diez años casada con él.

Bajo la ducha ella lo enjabonó. Montalbano no reaccionaba, tenía la sensación, y le agradaba que así fuera, de haber vuelto a la infancia, cuando unas manos amorosas efectuaban sobre su cuerpo aquel mismo trabajo.

—Percibo evidentes señales de despertar —le dijo Ingrid entre risas.

Montalbano miró hacia abajo y se ruborizó. Las señales eran más que evidentes.

—Perdona, lo lamento.

—¿Qué lamentas, ser hombre? —preguntó Ingrid.

—Abre el grifo del agua fría, será mejor —dijo el comisario.

Después vino el calvario del secado. Se puso los calzoncillos con un suspiro de alivio, como si fueran la señal de la desaparición del peligro. Antes de vendarlo, Ingrid se vistió. De esta manera, todo se pudo desarrollar con más tranquilidad por parte del comisario. Antes de salir de casa, se tomaron otra taza de café. Ingrid se sentó al volante.

—Ahora tú me dejas en la comisaría y te vas a Montelusa con mi coche —dijo Montalbano.

—No —dijo Ingrid—, te dejo en la comisaría y cojo un taxi. Me resulta más fácil que devolverte el coche.

A lo largo de medio trayecto, permanecieron en silencio. Pero un pensamiento atormentaba el cerebro del comisario, el cual, en determinado momento, se armó de valor y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido esta noche entre nosotros dos?

Ingrid se rio.

—¿No lo recuerdas?

—No.

—¿Para ti es importante recordarlo?

—Más bien sí.

—Está bien. ¿Sabes qué ha ocurrido? Nada, si tus escrúpulos prefieren un no.

—¿Y si no tuviera esos escrúpulos?

—Pues entonces, ha ocurrido de todo. Lo que más te convenga.

Hubo una pausa.

—¿Crees que, después de esta noche, nuestras relaciones han cambiado? —preguntó Ingrid.

—Absolutamente no —contestó con toda sinceridad el comisario.

—Entonces ¿por qué haces preguntas?

El razonamiento tenía su lógica. Y Montalbano se abstuvo de hacer más preguntas. Mientras se detenía delante de la comisaría, ella preguntó:

—¿Quieres el número de teléfono de Vanja?

—Por supuesto.

Mientras Ingrid, tras haber abierto la portezuela, ayudaba a Montalbano a bajar, Mimì Augello apareció en la puerta de la comisaría y se detuvo en seco, contemplando la escena con interés. Ingrid se alejó rápidamente, tras haber besado suavemente en la boca al comisario. Mimì la siguió mirando por detrás hasta que la perdió de vista. Haciendo un gran esfuerzo, el comisario subió a la acera.

—Me duele todo —dijo, pasando junto a Augello.

—¿Ves lo que ocurre cuando uno no está en forma? —replicó este con una sonrisita.

El comisario le hubiera roto los dientes de un puñetazo, pero temió lastimarse el brazo.



## Dieciséis

—Bueno, Mimì, escúchame con atención pero sin distraerte del volante. Ya tengo un hombro hecho polvo, no quisiera sufrir más daños. Y, sobre todo, no me interrumpas con preguntas, porque de otro modo pierdo el hilo. Me las harás todas al final. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no me preguntes cómo he descubierto ciertas cosas.

—De acuerdo.

—Y tampoco detalles inútiles, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero, antes de que empieces, ¿te puedo hacer una?

—Sólo una.

—Aparte del brazo, ¿también te has herido la cabeza?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Me estás atacando los nervios con tanto preguntarme si estoy de acuerdo. ¿Es que tienes una obsesión? Declaro que estoy de acuerdo con todo, incluso con las cosas que ignoro. ¿Te parece bien así? Suelta el rollo.

—La señora Margherita Griffó tenía un hermano y una hermana, Giuliana, maestra de escuela, que vivía en Trapani.

—¿Murió?

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —saltó el comisario—. ¡Y pensar que me lo habías prometido! ¡Y me sales con una pregunta absurda! ¡Si te digo que vivía, es evidente que murió!

Augello no rechistó.

—Margherita no se hablaba con su hermana desde que eran jóvenes, por una cuestión de herencia. Pero un día ambas hermanas hicieron las paces. Cuando Margherita se entera de que Giuliana está a punto de morir, va a verla en compañía de su marido. Se alojan en casa de Giuliana. Desde hace

mucho tiempo, esta vive con una amiga suya, la señorita Baeri. Los Griffio averiguan que Giuliana ha dejado a su hermana en el testamento un antiguo establo rodeado por un pequeño terreno en un lugar de Vigàta llamado El Moro, el lugar hacia el que ahora nos estamos dirigiendo. Es una herencia de carácter puramente sentimental, pues carece de valor. Al día siguiente del entierro, cuando los Griffio se encuentran todavía en Trapani, llama alguien que manifiesta interés por el antiguo establo. El comunicante ignora que Giuliana ha muerto. Entonces, la señorita Baeri le pasa a Alfonso Griffio. Y hace bien, pues la mujer de este es la nueva propietaria. Ambos hablan por teléfono. Alfonso se muestra evasivo acerca del contenido de la conversación telefónica. Se limita a decirle a su mujer que ha llamado un hombre que vive en su mismo edificio.

—¡Dios bendito! ¡Nenè Sanfilippo! —exclamó Mimì, dando un bandazo.

—O conduces bien o no te cuento nada más. Que los propietarios del antiguo establo sean los ocupantes del piso de arriba es para Nenè una feliz casualidad.

—Un momento. ¿Estás seguro de que se trata de una casualidad?

—Sí, es una casualidad. Entre paréntesis, si tengo que aguantar tus preguntas, exijo que estas sean inteligentes. Es una casualidad. Sanfilippo no sabía que Giuliana había muerto y no tenía el menor interés en fingir. No sabía que el antiguo establo había pasado a manos de la señora Griffio porque el testamento aún no se había hecho público.

—De acuerdo.

—Pocas horas después, ambos se reúnen.

—¿En Vigàta?

—No, en Trapani. Cuanto menos lo vean en Vigàta con los Griffio tanto mejor para Sanfilippo. Me apuesto los huevos a que Sanfilippo le cuenta al viejo la historia de un amor apasionado y peligroso... si se descubre la relación, podría producirse una catástrofe... En resumidas cuentas, necesita el antiguo establo para convertirlo en vivienda ocasional. Pero habrá que respetar ciertas normas. No se pagará el impuesto de sucesión; si la cosa se descubre, lo abonará Sanfilippo; los Griffio no podrán poner los pies en su propiedad; a partir de aquel momento, cuando se crucen en Vigàta no deberán siquiera saludarse; los Griffio tampoco podrán hablar a su hijo del asunto. En

su afán por ganar dinero, los viejos aceptan las condiciones y se embolsan los primeros dos millones.

—¿Por qué necesitaba Sanfilippo un lugar tan aislado?

—No para convertirlo en un picadero. Entre otras cosas, no dispone de agua y no hay retrete. Si se te escapa, lo haces al aire libre.

—¿Pues entonces?

—Tú mismo te darás cuenta. ¿Ves aquella capillita? Más adelante hay un sendero a mano izquierda. Tómallo y conduce despacio, es una pendiente muy inclinada.

La puerta estaba apoyada en la jamba exactamente tal y como él la había dejado la víspera. Nadie había entrado. Mimì la apartó, entraron e inmediatamente el cuarto les pareció más pequeño de lo que era.

Augello miró a su alrededor en silencio.

—Lo han limpiado todo —dijo.

—¿Ves todas estas tomas? —preguntó Montalbano—. Se hace instalar la luz y el teléfono, pero no pone un retrete. Este era su despacho, el lugar adonde podía venir cada día a realizar su trabajo de empleado.

—¿Empleado?

—Claro. Trabajaba por cuenta de terceros.

—¿Y quiénes eran esos terceros?

—Los mismos que le habían encargado la búsqueda de un lugar aislado, lejos de todo y de todos. ¿Quieres que plantee algunas hipótesis? En primer lugar, traficantes de droga. En segundo, pederastas. Y después hay toda la larga serie de gente siniestra que utiliza Internet. Desde aquí, Sanfilippo podía establecer contacto con todo el mundo. Navegaba, encontraba, establecía comunicación y después informaba a sus jefes. La cosa se prolongó sin ningún contratiempo durante dos años. Después ocurrió algo grave; tuvieron que largarse, cortar todos los vínculos y borrar las huellas. Sanfilippo convenció a los Griffio de que hicieran una bonita excursión a Tindari.

—Pero ¿con qué objeto?

—Les debió de soltar cualquier chorrada a aquellos pobres viejos. Por ejemplo, que el peligroso marido había descubierto la aventura amorosa y que quizá los querría matar a ellos dos por ser cómplices... A él se le había

ocurrido una idea estupenda: ¿por qué no hacían aquella excursión a Tindari? Al enfurecido cornudo no se le pasaría por la cabeza irlos a buscar a bordo de un autocar... Mejor que se ausentaran un día de su casa; habían intervenido unos amigos en el asunto e intentarían aplacar las iras del cornudo... Él también hará la misma excursión, pero en coche. Los viejos, muertos de miedo, aceptan. Sanfilippo dice que seguirá el desarrollo de los acontecimientos a través de su teléfono móvil. Antes de llegar a Vigàta, el viejo deberá pedir una parada extra. Así Sanfilippo los podrá mantener al corriente de la situación. Todo se desarrolla según lo previsto. Salvo que, en la última parada antes de llegar a Vigàta, Sanfilippo les dice a los viejos que aún no se ha conseguido resolver nada y que será mejor que pasen la noche fuera de casa. Los invita a subir a su automóvil y después los entrega al verdugo. En aquel momento, todavía no sabe que él también está destinado a morir.

—Aún no me has explicado por qué era necesario alejar a los Griffio. ¿Si ellos ni siquiera sabían dónde estaba su propiedad!

—Alguien tenía que entrar en su casa y hacer desaparecer los documentos de dicha propiedad. Por ejemplo, la copia del testamento. Alguna carta de Giuliana a su hermana en la que le comunicaba a esta que la recordaría con aquel legado. Cosas de este tipo. El encargado de llevarse los documentos encuentra también una libreta postal de ahorro con una suma que resultaría excesiva para dos pobres jubilados. La hace desaparecer. Pero comete un error. Despertará mis sospechas.

—Salvo, a mí esta historia de la excursión a Tindari no me convence, por lo menos, tal como la reconstruyes tú. ¿Qué necesidad había de eso? ¡Aquella gente podía entrar con cualquier pretexto en casa de los Griffio y hacer lo que les diera la gana!

—Sí, pero después hubiera tenido que matarlos allí mismo en su apartamento. Y habría provocado la alarma de Sanfilippo, a quien los asesinos seguramente le dijeron que no tenían la menor intención de matarlos, sino tan sólo de pegarles un buen susto... Y, además, ten en cuenta que su mayor interés era hacernos creer que entre la desaparición de los Griffio y el asesinato de Sanfilippo no había ningún nexo. En efecto: ¿cuándo

empezamos nosotros a comprender que ambas historias estaban relacionadas entre sí?

—Puede que tengas razón.

—Sin puede, Mimì. Después, tras haber vaciado todo esto de aquí con la ayuda de Sanfilippo, se llevan al chaval. Quizá con la excusa de hablar de la reorganización del despacho. Y, entre tanto, hacen en su apartamento lo mismo que habían hecho en casa de los Griffo. Se llevan los recibos de la luz y del teléfono de la casita, por poner un ejemplo. Recordarás que no los encontramos. Hacen que Sanfilippo regrese a casa bien entrada la noche y...

—¿Qué necesidad tenían de que volviera a casa? Lo podían matar en el lugar adonde lo habían llevado.

—Y entonces, en el mismo edificio, habría habido tres misteriosas desapariciones.

—Es verdad.

—Sanfilippo vuelve a casa, ya es casi de día, baja del coche, introduce la llave en la cerradura del portal y, entonces, el que lo estaba esperando lo llama.

—Y, a partir de aquí, ¿cómo seguimos? —preguntó Augello tras una breve pausa.

—No lo sé —contestó Montalbano—. De aquí ya nos podemos ir. Es inútil que llamemos a la Científica para las huellas dactilares. Hasta el techo habrán limpiado con lejía.

Subieron al coche y se alejaron de aquel lugar.

—Fantasía no te falta, desde luego —comentó Mimì tras haber repasado la reconstrucción del comisario—. Cuando te jubiles, podrías dedicarte a escribir novelas.

—Escribiría novelas de misterio, con toda seguridad. Y no merece la pena.

—¿Por qué lo dices?

—Ciertos críticos y catedráticos, o aspirantes a serlo, consideran las novelas de misterio un género menor hasta el punto de que en las historias de la literatura ni siquiera se las menciona.

—Y a ti, ¿qué carajo te importa? ¿Quieres entrar en la historia de la literatura con Dante y Manzoni?

—Me daría vergüenza.

—Pues entonces, escríbelas y basta.

Al cabo de un rato, Augello añadió:

—Eso quiere decir que ayer fue un día perdido.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso lo has olvidado? No hice más que reunir información acerca del profesor Ingrò tal como acordamos cuando todavía pensábamos que a Sanfilippo lo habían matado por un asunto de cuernos.

—Ah, ya. De acuerdo, pero dímelo de todos modos.

—Es un personaje de auténtica fama mundial. Entre Vigàta y Caltanissetta hay una clínica muy discreta a la que acuden muy pocos y selectos *vips*. Fui a verla por fuera. Es una mansión rodeada por un muro muy alto, con un espacio enorme en su interior. Piensa que hasta puede aterrizar un helicóptero. Hay dos guardias armados. Me he informado y me han dicho que la mansión está momentáneamente cerrada. Pero el doctor Ingrò opera prácticamente donde quiere.

—¿Dónde está actualmente?

—¿Sabes una cosa? Aquel amigo mío que lo conoce dice que se ha retirado a su mansión de la playa entre Vigàta y Santolì. Dice que está pasando por un mal momento.

—Quizá porque se ha enterado de la traición de su mujer.

—Es posible. Este amigo me ha dicho que hace más de dos años el doctor también tuvo un momento de crisis, pero que después se recuperó.

—Y se ve que aquella vez su amante esposa también...

—No, Salvo, aquella vez fue una causa mucho más grave, según me han dicho. No se sabe nada seguro, son sólo rumores. Al parecer, se expuso a ir a la cárcel por culpa de una elevada cantidad de dinero para comprar un cuadro. No la tenía. Firmó unos cheques sin fondos y hubo amenazas de denuncia. Después consiguió reunir el dinero y todo se arregló.

—¿Dónde guarda los cuadros?

—En una cámara acorazada. En su casa sólo cuelga reproducciones. —  
Tras otra pausa, Augello preguntó en tono cauteloso—: Y tú, ¿qué hiciste con Ingrid?

Montalbano se erizó.

—Mimì, no me gusta este tipo de conversación.

—Pero si yo te estaba preguntando si habías averiguado algo acerca de Vanja, la mujer de Ingrò.

—Ingrid sabía que Vanja tenía un amante, pero ignoraba su nombre. Hasta el extremo de que no estableció ninguna relación entre su amiga y el asesinato de Nenè Sanfilippo. De todos modos, Vanja se ha ido, ha regresado a Rumania para ver a su padre, que está enfermo. Se fue antes de que mataran a su amante.

Ya estaban llegando a la comisaría.

—Sólo por curiosidad, ¿has leído la novela de Sanfilippo?

—Te aseguro que no he tenido tiempo. La he hojeado. Es curioso: algunas páginas están muy bien escritas y otras muy mal.

—¿Me la quieres llevar a la comisaría después de comer?

Al entrar vio a Gallo en la centralita.

—¿Dónde está Catarella, que no lo he visto desde esta mañana?

—Lo han llamado a Montelusa para un cursillo de actualización informática. Volverá esta tarde a las cinco y media.

—Entonces ¿qué hacemos? —volvió a preguntar Augello, que había seguido a su jefe.

—Mira, Mimì. El jefe superior me ha ordenado que me ocupe sólo de asuntos de escasa importancia. A tu juicio, los asesinatos de los Griffio y de Sanfilippo, ¿son unos asuntos de escasa o de gran importancia?

—De gran importancia. Muy grande.

—Pues entonces, no son asunto nuestro. Tú prepárame un informe para el jefe superior, limitándote a exponer exclusivamente los hechos, no lo que pienso yo, sobre todo. De esta manera, él se los encargará al jefe de la Móvil si entre tanto se le ha pasado la diarrea o lo que sea.

—¿Y nosotros le vamos a servir calentita una historia como esta? —replicó Augello—. ¡Y esos ni siquiera nos darán las gracias!

—¿Tanto empeño tienes en que te den las gracias? Tú procura redactarlo bien. Mañana por la mañana me lo traes y yo lo firmo.

—¿Qué significa que lo redacte bien?

—Que tienes que aderezarlo con cosas como «tras personarnos en el lugar, y por ende, de lo cual se deduce, ello no obstante». Así se encontrarán en su terreno y con su lenguaje, y tomarán el asunto en consideración.

Se pasó una hora sin hacer nada. Después llamó a Fazio.

—¿Hay alguna noticia de Japichinu?

—Nada, oficialmente sigue estando en la clandestinidad.

Por su parte, Gallo le habló de un grupo de albaneses que se habían escapado del campo de concentración, es decir, el campo de acogida.

—¿Los habéis encontrado?

—Ni uno solo, señor comisario. Y no los encontraremos.

—¿Por qué?

—Porque son fugas concertadas con otros albaneses que ya han echado raíces aquí. Un compañero mío de Montelusa dice que hay algunos que se escapan para regresar a Albania. Echan las cuentas y descubren que en su casa estaban mejor. Un millón de liras por barba para venir y dos para volver a casa. Los intermediarios siempre salen ganando.

—¿Qué es eso, un chiste?

—A mí no me lo parece —contestó Gallo.

Después sonó el teléfono. Era Ingrid.

—Te llamo para darte el número de Vanja.

Montalbano lo anotó. En lugar de despedirse, Ingrid le dijo:

—He hablado con ella.

—¿Cuándo?

—Antes de llamarte a ti. Ha sido una conversación muy larga.

—¿Quieres que nos veamos?

—Sí, es mejor. Tengo el coche, ya me lo han devuelto.

—Muy bien, así me cambiarás el vendaje. Reunámonos a la una en la *trattoria* San Calogero.

Había algo que no le gustaba en la voz de Ingrid, parecía intranquila.



Entre los dones que *u Signiruzzu* le había otorgado, la sueca poseía también el de la puntualidad. Entraron, y lo primero que vio el comisario fue una pareja sentada a una mesa para cuatro: Mimì y Beba. Augello se levantó de un salto. A pesar de ser dueño de un rostro más duro que el cemento, se había ruborizado ligeramente. Hizo un gesto para invitar a su mesa a Ingrid y al comisario. Se estaba repitiendo a la inversa la escena de unos cuantos días atrás.

—No quisiéramos molestar... —dijo el muy hipócrita de Montalbano.

—¡No es ninguna molestia! —replicó el todavía más hipócrita Mimì.

Las mujeres se presentaron entre sí y se sonrieron. Una sonrisa sincera y cordial, que el comisario agradeció al cielo. Comer con dos mujeres que no se tenían simpatía tenía que ser una prueba muy difícil. Pero la aguda mirada de policía de Montalbano observó un detalle que lo preocupó: entre Mimì y Beatrice se advertía una especie de tensión. ¿O acaso su presencia los cohibía? Los cuatro pidieron lo mismo: unos entremeses de marisco y un plato gigante de pescado a la plancha. A medio comerse el lenguado, Montalbano comprendió que entre su subcomisario y Beba se debía de haber producido una pelea que quizá su llegada había interrumpido. ¡Jesús! Habría que procurar que los dos hicieran las paces antes de levantarse. Se estaba devanando los sesos en busca de una solución cuando vio cómo la mano de Beba se posaba suavemente sobre la de Mimì. Augello miró a la chica, la chica miró a Mimì. Por un instante, ambos se ahogaron el uno en los ojos del otro. ¡Paz! ¡Habían hecho las paces! Al comisario la comida le sentó mejor.

—Será mejor que vayamos a Marinella en dos coches —dijo Ingrid al salir de la *trattoria*—. He de regresar temprano a Montelusa, tengo un compromiso.

La espalda del comisario estaba mucho mejor. Mientras le cambiaba el vendaje, Ingrid le dijo:

—Estoy un poco desconcertada.

—¿Por la llamada?

—Sí. Verás...

—Después, ya hablaremos de eso después —dijo el comisario.

Estaba disfrutando de la sensación de frescor que le producía la pomada que le estaba aplicando Ingrid en la piel. Y le gustaba, ¿por qué no reconocerlo?, que las manos de la mujer le estuvieran prácticamente acariciando la espalda, los brazos y el pecho. En determinado momento, se dio cuenta de que mantenía los ojos cerrados y estaba a punto de ponerse a ronronear como un gato.

—Ya he terminado —dijo Ingrid.

—Vamos a la galería. ¿Te apetece un whisky?

Ingrid aceptó. Se pasaron un rato contemplando el mar en silencio. Después fue el comisario quien empezó.

—¿Cómo se te ocurrió llamarla?

—Pues no sé, fue un impulso repentino mientras buscaba la tarjeta para anotarte su número.

—Muy bien, habla.

—En cuanto le he dicho que era yo, me ha parecido que se asustaba. Me ha preguntado si había ocurrido algo. Y yo me he sentido incómoda. He dudado de si se habría enterado del asesinato de su amante. Por otra parte, ella nunca me había dicho su nombre. Le he contestado que no había ocurrido nada, que simplemente quería tener noticias suyas. Entonces me ha dicho que permanecería mucho tiempo lejos. Y se ha echado a llorar.

—¿Te ha explicado por qué tenía que mantenerse alejada?

—Sí. Te cuento los datos en orden, ella me los ha contado fragmentariamente y desordenados: una noche, Vanja, sabiendo que su marido no está en la ciudad y permanecerá ausente unos cuantos días, se lleva a su amante, como tantas otras veces había hecho, a la mansión de las cercanías de Santolì. Mientras dormían, alguien que había entrado en el dormitorio los despertó. Era el doctor Ingrò. «Entonces es verdad», murmuró. Vanja dice que su marido y el chico se miraron largo rato. Después el doctor dijo: «Ven conmigo». Y fue hacia el salón. Sin decir nada, el chico se vistió y se reunió con el doctor. Lo que más impresionó a mi amiga fue que... en resumidas cuentas, tuvo la sensación de que los dos ya se conocían. Y muy bien, por cierto.

—Espera un momento. ¿Sabes cómo se conocieron Vanja y Nenè Sanfilippo?

—Sí, me lo dijo cuando le pregunté si estaba enamorada, antes de irse. Se conocieron casualmente en un bar de Montelusa.

—¿Sanfilippo sabía con quién está casada tu amiga?

—Sí, se lo había dicho Vanja.

—Sigue.

—Después, el marido y Nenè... Al llegar a este punto del relato, Vanja me dijo: «Se llama Nenè»... Volvieron al dormitorio y...

—¿Dijo exactamente «se llama»? ¿Utilizó el tiempo presente?

—Sí. Y yo también he observado el detalle. Aún no sabe que su amante ha sido asesinado. Te estaba diciendo que los dos regresaron al dormitorio, y Nenè, mirando al suelo, murmuró que su relación había sido un grave error, que la culpa había sido suya y que ya no se volverían a ver nunca más. Y se fue. Lo mismo hizo Ingrò poco después sin decir ni una sola palabra. Vanja no sabía qué hacer. Estaba como decepcionada por la actitud de Nenè. Decidió quedarse en la casa. A última hora de la mañana del día siguiente, el doctor volvió. Le dijo a Vanja que tenía que regresar inmediatamente a Montelusa y hacer las maletas. Su billete para Bucarest ya estaba listo. Mandaría que la acompañaran en coche al aeropuerto de Catania al amanecer. Por la noche, cuando se quedó sola en casa, Vanja trató de telefonar a Nenè, pero no lo pudo localizar. A la mañana siguiente, se fue. Y justificó su partida ante las amigas con la excusa del padre enfermo. Me dijo que aquella tarde, cuando el marido fue a decirle que tenía que irse, no parecía resentido, ofendido o amargado, sino preocupado. Ayer, el doctor la llamó y le aconsejó que permaneciera el mayor tiempo posible lejos de aquí. Y no quiso decirle por qué. Eso es todo.

—Pero tú, ¿por qué estás confusa?

—¿Por qué? ¿Acaso, a tu juicio, este es el comportamiento normal de un marido que sorprende en su propia casa a su mujer en la cama con otro?

—¡Pero si tú misma me has dicho que ya no se querían!

—¿Y también te parece normal el comportamiento del chico? ¿Desde cuándo vosotros, los sicilianos, os habéis vuelto más suecos que los suecos?

—Mira, Ingrid, probablemente Vanja tiene razón al decir que Ingrò y Sanfilippo se conocían... El chico era un experto técnico en informática y en la clínica de Montelusa tiene que haber un montón de ordenadores. Cuando al

principio Nenè inicia su relación con Vanja, no sabe que es la mujer del doctor Ingrò. Cuando se entera, quizá porque ella misma se lo dice, es demasiado tarde, ya están muy enamorados el uno del otro. ¡Todo está muy claro!

—No sé —dijo Ingrid en tono vacilante.

—Mira: el chico dice que ha cometido un error. Y tiene razón, porque seguro que pierde el trabajo. Y el médico aleja a la mujer porque teme las habladurías, las consecuencias... Supongamos que los dos toman la precipitada e imprudente decisión de fugarse... mejor evitar las ocasiones.

Por la mirada que Ingrid le dirigió, Montalbano comprendió que sus explicaciones no la habían convencido. Pero, siendo ella como era, no hizo más preguntas.

Cuando Ingrid se fue, Montalbano permaneció sentado en la galería. Los pesqueros estaban abandonando el puerto para iniciar la faena nocturna. No quería pensar en nada. De repente, oyó muy cerca un armonioso sonido. Alguien estaba silbando. ¿Quién? Miró a su alrededor. No había nadie. ¡Era él! ¡Era él el que estaba silbando! En cuanto fue consciente de su acto, ya no pudo volver a hacerlo. Por consiguiente, tenía algunos momentos como de desdoblamiento, en los cuales incluso sabía silbar. Le entraron ganas de reír.

«Doctor Jekyll y míster Hyde —murmuró—. Doctor Jekyll y míster Hyde. Doctor Jekyll y míster Hyde».

A la tercera vez, ya no sonreía. Muy al contrario, se había puesto muy serio. Tenía la frente un poco sudada.

Se llenó un vaso de whisky solo.

—*Dottori!* ¡Ah, *dottori!* —dijo Catarella corriendo a su encuentro—. ¡Desde ayer le tengo que entregar en persona personalmente una carta que me dio el abogado Guttadauro que me dijo que se la tenía que entregar en persona personalmente!

Se la sacó del bolsillo y se la entregó. Montalbano la abrió.

Distinguido señor comisario, la persona que usted sabe, mi cliente y amigo, había manifestado su intención de escribirle una carta para ofrecerle el testimonio de su más rendida admiración. Después cambió de parecer y me rogó que le dijera que lo llamará. Acepte, señor comisario, mis más cordiales saludos.

Suyo,

Guttadauro

La rompió en trocitos y entró en el despacho de Augello. Mimì estaba sentado al escritorio.

—Estoy escribiendo el informe.

—Mándalo al carajo —dijo Montalbano.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmado, Mimì—. Tienes una cara que no me convence.

—¿Me has traído la novela?

—¿La de Sanfilippo? Sí.

Señaló un sobre que había encima del escritorio. El comisario lo cogió y se lo colocó bajo el brazo.

—Pero ¿qué te ocurre? —insistió en preguntar Augello.

El comisario no contestó.

—Yo regreso a Marinella. No me llaméis. Volveré a la comisaría hacia la medianoche. Y os quiero a todos aquí.

## Diecisiete

En cuanto salió de la comisaría, todo el deseo que tenía de correr a encerrarse en Marinella para ponerse a leer le pasó de golpe, tal como a veces hace el viento, que en determinado momento arranca los árboles de cuajo y, al siguiente, desaparece como si jamás hubiera existido. Subió al coche y se dirigió al puerto. Al llegar allí, se detuvo y bajó con el sobre. La verdad era que le faltaba valor, temía encontrar en las palabras de Nenè Sanfilippo la confirmación de la idea que le había pasado por la cabeza después de que Ingrid se fuera. Llegó paseando sin darse cuenta al pie del faro y se sentó en la roca plana. A lo mejor, era el olor del musgo, la pelusilla verde que hay en la parte inferior de las rocas, la que está en contacto con el agua del mar. Consultó el reloj: aún le quedaba una hora larga de luz y, de haber querido, hubiera podido empezar a leer allí mismo. Pero aún no se sentía con ánimos, le faltaba valor. ¿Y si, al final, el escrito de Sanfilippo resultara ser una solemne chorrada, la fantasía estreñida de un aficionado que pretende escribir una novela sólo porque en la escuela primaria le habían enseñado a hacer palotes? Que ahora, entre otras cosas, ya no enseñaban a hacer. Y eso era otra señal de que él ya tenía sus buenos añitos. Pero sostener en la mano aquellas páginas sin tomar una decisión en uno u otro sentido, le producía una sensación de angustia, una especie de escozor en la piel. Quizá sería mejor que se fuera a Marinella y se pusiera a leer en la galería. Allí también podría respirar el aire del mar.

Comprendió al primer vistazo que Nenè Sanfilippo, para ocultar lo que realmente tenía que decir, había recurrido al mismo sistema utilizado para la filmación de Vanja desnuda. Allí la cinta empezaba después de unos veinte

minutos de *La huida*; aquí, en cambio, las primeras páginas habían sido copiadas de una célebre novela: *Yo, robot* de Asimov.

Montalbano tardó dos horas en leerla por entero y, a medida que se acercaba al final e iba comprendiendo cada vez con más claridad lo que Nenè Sanfilippo contaba, la mano se le iba yendo cada vez con más frecuencia hacia la botella de whisky.

La novela no tenía un final, quedaba interrumpida en mitad de una frase. Pero lo que él había leído le había bastado y sobrado. Desde la boca del estómago, un fuerte acceso de náuseas le atenazó la garganta. Corrió al cuarto de baño sin apenas poder contenerse, se arrodilló delante de la taza del escusado y empezó a vomitar. Vomitó el whisky que acababa de beberse, vomitó la comida de aquel día, la del anterior y la del otro, y le pareció, ahora con la sudada cabeza ya enteramente metida dentro de la taza mientras un fuerte dolor le martirizaba los costados, que estaba vomitando interminablemente todo el tiempo de su vida y que iba retrocediendo progresivamente hasta llegar a las papillas que le daban en su infancia, y, cuando se hubo deshecho también de la leche de su madre, siguió vomitando amargo veneno, hiel y puro odio reconcentrado.

Consiguió levantarse agarrándose al lavabo, pero las piernas a duras penas lo sostenían. Seguro que le estaba subiendo la fiebre. Colocó la cabeza bajo el grifo abierto.

«Demasiado viejo para este oficio».

Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

\* \* \*

Permaneció tumbado muy poco rato. Se levantó, le daba vueltas la cabeza, pero la ciega furia que lo había asaltado se estaba transformando ahora en una lúcida determinación. Llamó al despacho.

—¿Diga? ¿Diga? Esto sería la comisaría de...

—Catarè, soy Montalbano. Pásame al subcomisario Augello, si está.

Estaba.

—Dime, Salvo.

—Escúchame con atención, Mimì: ahora mismo tú y Fazio cogéis un coche, no de servicio, por el amor de Dios, y os vais por la parte de Santolì.

Quiero saber si la mansión del doctor Ignazio Ingrò está vigilada.

—¿Por quién?

—Mimì, no hagas preguntas. Si está vigilada, no lo está por nosotros, naturalmente. Tenéis que encontrar el medio de averiguar si el doctor está solo o en compañía de alguien. Os podéis tomar todo el tiempo que haga falta para estar seguros de lo que veáis. Había convocado a los hombres para la medianoche. Contraorden, ya no es necesario. Cuando terminéis en Santolì, deja libre también a Fazio y ven aquí a Marinella a contarme cómo está la situación.

Colgó y sonó el teléfono. Era Livia.

—¿Cómo es posible que a esta hora ya estés en casa? —le preguntó.

Estaba contenta, más que contenta, felizmente asombrada.

—Y tú, si sabes que a esta hora no estoy nunca en casa, ¿por qué me has llamado?

Había contestado a una pregunta con otra pregunta porque necesitaba ganar tiempo; de lo contrario, conociéndolo como lo conocía, Livia se habría dado cuenta de que había algo en él que no marchaba.

—¿Sabes, Salvo?, hace más o menos una hora que me ocurre una cosa muy rara. Jamás me había ocurrido o, mejor dicho, jamás con tanta intensidad. Es muy difícil de explicar.

Ahora era Livia la que estaba ganando tiempo.

—Pero tú inténtalo.

—Bueno, es como si estuviera ahí.

—Perdona, pero no...

—Tienes razón. Verás, al entrar en casa, no he visto mi comedor sino el tuyo, el de Marinella. No, no es eso exactamente, era mi comedor, claro, pero simultáneamente también el tuyo.

—Como ocurre en los sueños.

—Sí, algo parecido. Y, a partir de ese momento, he notado una especie de desdoblamiento. Estoy en Boccadasse y, al mismo tiempo, estoy contigo en Marinella. Es... es precioso. Te he llamado porque estaba segura de que te encontraría.



Para no ceder a la turbación, Montalbano trató de tomárselo a broma.

—Lo que ocurre es que sientes curiosidad.

—¿Por qué?

—Por cómo es mi casa.

—Pero si... —replicó Livia.

Y dejó la frase sin terminar. Acababa de recordar el juego que él le había propuesto: volver a hacerse novios y empezarlo todo de nuevo por el principio.

—Me gustaría conocerla.

—¿Por qué no vienes?

No había conseguido controlar el tono y le había salido una pregunta de verdad. Y Livia lo notó.

—¿Qué ocurre, Salvo?

—Nada. Un momento de mal humor. Un caso muy feo.

—¿De veras quieres que vaya?

—Sí.

—Mañana por la tarde cojo el avión. Te quiero.

Tenía que pasar el rato mientras esperaba la llegada de Mimì. No le apetecía comer, a pesar de que se había vaciado de todo lo que pudiera haber en su interior. Su mano, casi independientemente de la voluntad, cogió un libro de la estantería. Leyó el título: *El agente secreto*, de Conrad. Recordaba que le había gustado, y mucho, pero no le venía a la mente nada más. A menudo le ocurría que, cuando leía las primeras líneas o el final de una novela, su memoria abría un pequeño compartimiento del cual surgían personajes, situaciones, frases. «Al salir por la mañana, el señor Verloc dejaba nominalmente la tienda al cuidado de su cuñado». Así empezaba, pero aquellas palabras no le dijeron nada. «Y caminaba, inesperado y mortal, como una peste en la calle abarrotada de gente». Eran las últimas palabras, y le dijeron demasiado. Le vino a la memoria una frase del libro: «Ninguna compasión por nada, ni siquiera por sí mismos, y la muerte puesta finalmente al servicio del género humano...». Se apresuró a volver a dejar el libro en su sitio. No, la mano no había actuado independientemente de su pensamiento,

había sido guiada, de forma inconsciente, claro, por él mismo, por lo que tenía dentro. Se sentó en el sillón y encendió el televisor. La primera imagen que vio fue la de unos prisioneros de un campo de concentración, no de los tiempos de Hitler, sino de hoy. En algún lugar del mundo que no se sabía cuál era, pues los rostros de los que sufren el horror son todos iguales. Lo apagó. Salió a la galería, se pasó un rato contemplando el mar y tratando de acompasar su respiración al ritmo del oleaje.

¿Era la puerta o el teléfono? Miró la hora: las once pasadas, demasiado pronto para Mimì.

—¿Oiga? Soy Sinagra.

El hilo de voz de Balduccio Sinagra, que siempre parecía que estuviera a punto de romperse como una telaraña al menor soplo de viento, era inconfundible.

—Sinagra, si tiene algo que decirme, llámeme a la comisaría.

—Espere. ¿Qué ocurre, tiene miedo? Este teléfono no está pinchado. A no ser que esté pinchado el suyo.

—¿Qué quiere?

—Quería decirle que me encuentro mal, muy mal.

—¿Porque no tiene noticias de su amadísimo nietecito Japichinu?

Era un disparo directo a los cojones. Y Balduccio Sinagra permaneció un instante en silencio, lo justo para encajar el golpe y recuperar el resuello.

—Estoy seguro de que mi nietecito, allí donde esté, se encuentra mejor que yo. Porque a mí los riñones ya no me funcionan. Necesito un trasplante, de lo contrario, me muero.

Montalbano no dijo nada. Dejó que el halcón volara en círculos concéntricos cada vez más cerrados.

—¿Sabe cuántos somos los enfermos que necesitamos esta operación? —añadió el viejo—. Más de diez mil, comisario. Mientras espera su turno, uno tiene tiempo de morir.

El halcón había terminado de volar en círculo y ahora tenía que lanzarse en picado sobre la presa.

—Y después, tienes que estar seguro de que el que te haga la operación sea bueno y de confianza...

—¿Como el profesor Ingrò?

Él había alcanzado primero la presa, el halcón se lo había tomado con demasiada calma. Había conseguido desactivar la bomba que Sinagra sostenía en la mano. Y este ya no podría decir que, por segunda vez, había manejado al comisario como una marioneta. La reacción del viejo fue sincera.

—Me quito el sombrero, comisario, de verdad. El profesor Ingrò es ciertamente la persona apropiada. Pero me dicen que ha tenido que cerrar el hospital que tenía aquí, en Montelusa. Porque él tampoco anda muy bien de salud, pobrecito.

—¿Qué dicen los médicos? ¿Es grave?

—Todavía no lo saben, quieren estar seguros antes de iniciar el tratamiento. ¡En fin, mi querido comisario, estamos todos en manos *d'o Signiruzzu!*

Y colgó el aparato.

Al final llamaron al timbre de la puerta. Estaba preparando el café.

—Nadie vigila la mansión —dijo Mimì nada más entrar—. Y, hasta hace media hora, el tiempo que he tardado en llegar aquí, estaba sola.

—Pero podría ser que entre tanto haya ido alguien.

—En tal caso, Fazio me llamará con su móvil. Pero tú me vas a decir ahora mismo por qué de repente te ha dado por el profesor Ingrò.

—Porque lo mantienen todavía en el limbo. No han decidido si seguir haciéndolo trabajar o liquidarlo como a los Griffò y a Nenè Sanfilippo.

—Entonces ¿el profesor tiene que ver con el asunto?

—Vaya si tiene —contestó Montalbano.

—Y a ti, ¿quién te lo ha dicho? —preguntó Augello, sorprendido.

Un árbol, un acebuche, hubiera sido la respuesta más apropiada. Pero Mimì lo habría tomado por loco.

—Ingrid ha llamado a Vanja, que está muy asustada porque hay cosas que no entiende. Por ejemplo, que Nenè conocía muy bien al profesor, pero jamás se lo dijo. Que su marido, cuando la sorprendió en la cama con su amante, no se enfadó ni se disgustó. Se preocupó, eso sí. Y después me lo ha confirmado esta noche Balduccio Sinagra.

—¡Dios mío! —exclamó Mimì—. ¿Qué tiene que ver Sinagra? ¿Y qué motivo habría tenido para hacer de espía?

—No ha hecho de espía. Me ha dicho que necesita un trasplante de riñón y se mostró de acuerdo conmigo cuando yo le mencioné al profesor Ingrò. También me ha dicho que el profesor no anda muy bien de salud. Eso ya me lo habías dicho tú, ¿recuerdas? Salvo que tú y Balduccio atribuíis un significado distinto a la palabra «salud».

El café ya estaba listo. Se lo bebieron.

—Verás, Nenè Sanfilippo escribió toda la historia con absoluta claridad —añadió el comisario.

—¿Dónde?

—En la novela. Empieza copiando las páginas de un libro famoso, después cuenta la historia, añade otro fragmento de la novela y así sucesivamente. Es una historia de robots.

—Es de ciencia ficción, por eso me pareció que...

—Caíste en la trampa que Sanfilippo había urdido. Sus robots, que él llama Alpha 715 u Omega 37, están hechos de metal y de circuitos, pero razonan como nosotros, tienen nuestros mismos sentimientos. El mundo de los robots de Sanfilippo es un fiel reflejo del nuestro.

—¿Y qué cuenta la novela?

—Es la historia de un joven robot, Delta 32, que se enamora de la robot Gamma 1024, que es la mujer de un robot, Beta 5, famoso mundialmente porque es capaz de sustituir las piezas rotas de los robots por otras nuevas. El robot cirujano, vamos a llamarlo así, es un hombre, perdón, un robot, que siempre necesita dinero porque tiene la manía de comprar cuadros de mucho valor. Un día se hunde en una deuda que no puede pagar. Entonces, un robot delincuente, al frente de una banda, le hace una proposición. A saber: ellos le darán todo el dinero que quiera, siempre y cuando realice clandestinamente trasplantes a clientes que ellos le proporcionarán, clientes de relevancia mundial, ricos y poderosos que no tienen tiempo ni ganas de esperar su turno. El robot profesor pregunta entonces cómo se podrán obtener piezas de recambio apropiadas y recibirlas en el momento necesario. Le explican que eso para ellos no es un problema: ellos están en condiciones de encontrar la pieza de recambio. ¿Cómo? Desguazando un robot que responda a los

requisitos y cogiendo la pieza que interesa. El robot desguazado se arroja al mar o se coloca bajo tierra. «Podemos atender a cualquier cliente», dice el jefe, que se llama Omicron 1. «En todos los lugares del mundo —explica—, hay gente encerrada en las cárceles, en campos apropiados. Y, en cada uno de estos campos, hay un robot nuestro. Y, en las inmediaciones de estos lugares, hay una pista de aterrizaje. Nosotros, aquí —añade Omicron 1—, somos sólo una mínima parte, nuestra organización actúa en todo el mundo, se ha globalizado». Y Beta 5 acepta. Las peticiones de Beta 5 se transmitirán a Omicron 1, quien las transmitirá a su vez a Delta 32, el cual, sirviéndose de un sistema de Internet muy avanzado, las comunicará a unos servicios, digamos, operativos. Y aquí termina la novela. Nenè Sanfilippo no pudo escribir el final. El final lo escribió en su nombre Omicron 1.

Augello se pasó un buen rato pensando; por lo visto, aún no lograba entender con claridad todos los significados de lo que le había contado Montalbano. Al final, lo comprendió, palideció intensamente y preguntó en voz baja:

—A lo mejor, incluso robots pequeñitos.

—Naturalmente —le confirmó el comisario.

—¿Y cómo continúa la historia, a tu juicio?

—Tienes que partir de la premisa de que los que han organizado todo eso asumen una responsabilidad tremenda.

—Claro, la muerte de...

—No sólo la muerte, Mimì. También la vida.

—¿La vida?

—Por supuesto, la vida de los que se han sometido a la operación. Han pagado un precio tremendamente alto, y no me refiero al dinero: la muerte de otro ser humano. Si los hechos se descubrieran, se hundirían dondequiera que estuvieran, al frente de un gobierno, de un imperio económico o de un coloso bancario. Por consiguiente, a mi juicio los hechos se desarrollaron de la siguiente manera: un día, alguien descubre la relación entre Sanfilippo y Vanja, la mujer del profesor. A partir de aquel momento, Vanja constituye un peligro para toda la organización. Representa el posible nexo entre el cirujano y la organización mafiosa. Ambas cosas tienen que estar absolutamente desligadas. ¿Qué hacer? ¿Matar a Vanja? No, el profesor se vería situado en

el centro de una investigación y se convertiría en protagonista de las páginas de sucesos de toda la prensa... Lo mejor es liquidar la central de Vigàta. Pero antes le revelan al profesor la traición de Vanja: a través de las reacciones de su mujer, deberá averiguar si ella está al corriente de algo. Pero Vanja no sabe nada. Se decreta su repatriación. La organización corta todas las posibles pistas que puedan conducir hasta ella: los Griffò, Sanfilippo...

—¿Y por qué no matan también al profesor?

—Porque todavía les puede ser útil. Su nombre es, tal como se dice en la publicidad, una garantía para los clientes. Quieren esperar a ver qué ocurre. Si todo se arregla, lo volverán a utilizar; en caso contrario, lo matarán.

—Y tú, ¿qué quieres hacer?

—¿Qué puedo hacer? Nada, de momento. Vete a casa, Mimì. Y gracias. ¿Fazio aún está en Santolì?

—Sí. Espera mi llamada.

—Llámalo. Dile que ya se puede ir a dormir. Mañana por la mañana, decidiremos la manera de continuar la vigilancia.

Augello habló con Fazio y después dijo:

—Se va a casa. No ha habido ninguna novedad. El profesor está solo. Mirando la televisión.

\* \* \*

A las tres de la madrugada, tras haberse abrigado con una chaqueta porque fuera debía de hacer fresco, subió al coche y se puso en marcha. Fingiendo simple curiosidad, había conseguido que Augello le explicara dónde estaba situada exactamente la mansión de Ingrò. Durante el trayecto, volvió a pensar en la reacción de Mimì tras haberle revelado el asunto de los trasplantes. Su propia reacción había sido tan fuerte que poco había faltado para que le diera un ataque, mientras que Augello había palidecido, pero no había dado la sensación de impresionarse demasiado. ¿Autocontrol? ¿Falta de sensibilidad? No, la razón era mucho más sencilla: la diferencia de edad. Él era un cincuentón y Mimì un treintañero. Augello ya estaba preparado para el 2000, mientras que él jamás lo estaría. Eso era todo. Augello sabía que estaba entrando en una era de delitos despiadados cometidos por gente anónima que

tenía un sitio, una dirección en Internet o lo que fuera, pero jamás un rostro, un par de ojos, una expresión. No, ya era demasiado viejo.

Se detuvo a unos veinte metros de la mansión, apagó los faros y permaneció inmóvil. A través de las ventanas no se filtraba ni un solo rayo de luz. El profesor Ingrò se habría ido a dormir. Bajó del coche y se acercó, apurando el paso, a la verja de la casa. Permaneció inmóvil otros diez minutos. Nadie se adelantó, nadie le preguntó desde la sombra qué deseaba. Con una minúscula linterna de bolsillo examinó la cerradura de la verja. No había ningún sistema de alarma. ¿Cómo era posible? Después se le ocurrió pensar que el profesor Ingrò no necesitaba sistemas de seguridad. Con las amistades que tenía, sólo a un pobre loco se le hubiera ocurrido la idea de ir a desvalijarle la mansión. Tardó un instante en abrir. Había un ancho camino de entrada, bordeado de árboles. El jardín debía de estar muy bien cuidado. No había perros, pues a aquella hora ya lo habrían atacado. Abrió también sin la menor dificultad la puerta principal con la ayuda de la ganzúa. Un amplio vestíbulo daba acceso a un salón de grandes ventanales y a otras habitaciones. Los dormitorios estaban en el piso de arriba. Subió por una lujosa escalinata cubierta por una mullida moqueta. En el primer dormitorio no había nadie. En el de al lado, en cambio, sí, alguien respiraba ruidosamente. Con la mano izquierda buscó a tientas el interruptor, pues en la derecha empuñaba la pistola. No le dio tiempo. La lámpara de una de las mesitas de noche se encendió.

El profesor Ingrò estaba tumbado en la cama completamente vestido, incluidos los zapatos. Y no pareció sorprenderse de la presencia en su dormitorio de un hombre desconocido y, por si fuera poco, armado. Estaba claro que ya lo esperaba. Se olía a cerrado, a sudor y a rancio. El profesor Ingrò ya no era el hombre que el comisario recordaba de las dos o tres veces que lo había visto en la televisión: llevaba barba de varios días, y tenía los ojos enrojecidos y el cabello desgreñado.

—¿Habéis decidido matarme? —preguntó en voz baja.

Montalbano no contestó. Permanecía todavía de pie en la puerta, con el brazo de la mano que empuñaba la pistola colgando a lo largo del costado, pero con el arma bien a la vista.

—Estáis cometiendo un error —añadió Ingrò.

Alargó la mano hacia la mesita de noche (Montalbano la reconoció, la había visto en la filmación de Vanja desnuda), cogió el vaso que había sobre la misma y se bebió un buen sorbo de agua. Se la echó parcialmente encima, de tanto como le temblaba la mano. Posó el vaso y habló de nuevo.

—Todavía os puedo ser útil. —Apoyó los pies en el suelo—. ¿Dónde encontraréis a otro tan bueno como yo?

«Mejor puede que no, pero más honrado, sí», pensó el comisario, pero no dijo nada. Prefería dejar que el otro se fuera liando él solito. Pero quizá fuera mejor darle un empujoncito. El profesor se había levantado, por lo que Montalbano levantó muy despacio la pistola y apuntó a su cabeza.

Entonces ocurrió. Como si alguien hubiera cortado el cable invisible que lo sostenía, el hombre cayó de rodillas y juntó las manos en actitud de oración.

—¡Por compasión! ¡Por compasión!

¿Compasión? ¿La misma que él había tenido con aquellos a quienes había hecho degollar, exactamente así, degollar?

El profesor estaba llorando. Las lágrimas y la saliva le hacían brillar la barba del mentón. ¿Y aquel era el personaje conradiano que él se había imaginado?

—Te puedo pagar si me ayudas a escapar —musitó.

Se introdujo la mano en el bolsillo, sacó un manojito de llaves y lo ofreció a Montalbano, que no se movió.

—Estas llaves... te puedes quedar con todos mis cuadros... una fortuna... te harás muy rico...

Montalbano no pudo contenerse por más tiempo. Se adelantó dos pasos, levantó el pie y golpeó en pleno rostro al profesor, el cual cayó hacia atrás y esta vez consiguió gritar.

—¡No! ¡No! ¡Esto no!

Se sostenía el rostro entre las manos y la sangre que manaba de la nariz rota le resbalaba entre los dedos. Montalbano levantó el otro pie.

—Ya basta —dijo una voz a su espalda.

Se volvió de golpe. Vio en la puerta a Augello y Fazio, armados con sendas pistolas. Se miraron a los ojos, se entendieron y empezó el teatro.

—Policía —dijo Mimì.



—¡Te hemos visto entrar, miserable! —dijo Fazio.

—Lo querías matar, ¿eh? —preguntó Mimì.

—Arroja la pistola —ordenó Fazio.

—¡No! —gritó el comisario. Agarró por el cabello a Ingrò, lo obligó a levantarse y le apuntó a la sien con la pistola—. Si no os vais, lo mato.

Es cierto que la escena se había visto mil veces en algunas películas americanas, pero, bien mirado, daba gusto ver cómo la estaban improvisando. En aquel momento, como en un guión, le correspondía hablar a Ingrò.

—¡No os vayáis! —suplicó este—. ¡Os lo diré todo! ¡Confesaré! ¡Salvadme!

Fazio pegó un brinco y sujetó a Montalbano mientras Augello inmovilizaba a Ingrò. Fazio y el comisario fingieron forcejear y, al final, el primero ganó la partida. Augello se hizo cargo de la situación.

—¡Colócale las esposas! —ordenó.

Pero el comisario aún tenía que dar otras órdenes, era absolutamente necesario que se pusieran de acuerdo y siguieran una línea de actuación común. Agarró por la muñeca a Fazio, el cual se dejó desarmar como si lo hubiera pillado por sorpresa. Montalbano efectuó un disparo ensordecedor y huyó. Augello se libró del profesor, que se había agarrado a sus hombros llorando, y salió en persecución del comisario. Montalbano ya había llegado al final de la escalera cuando tropezó con el último peldaño y cayó boca abajo. Se le escapó un disparo. Sin dejar de gritar «alto o disparo», Mimì lo ayudó a levantarse. Salieron de la casa.

—Se ha cagado de miedo. Está hecho polvo —dijo Mimì.

—Muy bien —dijo Montalbano—. Llevadlo a la Jefatura Superior de Montelusa. Por el camino, os detendréis para mirar a vuestro alrededor, como si temierais una emboscada. Cuando se encuentre en presencia del jefe superior, deberá confesarlo todo.

—¿Y tú?

—Yo me he escapado —contestó el comisario, efectuando un disparo al aire de propina.

Iba otra vez hacia Marinella, pero se lo pensó mejor, dio media vuelta con el coche y se dirigió a Montelusa. Tomó el cinturón de ronda y se detuvo delante del número 38 de Via de Gasperi. Allí vivía su amigo, el periodista Nicolò Zito. Antes de apretar el timbre del portero electrónico, consultó el reloj. Eran casi las cinco de la madrugada. Tuvo que llamar tres veces y largo rato antes de oír la voz de Zito, medio enfurecida y medio adormilada.

—Soy Montalbano. Tengo que hablar contigo.

—Espera que bajo yo; si no, me vas a despertar a toda la casa.

Poco después, sentado en un peldaño, Montalbano se lo contó todo mientras Zito lo interrumpía de vez en cuando.

—Espera, por Dios —le decía.

Necesitaba alguna pausa, el relato le estaba cortando la respiración y lo asfixiaba.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó cuando el comisario hubo terminado.

—Esta misma mañana harás una edición extraordinaria. No concretes demasiado. Dices que el profesor se ha entregado porque, al parecer, está implicado en un siniestro caso de tráfico de órganos... Tienes que magnificar la noticia para que esta llegue a los periódicos, a las cadenas nacionales.

—¿De qué tienes miedo?

—De que lo silencien todo. Ingrò tiene amigos muy importantes. Y otro favor: en la edición de la una, saca otra historia; di, manteniéndote también en el plano de la vaguedad, que corren rumores de que el prófugo de la justicia Jacopo Sinagra, llamado Japichinu, ha sido asesinado. Al parecer, formaba parte de la organización que tenía a sus órdenes al profesor Ingrò.

—Pero ¿es verdad?

—Creo que sí. Y estoy casi seguro de que este es el motivo de que su abuelo Balduccio Sinagra lo haya hecho matar. No por escrúpulos morales, que conste, sino porque su nieto, gracias a su alianza con la nueva mafia, habría podido liquidarlo cuando quisiera.

\* \* \*

Eran las siete de la mañana cuando finalmente se pudo ir a dormir. Había decidido pasarse toda la mañana durmiendo. Por la tarde iría a Palermo a

recoger a Livia a su llegada de Génova. Consiguió dormir un par de horas, pero después lo despertó el teléfono. Era Mimì. Pero fue él quien habló primero.

—¿Por qué me habéis seguido esta noche a pesar de que yo...?

—... ¿de que tú intentaste tomarnos el pelo? —replicó Augello, terminando la frase—. Pero Salvo, ¿cómo se te puede pasar por la cabeza que Fazio y yo no adivinemos lo que piensas? Le ordené a Fazio que no se alejara de las inmediaciones de la casa, a pesar de que era una contraorden. Más tarde o más temprano, tú aparecerías. Y, cuando saliste de casa, yo te seguí. Creo que hicimos bien.

Montalbano lo encajó y cambió de tema.

—¿Qué tal ha ido?

—Un follón que no veas, Salvo. Han venido todos corriendo, el jefe superior, el fiscal jefe... Y el profesor que no paraba de hablar... No conseguían hacerlo callar... Nos vemos después en la comisaría y te lo cuento todo.

—Mi nombre no ha sido mencionado para nada, ¿verdad?

—No, quédate tranquilo. Hemos explicado que pasábamos casualmente por delante de la casa, vimos la verja y la puerta principal abiertas y sospechamos algo. Por desgracia, el criminal ha conseguido escapar. Nos vemos luego.

—Hoy no iré al despacho.

—El caso es —dijo azorado Mimì— que yo mañana no estaré.

—¿Adónde vas?

—A Tindari. Puesto que Beba tiene que ir para su trabajo de costumbre...

Aquel era capaz de comprarse una batería de cocina durante el viaje.

De Tindari, Montalbano recordaba el pequeño y misterioso teatro griego y la playa en forma de mano con dedos de color rosa... Si Livia se quedara unos cuantos días, quizá pudieran hacer una excursión a Tindari.

## **Nota del autor**

Todo el contenido de este libro, nombres, apellidos (sobre todo, apellidos), situaciones, es absolutamente inventado. Si hubiera alguna coincidencia, ello se debe a que mi fantasía es limitada.

Este libro está dedicado a Orazio Costa, mi maestro y amigo.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Italia, 6 de setiembre de 1925 - Roma, Italia, 17 de julio de 2019). Entre 1939 y 1943 Camilleri estudia en el Liceo clásico Empedocle di Agrigento donde obtiene, en la segunda mitad de 1943, el título. En 1944 se inscribe en la facultad de Letras, no continúa los estudios, sino que comienza a publicar cuentos y poesías. Se inscribe también en el Partido Comunista Italiano. Entre 1948 y 1950 estudia Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comienza a trabajar como director y libretista. En estos años publica cuentos y poesías, ganando el «Premio St. Vincent».

En 1954 Camilleri participa con éxito a un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Sin embargo, entrará a la RAI algunos años más tarde.

Camilleri se casa en 1957 con Rosetta Dello Siesto, con quien tendrá 3 hijas y 4 nietos.

Desde muy joven el teatro se convierte en su pasión y, con tan solo diecisiete años, dirige su primera obra de teatro. Desde entonces, ha puesto en escena más de cien títulos, muchos de los cuales de Pirandello, como *Así es (si así os*

parece) [*Così è (se vi pare)*] en 1958, *Pero no es una cosa seria (Ma non è una cosa seria)* en 1964 y *El juego de las partes (Il gioco delle parti)* en 1980, por citar solo algunos.

Ha sido el primero en representar en Italia el teatro del absurdo de Beckett *Fin de partida (Finale di partita)*, en 1958, en el Teatro dei Satiri de Roma, y, luego, en la versión televisiva interpretada por Adolfo Celi y Renato Rascel; y de Adamov *Cómo hemos sido (Come siamo stati)*, en 1957; también ha dirigido obras de Ionesco, como *El nuevo inquilino (Il nuovo inquilino)* en 1959 y *Las sillas (Le sedie)* en 1976, y poesías de Maiakovski en el espectáculo «*Il trucco e l'anima*» en 1986.

Ha trabajado como autor, guionista y director de programas culturales para la radio y la televisión; también ha sido productor de algunos programas televisivos, entre los cuales, destacan un ciclo dedicado por la Rai al teatro de Eduardo y las famosas series policíacas del comisario Maigret y del teniente Sheridan. En varios momentos de su vida, ha impartido clases en el Centro Sperimentale di Cinematografia de Roma y en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica «Silvio D'Amico».

Sus primeras narraciones se han publicado en revistas y periódicos, como *L'Italia Socialista* y *L'Ora de Palermo*. Su primera novela, *Il corso delle cose*, es de 1967-68, pero solo se publicará diez años más tarde en la editorial Lalli. En 1980, la editorial Garzanti publica *Un filo di fumo*. Más tarde, Sellerio publica muchas de sus obras: *La strage dimenticata* (1984); *La temporada de caza (La stagione della caccia)* (1992), *La bolla di componenda* (1993); *La forma dell'acqua* (1994), que marca el debut del comisario Montalbano; *Il birraio di Preston* (1995), considerada su obra maestra; *La concesión del teléfono (La concessione del telefono)* (1999). En la editorial Sellerio también ha publicado otras novelas del ciclo de Montalbano y en la editorial Mondadori ha publicado las narraciones *Un anno con Montalbano* (1998), *Gli arancini di Montalbano* (1999) y *La paura di Montalbano* (2002), además de *La desaparición de Pató (La scomparsa di Patò)* (2000), su primera novela histórica.

Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los autores más leídos de Europa.

Última revisión por UMDN: 25 de noviembre de 2021

